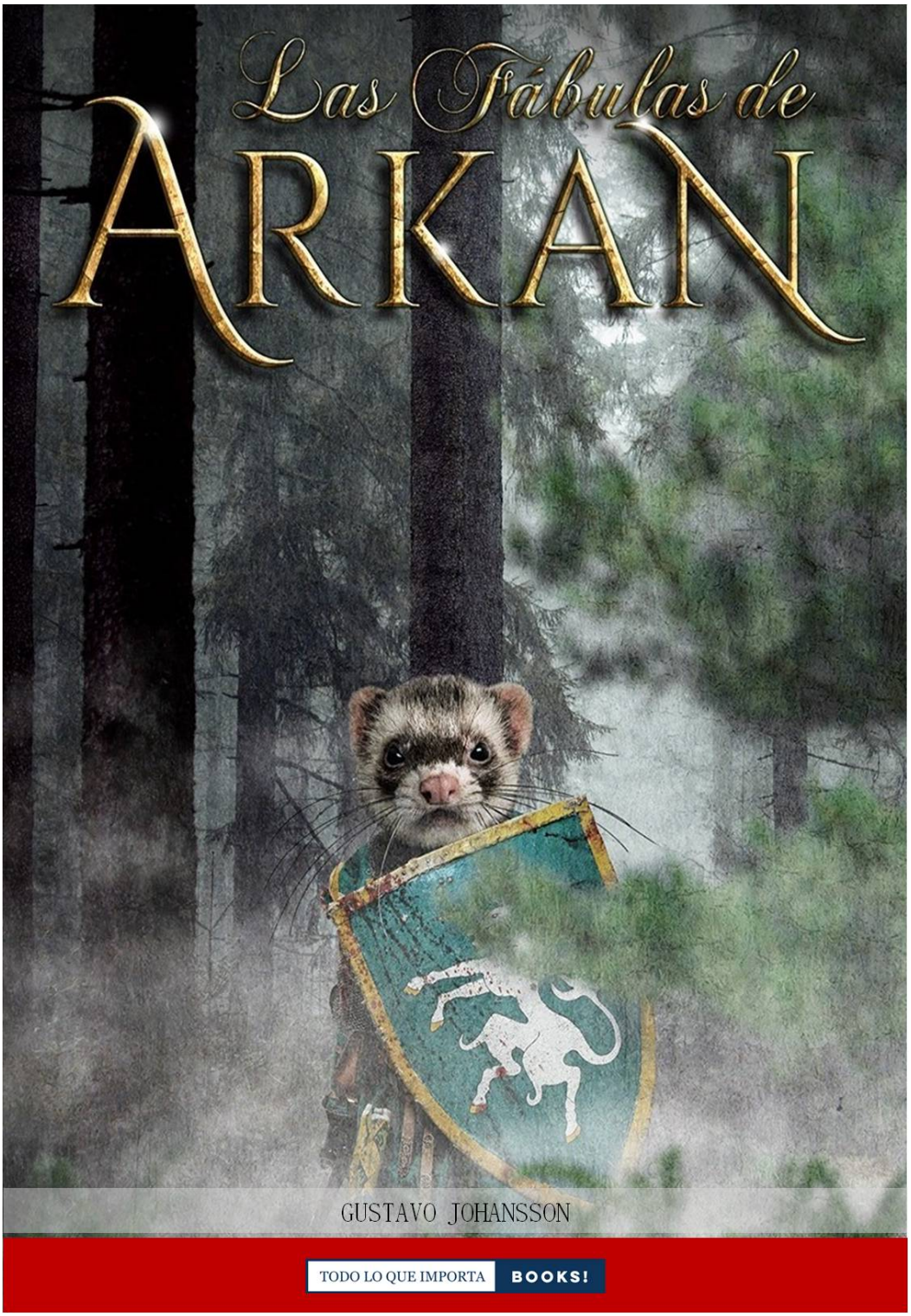
Las fábulas de Arkan

Gustavo Johansson



Capítulo 1

Las Fábulas de Arkan

Gustavo Johansson Moreno

Para Sawyer

1

A los ojos de los hombres era sólo un animal, un hurón que corría raudo por huir de la tormenta que lo seguía buscando cobijo entre las raíces sobresalientes de los árboles del Bosque de Arkan en la linde con la ciudad de Cold Valley. Un hurón, sí, pero que llevaba encima otra criatura más pequeña: ¡un ratón! Sí, un ratón totalmente cubierto, de los pies desnudos hasta la punta de sus enormes orejas, por una espesa capa de pelo de color gris que apenas lo protegía de las inclemencias de un otoño tardío y que a cada paso de su montura se quejaba cada vez con más vehemencia.

—¡Si sigues… corriendo… de este modo… —se interrumpía cada vez que el hurón daba un salto, cambiaba de dirección o se detenía bruscamente para olfatear el camino— vas a perderme… me caeré… y entonces me encontrarán los ratones del conde!

—¡Casi hemos llegado! —lo alentó el hurón en un momento en el que no muy seguro de qué dirección tomar, se detuvo y aprovechó para recuperar el hálito mientras el rugido de los truenos a sus espaldas lo apremiaba a continuar la marcha cuanto antes mejor. Se aupó entonces a una ramita baja que crecía de la base de un cedro en el camino, y de ésta saltó a otra, a otra y a otra… hasta que estuvo tan alto como alto era aquel árbol y por cuya copa espinosa reculó cuatro, cinco, seis pasos para poder observar desde las alturas. Desde donde estaba se disfrutaba de una vista magnífica; las ramas del cedro al completo oscilaban violentamente movidas por el viento de la tormenta que se acercaba, y de repente el ratón que llevaba a la grupa se quejó por un ramillete de puntiagudas agujas que sobresalían de una ramita más corta a espaldas del hurón y que se le clavaban a él en el trasero.

—¡Au!... —aulló el ratón. Pero el hurón no le hizo ningún caso.

La vista abarcaba el Bosque de Arkan al completo, desde sus fronteras con la ciudad de los hombres y los prados circundantes hasta las

montañas sin nombre donde los árboles que las vestían descendían en picado hasta el Pico de Bravoos envueltos en la bruma.

—¡Por ahí! —dijo entonces para sí el hurón en un momento en el que el ratón trataba de alcanzar una piña cuyos piñones lo miraban burlonamente desde medio palmo de altura, y cuando el larguirucho roedor reanudó la marcha bajando al suelo en picado, su jinete tuvo que apresurase a agarrase con fuerza de nuevo a la silla de montar con tal de no caer al suelo.

Apenas un par de minutos más tarde llegaban por fin a su destino, deteniéndose bruscamente el hurón frente a un hueco entre las raíces sobresalientes de un altísimo almendro de flor blanca como la nieve al tiempo que de un salto el ratón bajaba de su grupa y sin mediar palabra se dirigía veloz a la abertura subterránea.

—¡Vamos, Lach!... —apremió el ratón al hurón.

Pero Lachdanan aguardó un segundo, e irguiéndose sobre sus cuartos traseros alzó la vista mientras la luna trepaba al cielo. Escuchó entonces el murmullo cada vez más próximo de la tormenta que aquella tarde no logró alcanzarlo… cuando la primera gota de lluvia hizo diana en su hocico mientras se desabrochaba el cinturón que le sujetaba la silla de montar a la espalda, ésta cayó al suelo con aplomo. Se trataba de un pequeño arnés de piel que los animales más rápidos solían llevar a su espalda para así poder transportar a otros no tan veloces, y si bien aquel arnés no resultaba nada aparatoso y uno podía llevarlo puesto el día entero… sí resultaba algo pesado y Lachdanan solía quitárselo siempre que no fuera a usarlo con nadie. Entonces, con una sonrisa burlona y un mohín de sus bigotes, recogió la silla del suelo, se la echó al hombro y siguió a su amigo.

Al cobijo ya a la entrada de aquella madriguera, Lachdanan se encontró con un largo y estrecho pasadizo de tierra, de unos cien pasos de largo por el que apenas podrían pasar dos ratones uno al lado del otro y que terminaba en una estrecha puerta hecha de la misma madera de aquel árbol. Empotrada en la tierra, tenía ésta en el centro un pequeño y sucísimo ojo de buey cuya luz que escapaba del otro lado servía para alumbrar vagamente el pasadizo. Raíces diminutas sobresalían aquí y allá de las paredes y del techo y olía a humedad, a vómitos y a leche agria. Un topo dormía la mona acurrucado en una esquina a pocos pasos de la entrada y al pasar por su lado eructó, se dio la vuelta y siguió roncando. Lachdanan lo observó un segundo, murmurando por lo bajín cuan descortés le resultaba aquello; después se asomó al diminuto ojo de buey y oteó el interior de la taberna donde pudo ver a Tebo pidiendo a voz en

grito una jarra de vino.

Entonces abrió la puerta, y agachándose lo indecible (diría el hurón) con tal de poder pasar a través de aquel angosto acceso, entró…

…Y la algarabía propia de antros de aquella casta le dio la bienvenida. Habría más de cien animales allí reunidos, y ninguno de ellos de modales altaneros; roedores los que más, y de todas las clases. También había sapos, ranas que se hacían pasar por sapos y dos lagartijas con cara de haberse equivocado de sitio; una salamanquesa y un tritón que formaban una extraña pareja además de un grupo de cuatro gorriones con un estornino y un cuervo que bebía solo. Una enorme botella de vino a medio terminar descansaba suspendida, ligeramente inclinada, por cientos de diminutos cordeles que la mantenían a diez centímetros del suelo detrás de un mostrador oscurecido por el paso de los años desde donde el tabernero, un grueso puercoespín con un viejo delantal entre blanco, gris y marrón colgado del cuello, manipulaba una válvula que tenía instalada en el tapón de corcho de la botella y llenaba jarras sin parar. En cuanto vio a Lachdanan, dejó de hacerlo…

—¡Eh!... —lo apuntó con la siguiente jarra aún vacía— ¡Aquí no pueden entrar animales!

Y Tebo, quien no se había alejado aún de la barra porque todavía no le habían servido su jarra, arqueó las cejas, divertido.

—¿Ah, no?... —le preguntó— Y tú… ¿Tú qué narices eres?...

—Ya me habéis entendido… ¡Los animales de monta afuera!

Y con cuatro rápidos pasos Lachdanan se plantó frente al grueso puercoespín y sin que nadie lo notase, deslizó una cuchilla de su cinto a la garganta del imprudente mesonero.

—Vuelve a llamarme animal de monta… —le dijo— Y me haré una silla de montar con tu pellejo.

El puercoespín tardó un rato en reaccionar, se quedó mirando fijamente al hurón y lo que vio fue su propio reflejo en las pupilas de éste, aunque no por ello supo si mentía o no pero sí que no quería arriesgarse a comprobarlo.

—Por esta vez… —pronunció al cabo, a desgana— Vale —y con sumo cuidado apartó su gaznate del cuchillo de su cliente, dirigiendo de nuevo la jarra a la válvula de la botella que llenó hasta los topes.

Cuando el puercoespín depositó la jarra sobre el mostrador, Tebo, risueño, la asió con ganas, dio un largo trago y se dispuso a buscar el

rincón más agradable de aquel desagradable lugar donde poder coger a gusto una borrachera. Y después de que a Lachdanan le sirvieran también su buena jarra de vino, pagó dejando tres *luas* sobre la barra del agrio posadero y siguió a su amigo, hasta que al fin hallaron una mesa apartada al final de la posada lo suficientemente alejada de los enormes cirios que alumbraban aquel lugar.

Tebo era un ratón pequeño, mucho más pequeño de lo normal para los ratones de su clase; era tan tan tan pequeño que en ocasiones, lo que agravaba su malhumor, lo confundían con un jerbo enano. Sus ojos eran negros como dos minúsculas piedras de ónice, al igual que su pelo, negro como el carbón. Siempre iba descalzo, vestía una capa raída de color gris con capucha y solía ir armado con una sola espada (cuando no con dos, pues como una vez dijo a su larguirucho amigo, "*el arma que mejor complementa a una espada, es otra espada*"). Lachdanan, en cambio, era más grande de lo normal comparado con los hurones de su clase; de ahí que la capa de color rojo que llevaba le quedase tan tan tan grande a cualquier otro hurón que se la probase (si es que cualquier otro hurón tuviese las narices suficientes de probarse la capa de Lach, como Tebo lo llamaba). Era asimismo un hurón de miembros largos y poderosos y de aún más largos y ostentosos bigotes, y en el cinturón que le sujetaba a la grupa la silla en la que montaba su diminuto amigo portaba más cachivaches que cualquier otro mercader ambulante, sabio conocedor de mil remedios contra mil males que nunca existieron o armero que ofreciera sus piezas de artesanía a los viajeros ignorantes del significado de la palabra "artesanía", llevaba dos espadas al cinto; la que llevaba a la izquierda y que desenvainaba con la derecha la llamaba *Perdición*, y la que llevaba a la derecha y que desenvainaba con la izquierda la llamaba *Cobravidas*. La primera era una espada larga con una guarda que caía en ángulo recto que no protegía del todo la garra, mientras que la segunda era una espada corta con guarda redonda que cubría enteramente el puño. Además de eso guardaba una ballesta de una mano a la espalda que siempre tenía cargada y un cuchillo que nunca tenía a la vista; calzaba botas y nunca se quitaba los guantes.

—¿Crees que los hemos despistado?... —inquirió Lachdanan mientras se sentaba y acomodaba la espalda contra la pared, los pies sobre la mesa y la jarra en la mano.

—O eso, o han dejado de perseguirnos —opinó el ratón.

—¿Eso crees?… Oye, esos ratones montan comadrejas —le informó el hurón a su amigo como si éste no se hubiese percatado mientras les pisaban los talones— Tebo, esa clase de animales no se dan por vencidos tan fácilmente.

—¡Va! ¡Mercenarios! —le restó importancia Tebo hundiendo su hocico en el vino— Sólo les son leales a un rey. ¡El Rey Ciego! El que acuña nuestras

monedas. Además… —añadió de repente, dejando a Lachdanan con la palabra en la boca— Nos hemos llevado tanto oro de ese condenado conde… que dudo que le haya quedado una *lua* con la que seguir pagando a esos asesinos y créeme, animales como esos no hacen nada gratis. Sólo echaré en falta una cosa, sólo... una —y dejó la frase en el aire deseoso de que su amigo le preguntara el qué.

Pero el hurón sabía de sobras a qué se refería el pequeño roedor.

—¿De verdad creías que una ratita como esa iba a renunciar a todo… —y apuntó— A su marido, a su castillo, a todos sus bienes, a sus joyas, las que le dejamos, claro… —puntualizó— E incluso a esa parodia de sapos que siempre iban detrás de ella agasajándola… De verdad creías que iba a renunciar a todo, todo eso, por… —y acercó la punta de su hocico hasta casi rozar la de su amigo— Por un ladrón de tres al cuarto como tú?

—No hace falta ser tan explícito —se quejó el ratón, mientras Lachdanan estallaba en ruidosas carcajadas— Claro que no esperaba eso, nada de eso. Sólo que… Bueno… No sé… Me gustaba fantasear con la idea de que huiría conmigo.

—Las fantasías son para los niños, Tebo —le dijo esta vez el hurón con un deje de comprensión en su tono de voz— Despierta de una vez, ¿quieres?...

Y entonces callaron un segundo durante el que ambos pasearon la mirada por la estancia. Se jugaba a los dados, se bebía sin medida, y una ratita presumida rodeaba con sus brazos a un lirón vestido con el uniforme de La Unión en su primer día de permiso. Se acababa el vino y se pedía más vino, ¡y se desconfiaba! Se hacían trampas, se narraban batallas, se prometía la vida y la muerte; y la ratita presumida se deshizo al fin de su amado oficial con falsas promesas de amor en cuanto se hizo con la bolsa con su paga que llevaba colgada al cinto.

Los dos amigos intercambiaron una mirada queriéndose decir el uno al otro que el pobre oficial (¡a todas luces novato!) no cometería el mismo error la segunda vez que estuviese de permiso.

—Por cierto… ¿Dónde has escondido el botín? —le preguntó por fin Tebo a su amigo.

—Donde está nadie lo encontrará —le aseguró Lachdanan— Aunque pasen cien años.

—No pienso esperar cien años para ir a buscarlo.

—Claro que no —le dio la razón— Pero no podremos volver por ahí en un

tiempo. Ten paciencia.

—Sabes que la paciencia no es una virtud que en todos estos años haya logrado cultivar —se quejó el ratón— ¡Y créeme que lo he intentado!

Lachdanan no pudo evitar reírse tras escuchar semejante sandez —Pues deberás, amigo mío, deberás… —le aconsejó después— Pon ahora las patas en tierras de ese conde y te atraparán y te tirarán a los gatos, por mucho… —añadió gesticulando haciendo de su siguiente comentario una parodia— que a la señora condesa le asaltasen de repente sentimientos de amor hacia su antiguo guardaespaldas que en el momento de la huida no consiguió que aflorasen.

—Está bien —le concedió Tebo— Pero no es necesario que te burles de mí.

—No lo hago —mintió el hurón, burlándose de nuevo, en el mismo instante en que Tebo colocaba la jarra boca abajo sobre su hocico reclamando las últimas gotas de vino.

—Voy a pedir más —anunció— ¿Quieres otra?...

—Estoy servido —respondió el hurón alzando su jarra a modo de prueba.

Y sin perder un segundo más, Tebo se puso en pie y recorrió la taberna con la agilidad propia de los roedores de su clase (y dentro de los de su clase, con la agilidad propia de los de su calaña) y enseguida se plantó de nuevo en el mostrador y frente al puercoespín con cara de pocos amigos.

—¡Más vino! —clamó mientras paseaba la mirada distraído a su alrededor, cuando de repente una larguirucha y andrajosa comadreja encapuchada pasó por su lado y casi lo tira al suelo— ¡Más cuidado! —se quejó el ratón, aunque aquella ni siquiera se giró, pues se diría que ni cuenta se dio de haber tropezado con el pequeño roedor.

Enseguida Tebo se llevó la mano al cinto, como tantas veces había hecho ya en tantas ocasiones por afrentas la mitad de graves que aquella. Pero de pronto reparó en la vaina del arma de la comadreja que asomaba bajo su vieja capa de pelo y se detuvo. Una vaina cuidadosamente ("*exquisitamente*" se dijo el ratón) ornamentada, y observó también sus botas de hebillas de plata al tiempo que se incorporaba y se decía que puede que aquel animal no fuese tan andrajoso después de todo, o eso… o se había tropezado con un magnífico ladrón, y como no había en el Bosque ladrones tan magníficos como su amigo Lachdanan y él mismo, Tebo llegó a la inevitable conclusión de que la andrajosa comadreja era en realidad comadreja de renombre que por alguna razón quería pasar por andrajosa. Y como en antros como aquel sólo hacían parada lo peor de lo peor del Bosque, se preguntó que traería por allí a un animal tan

distinguido… y la siguió.

Al rato la comadreja se sentaba a una mesa con otras tres criaturas igualmente encapuchadas, dos de ellas tan altas como la que había llevado a Tebo hasta ahí y que seguramente, se dijo, serían también comadrejas. La tercera, más achaparrada, podría ser, tal vez, dilucidó el ratón, otra clase de roedor. Pero Tebo, consciente de que no podría oír de lo que hablaban desde el lugar en el que se encontraba sin levantar sospechas, observó en derredor, miró a izquierda y a derecha, levantó la vista y… ¡Ahí! La mesa a la que estaban sentadas las sospechosas comadrejas se encontraba justo debajo de la escalera que conducía a las habitaciones de la posada, sin duda el lugar más recogido de la estancia y donde se podían fraguar las traiciones más traicioneras sin ser molestados.

Un rictus de jovial picardía asomó entre sus bigotes.

Al rato y sin que nadie se diera cuenta, Tebo colgaba, suspendido por su cola amarrada, de uno de los escalones de madera por su parte inferior que hacían las veces de improvisada techumbre a aquella mesa para cuatro apartada del resto de los clientes como si de una estancia privada se tratara.

Lo que las tres comadrejas y lo que era un sapo (se aseveró Tebo entonces de que no se trataba de otro roedor) dijeron a continuación… despertó el interés del pequeño ratón.

—…con la colaboración de la Sin de Northerngem —decía la misma comadreja que lo había llevado hasta allí.

—¿Para qué precisamos de esa Casa?... —prorrumpió de repente el sapo con su pastoso hablar— Además, el Duque de Northerngem le es leal a su facción.

—Ya no —habló otra de las comadrejas, y mientras lo hacía Tebo se fijó en su blasón bajo la capa, una ballesta de color rojo cargada con tres flechas sobre fondo negro, el de la Sin de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos— Han pasado más de ocho años desde la última guerra entre Facciones —dijo aquella, y las tres fulminaron con la mirada al sapo quien con la suya trató de disculparse por una guerra que tuvo lugar cuando apenas era aún un renacuajo— Nunca hemos disfrutado de un período de paz tan largo, y Ars sin Stack acudirá a la reunión del Consejo en la Hondonada con su escolta, honor que le ha sido atribuido, como era de esperar, a la Sin de Northerngem. Después de duras… —y entonces hizo una pausa tratando de dar con la palabra que consideraba más adecuada— negociaciones —pronunció al fin la comadreja— el Duque de Northerngem finalmente ha entendido que estar de nuestra parte es lo que más le conviene, a fin de cuentas si decidiésemos quitarlo del medio

otra Sin ocuparía su lugar como escolta del senescal Ars, y tarde o temprano daríamos con alguna que apoyase nuestra… —otra pausa— causa.

—En tal caso acabar con el senescal será un juego de niños —concluyó pastosamente el sapo.

Entonces Tebo abrió los ojos de par en par, como si así fuera a conseguir ver mejor, además de oír, la traición que se estaba fraguando bajo su trasero.

¡¿Planean asesinar al senescal Ars?!...

Y en aquel preciso instante, la puerta de la posada se abrió con tal golpazo que hizo que el ojo de buey cayera al suelo y rodara hasta los pies del posadero, cuando cuatro ratones seguidos de cuatro comadrejas irrumpieron en el lugar haciéndose con la curiosa atención de todos los presentes.

"*¡Los ratones del conde!*" se dijo Tebo entonces. —¡Mierda! —clamó después sin acordarse de que estaba escuchando a escondidas.

Primero el sapo y las tres comadrejas después, levantaron entonces la mirada y clavaron sus ojos en el ratón, quien volvió a clamar "mierda" y desligó enseguida la cola del tablón al que se sujetaba, yendo a caer encima y en el centro de la mesa de los cuatro conspiradores.

—Mierda… —profirió una vez más.

Sólo uno de ellos habló, la comadreja del jubón de la Sin de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos:

—¡Matadlo!

Antes de que terminase de pronunciar esta palabra, Tebo corría ya hacia Lachdanan.

—¡Lach! —lo llamó— ¡Lach! ¡Nos vamos!

Pero Lachdanan ya se encontraba en pie con *Perdición* en una mano y el cuchillo en la otra.

—Puede que no le hayamos quitado todo su dinero al conde —bromeó el hurón cuando su amigo llegó hasta él. Para entonces los cuatro ratones y las cuatro comadrejas del conde se dirigían hacia ellos con sus armas en ristre, mientras que del otro lado se acercaban las tres instigadoras y el sapo también con sus armas en las manos— ¡¿Qué les has hecho a esas comadrejas?! —reclamó Lachdanan en cuanto se dio cuenta de la doble

amenaza.

—Sí. Al parecer no le hemos robado todo el oro al señor conde —apuntó el ratón haciendo honor a la broma de su amigo, señalando con un movimiento de su hocico hacia los roedores recién llegados— Parece que le hemos dejado el suficiente como para seguir llenando el gorjal de esos cuatro.

—¡Me refiero a las otras comadrejas!

—¿Qué otras?... —eludió el ratón como si no entendiera. Las tenían casi encima— Ah… ¿Esas?... Más tarde te lo cuento —prometió— Si es que antes no nos ensartan.

Y de repente Lachdanan tomó una rápida, improvisada y descabellada decisión y se dirigió directo a las comadrejas (las "otras" se decía en su cabeza) que no sabía que también eran sus enemigas hasta aquel instante. Tebo le lanzó una mirada de desaprobación que el hurón nunca atisbó y entonces éste, teniendo a los ratones y comadrejas del conde a un metro escaso, se plantó a dos pasos de los otros cuatro y les ordenó, señalándolas con el dedo primero a ellas, después al sapo y por último a los esbirros del conde:

—¡Matadlos!

A continuación se produjo una extraña situación.

Las tres comadrejas y el sapo se detuvieron y se quedaron ahí donde estaban, mirándose entre ellos y preguntándose quién narices era aquel hurón que de repente les daba órdenes.

Por otro lado, los ratones y las comadrejas del conde entendieron que aquellas otras tres que iban acompañadas de un sapo estaban con los dos ladrones que se habían llevado el oro de su señor, y que por lo tanto, al igual que aquel ratón y aquel hurón que pedía a voz en grito que acabaran con ellos, eran también sus enemigos.

Y en tercer lugar, Tebo comprendió perfectamente la estrategia de su amigo y alzándose sobre una mesa, señaló también a las tres comadrejas y al sapo con su espada, dibujando con ella media luna hacia los esbirros del conde a voz de "*¡A por ellas!*".

Y sin más dilación… ¡Los mercenarios del conde se lanzaron sobre todos los demás!

Lachdanan recibió la primera estocada por parte de una de las comadrejas que acompañaban a los ratones del conde, ataque que rehusó fácilmente con su espada mientras que con su otra mano alzaba el cuchillo y lo

introducía en el gaznate de la alimaña que lo atacó. Casi al mismo tiempo, los ratones del conde cayeron sobre las otras tres comadrejas y el sapo, a quienes consideraban también ahora su enemigo, pero éstas respondieron al embate de los ratones desnudando sus espadas con la celeridad propia de las garras entrenadas. El resultado fueron dos ratones muertos; uno cuya cabeza fue a parar al pie de uno de los cuatro cirios que alumbraban la estancia mientras que el otro cayó de rodillas intentando inútilmente con sus manos ensangrentadas que sus tripas no abandonaran su lugar. Y para cuando los dos ratones restantes y sus comadrejas tomaron el relevo de sus compañeros caídos, la cabeza de aquel que acababa de perderla hizo mella en la base de la enorme vela, derrumbándose cuan larga era en el centro mismo del salón como si de un árbol recién talado se tratara, arrollando con su caída mesas y sillas y provocando la huida de todos los clientes de la posada que se dirigieron en estampida hacía la puerta de salida.

Enseguida las llamas lamieron el suelo que no tardó en prender, y las paredes interiores del almendro reclamaron también su calor; en cuestión de segundos la posada entera ardía y el posadero maldecía a aquel ratón y a aquel hurón que tan mala espina le habían dado desde el momento mismo en que entraron por la puerta.

Tebo y Lachdanan se encontraron a medio camino en su huida entre un maremágnum de borrachos pordioseros, rameras y ladrones que corrían descontrolados hacia la salida.

—¡La has liado bien! —le hizo ver Tebo a Lachdanan enseguida su parecer sobre su descabellada estrategia.

—¡Acabo de salvarte ese pescuezo escuálido y peludo que aún sujeta tu cabeza! —le reprochó el hurón— ¡No te quejes!

A aquellas alturas tanto el uno como el otro habían perdido de vista a sus agresores e ignoraban cuáles y cuántos de ellos seguirían en pie, pero entonces una daga voló por encima de la asustada clientela y del puercoespín con delantal que no dejaba de maldecir, a dos centímetros de las tripas de Lachdanan cuyo filo notó llevarse la punta de los pelos de su barriga, hasta clavarse en la pared a su derecha no sin antes cercenar de cuajo media oreja de Tebo.

¡El ratón se dejó caer al suelo gritando como un poseso!

—¡Ahora no hay tiempo, Tebo! —lo recogió Lachdanan del suelo y lo empujó hacia la salida, mientras las venitas de su enorme oreja escupían sangre a borbotones y el fuego vestía el techo con tapices de llamas.

Para cuando al fin alcanzaron la salida mientras Lachdanan se aseguraba a la espalda el cinturón que le sujetaba la silla y obligaba a subirse a

Tebo, éste no dejaba de gritar del dolor que le producía el corte. Llovía como si los relámpagos que caían le hubiesen abierto el vientre a las nubes; pero tantísima agua no fue suficiente para apaciguar las llamas nacidas en el interior de un árbol que, como una inmensa tea, desafiaba a la oscuridad de una noche en que la luna era presa de los nubarrones de tormenta. Y de repente el hurón distinguió entre tanta algarabía a una de las tres comadrejas a las que le había gritado órdenes. Aquella lo miraba desde una distancia de cincuenta pasos, y con la mirada le prometía que algún día no muy lejano volverían a encontrarse.

—¡Diantres! —murmuró el hurón.

Pero prefirió ignorarla, ya que no había tiempo para quedarse mirando fijamente a nadie. Terminando de asir la silla a su espalda, aseguró a su amigo sobre ella y salió al galope, preguntándose con qué clase de animales acaban de enemistarse.

***

Capítulo 2

2

Ars amaba aquel lugar, aquel patio desvencijado difícilmente defendible cuarteado por las paredes de madera que formaban tres viejos y altos robles. Las pasarelas hechas de piedra y madera donde se apostaban los guardias y que antaño levantaron para unir entre sí aquellos altísimos árboles, dando al lugar el aspecto de un cuartel amurallado, habían visto ya demasiadas cosas: guerras, traiciones, ¡deserciones incluso!.. Pero también habían sido testigos del amor cuando el Rey Ciego se desposó con la Reina Regenta, del orgullo, del apremio y del valor de los soldados de La Unión.

En una de sus ocho esquinas se encontraban las dependencias de los soldados y en la contraria a ésta las de los oficiales. Ars disfrutaba recordando cuánto había vivido en el lapso de tiempo que había transcurrido desde que ocupara las primeras a las segundas, el día en que entró por vez primera en el Patio de La Unión para trabajar como ratón de cuadras, en como ascendió rápidamente a escudero, en el día en que por fin se licenció y cuando finalmente, hacía un par de años, lo nombraron senescal de la Facción de los Mamíferos.

Pero se sentía viejo, y sentía que habían pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo. Su pelo, antaño castaño, empezaba a adoptar un ceniciento tono grisáceo. Tenía arrugas en la piel y sentía que su armadura era cada día más pesada, a pesar de lo cual se la ponía todos los días, al igual que la capa que lo diferenciaba como senescal de su facción con el escudo de La Unión: dos ratones a lomos de dos hurones bordado a la espalda. "*Pero no soy tan viejo*" se decía a menudo, y entonces sacaba pecho y se erguía cuan largo era demostrando una altura impropia de los ratones de su clase.

Se encontraba en aquel momento en lo alto de una de las almenas observando con sumo interés a los nuevos reclutas en su primer día de instrucción. El viejo Reginald sin Northerngem, ¡el mismo que en su día enseñó a Ars a manejar la espada!, les daba a los recién llegados sus primeros consejos. Reginald era el mejor instructor que Ars había conocido jamás, un ratón valiente como pocos y también un buen amigo. Amaba su trabajo y a La Unión por encima de todas las cosas, lo que hacía que siempre se emplease a fondo en todas sus tareas, como en aquel instante en que había pedido un voluntario de entre los nuevos reclutas y a cuya petición enseguida recibió respuesta por parte de un enorme ratón de campo que, ignorante de que ante aquel viejo curtido en

mil batallas no tendría ninguna oportunidad, dio un paso al frente,… pues Reginald doblaba en edad a Ars, pero parecía como si los años no pasasen para él. Seguía siendo aquel instructor grandullón de anchos hombros y brazos fuertes como las ramas de un árbol, de piernas poderosas y mirada penetrante, todo ello embutido siempre en una vieja coraza de cuero que había dado lugar entre los reclutas del Patio de La Unión (desde antes incluso de que Ars llegase a ésta) al rumor de si el viejo instructor dormía con ella puesta o no.

—¡Una espada no es sólo un filo! —les decía Reginald mientras Ars rememoraba aquellas mismas palabras oídas por primera vez tanto tiempo atrás.

"*Igual que un roedor de La Unión no es sólo su espada y su escudo*" recordaba para sí el senescal.

—…¡Igual que un roedor de La Unión no es sólo su espada y su escudo!

Ars conocía de sobras la retahíla de instrucciones, advertencias, consejos e incluso amenazas que seguían a aquellas palabras, pues las había oído cientos de veces.

Y a continuación el instructor y el novato, en cuyo abollado yelmo sólo cabían sueños de aventura y grandeza, se colocaron frente a frente y se enfrentaron con espadas de madera.

El recluta fue el primero en atacar con una demostración de movimientos básicos con la espada, haciéndola girar ante sí, seguidos de una finta directa al vientre de su instructor que delataba haber recibido apresuradas lecciones de esgrima por parte de un padre orgulloso probablemente un día antes de partir hacia el Patio de La Unión. Reginald esquivó el embate sin ningún esfuerzo, dando un paso a su derecha, apartándose unos centímetros de su oponente y aprovechando su misma velocidad y fuerza para colocarlo detrás de él, de manera que cuando el ratón novato se dio la vuelta lo primero con lo que se encontró fue con el pomo de madera de la espada de su instructor en las narices.

El enorme ratón de campo cayó de espaldas al suelo soltando la espada y llevándose ambas manos al hocico. El resto de reclutas estalló en ruidosas carcajadas.

—¡Estoy sangrando! —se quejó el vencido.

—Ahora eres un ratón de La Unión —lo arengó Reginald— Sangrarás mucho más que eso. Como os decía… —y le dio la espalda y levantó la espada de madera, mostrándoles a todos los presentes el punto de la empuñadura con la que había derribado a su voluntario— Una espada no

es sólo un filo.

Media hora más tarde, Reginald dejaba a sus nuevos reclutas quejándose de sus primeras magulladuras camino de los barracones. Hacía rato que había visto a Ars encaramado a la almena norte y fue a su encuentro mientras se quitaba los guantes y todos los pertrechos que llevaba encima y que utilizaba siempre en sus clases, abandonándolos en una esquina al pie de las escaleras por las que subió hasta la muralla donde se encontraba su amigo.

—Son muy jóvenes… —pronunció a modo de saludo.

Ars, quien aún los contemplaba retirándose a los barracones, miró un instante a su amigo; efectivamente su altura, su fuerte complexión, ¡sus larguísimos bigotes! e incluso aquel tono cobrizo que todavía le cubría el pelaje, hacía que aun doblándole la edad pareciese mucho más joven que él.

Entonces devolvió la vista al patio…

—También lo era yo —le dijo— Y tú, Reg. Si tengo que creerme todo lo que me cuentas.

Este comentario, como tantos otros durante tantos años, hizo que los dos amigos rieran de buen gusto.

—Ha llegado un explorador —anunció Reginald sin Northerngem a su senescal y amigo— La Facción de los Anfibios y la de los Reptiles ya se han puesto en marcha.

—Si vienen desde la Charca del Claro, seguramente habrán salido hace un par de días —opinó Ars.

—Es muy probable —le dio la razón el viejo instructor— Y en dos días más habrán alcanzado ya la Hondonada.

—Nosotros saldremos mañana —anunció el senescal— Llegaremos a la vez que ellos.

—Ars… —lo llamó por su nombre entonces, un privilegio que muy pocos podían tomarse con el senescal de alguna de las Facciones— ¿De verdad son necesarias estas… reuniones? —le preguntó, y antes de que su amigo respondiera se le adelantó con tres palabras más— Son puro formalismo.

—Tú lo has dicho, Reg. Son puro formalismo —se apartó de la baranda de piedra de la pasarela cuando el último de los nuevos reclutas se metió en los barracones, se dio la vuelta y se apoyó en ésta, cruzando los brazos

sobre el pecho— Pero sí, son necesarias. Se trata de la única reunión que celebra el Consejo al año. Nos sirve para solucionar las pequeñas rencillas que hayan tenido lugar a lo largo de este año y, sobretodo… —tildó— para asegurarnos de que seguiremos igual hasta el siguiente. Llevamos ocho años sin guerras, viejo amigo —le recordó a su antiguo mentor— Estas reuniones son necesarias.

—Claro… —fue todo cuanto alegó el viejo ratón, quien repentinamente parecía haber caído en un estado de sopor y mantenía la vista clavada en ningún punto concreto a espaldas del senescal.

—Qué es lo que tanto te preocupa —inquirió más que preguntó Ars sin Stack.

—Nada importante —salió Reginald por fin de su estupor— Es Duncan… —le confesó entonces— Quiere entrar a formar parte de nuestras filas —si bien lo que le había dicho era cierto, el motivo de la aparente preocupación del instructor de La Unión era otro muy distinto, creyendo poder persuadir a su amigo de asistir a la reunión del Consejo en la Hondonada preguntándole si de verdad creía que tales reuniones servían para algo, pero no lo consiguió.

Entonces el senescal rompió a reír.

—¡Vamos, Reg! ¿De verdad te preocupa eso?... Dime… ¿Cuánto hace que no entramos en combate? ¡Ocho años, Reg! ¡Ocho! —respondió a su propia pregunta— Ser soldado de La Unión, hoy —puntualizó— no es peligroso.

—Tienes razón —trató de quitarle importancia entonces el viejo ratón, aunque, se dijo a continuación, podía volverse muy peligroso en los próximos días.

—Tengo que irme —anunció Ars de repente— He quedado con el viejo Roland en que echaríamos una ojeada a esos manuscritos de antes de La Guerra de los Reyes que encontró en la biblioteca —y se incorporó… ¡Y al instante de hacerlo la piedra sobre la que se apoyaba cedió y se vino abajo!

Cuando Reginald asió el brazo de su camarada, éste ya había logrado encontrar de nuevo el equilibrio. La enorme piedra cayó en el centro del patio causando un gran estruendo y levantando una enorme nube de polvo. Algunos de los ratones que patrullaban abajo alzaron la mirada con consternación.

—Ten cuidado, Ars… —le pidió Reginald.

—Mandaré a alguien para que lo reparen —le respondió el senescal palmeándole amistosamente el hombro.

Pero el viejo Reginald hubiera querido decirle que lo advertía de un peligro muy distinto, si tan sólo pudiera, se dijo entonces, ser totalmente franco con él.

Las estrellas ya agujereaban el cielo cuando Reginald llegaba a sus aposentos preguntándose, aún sin éxito, por la forma de alertar a su amigo del peligro que corría sin poner en compromiso su delicada situación. Entonces abrió la puerta, entró y la cerró… ¡E inmediatamente desenvainó su espada y la llevó al gaznate de la sombra que aguardaba tras la entrada!

—¡Corv! ¡Pájaro de mal agüero! —pronunció con el filo firme frente a sí— Dile a tu amo que si envía espías a mis habitaciones le devolveré sus cabezas.

La extraña figura apartó suavemente con sus raquíticos dedos el arma de su garganta y salió a la tenue luz de las velas de la habitación del viejo instructor, una fría estancia que quedaba dentro del tronco de uno de los tres robles que formaban los vértices del fortín, sin más ornamento que una mesa, una silla, dos enormes velones y multitud de mapas desperdigados por todas partes.

—Se lo haré saber —anunció Corv, dejando caer su manto de plumas negras por encima de sus hombros como si de una capa se tratase. Sus delgados brazos unidos por carne, hueso y venas a sus alas se escondieron a su espalda.

Reginald envainó su espada.

—¿Qué quiere?...

—Tan sólo saber si todo va según lo previsto.

—Todo va según lo previsto —repitió Reginald con desazón— Ahora, vete.

El ave de negras plumas se dirigió a la ventana de la habitación del instructor de La Unión y se encaramó a la cornisa.

—Se lo haré saber —anunció Corv de nuevo, antes de irse.

—…Y procura que no te vean salir por esa ventana —lo advirtió Reginald.

Y entonces el ave le dio la espalda, se dejó caer y alzó el vuelo sólo cuando se hubo alejado lo suficiente del Patio de La Unión como para que

nadie advirtiera su presencia en sus inmediaciones.

***

Capítulo 3

3

El sol llegaba a tierra en forma de largas lanzas luminosas que atravesaban las nubes e iban a clavarse en los rincones más recónditos y oscuros del Bosque, llenándolos de luz. Cuando de repente Lachdanan fue consciente de ello, convino que más les valdría detenerse a la orilla de la charca que se extendía ante sí, pues si bien no se habían detenido durante toda la noche, tendrían que descansar y abrevar antes de continuar ahora que el sol se alzaba sobre sus cabezas.

Tebo se bajó de la silla de montar de su amigo de un salto un segundo antes de que éste se hubiese detenido por completo, corrió tanto como sus diminutas patas se lo permitieron y se zambulló en el agua; hacía un rato que había dejado de lamentarse por la pérdida de su media oreja izquierda y Lachdanan agradecía no tener que seguir aguantando sus quejas. El hurón se desabrochó el cinturón dejando que la silla de montar cayera pesadamente a su espalda y caminó con parsimonia hasta la orilla de la charca, donde se sentó y se sacó las botas, sumergiendo las patas en sus frías aguas. Entonces cerró un instante los ojos mientras el ratón chapoteaba en el agua helada y vio de nuevo el enorme almendro en llamas. Antes de perderlo definitivamente de vista, el fuego ya había alcanzado sus ramas más altas por las que seguiría trepando, se imaginó Lachdanan, con un apetito voraz hasta su copa y vio de nuevo, también, los fríos ojos de aquella comadreja cruzándose con los suyos en su huida…

—¡Lach!... —lo sacó el ratón de golpe de su ensimismamiento.

¡Instintivamente el hurón se puso en pie y echó mano de una de sus espadas con la diestra y de su cuchillo con la siniestra mientras escrutaba el bosque con ojos avizores a su alrededor!

Pero estaban solos.

—¿Qué te ocurre?... —volvió a hablar Tebo enfrente suyo, todavía dentro del agua.

—Nada —le restó importancia Lachdanan— Qué me va a ocurrir…

—Te llamo y no me oyes.

—No me ocurre nada —insistió el hurón— Nada.

—Lach —volvió a la carga el pequeño roedor— Llevamos corriendo toda la maldita noche. ¿Me puedes explicar a dónde nos dirigimos con tanta prisa?...

Lachdanan se había vuelto a sentar en el suelo y metió de nuevo las patas en el agua, suspirando con desazón.

—A la Hondonada —le confesó entonces.

—¡Ajá! —Tebo de repente dejó de chapotear, irguiéndose dentro del agua y dirigiéndose hacia su amigo con pequeñas grandes zancadas de sus diminutas patitas, sin dejar de señalarlo con el dedo— ¡Por el Rey Ciego que me lo imaginaba! ¡No es asunto nuestro Lach! ¡¿O acaso crees que el senescal movería un dedo para salvar tu larguirucho pescuezo si se enterase de que éste corre el riesgo de separarse de tu ilustre cabeza?!

—No digas tonterías —lo amonestó el hurón sin atisbo de perder la calma en su tono de voz— Claro que es asunto nuestro.

—…¿O es que… acaso nos darán alguna recompensa por evitar que ruede la cabeza de un noble? —se interesó de repente el pequeño roedor cuando salió por fin del agua y se plantó frente a su amigo— La verdad… es que no había pensado en eso.

—No nos darán nada —interrumpió de golpe Lachdanan las fantasías que empezaban a tomar forma en la pequeña cabeza de su pequeño amigo.

—¿Entonces?...

—Si evitamos que maten al senescal Ars será por nuestra propia conveniencia.

Tebo se sentó al lado de Lachdanan y trató de meter también las patas en el agua, pero estando sentado a la altura de su larguirucho socio… éstas a duras penas alcanzaban la orilla.

—Pues no veo en qué puede beneficiarnos algo así —le dijo, dejando ya de estirar las patas y recostándose en el suelo.

—Salvarle el cuello al senescal no nos beneficia en nada —le explicó el hurón entonces— Es más, podrían incluso matarnos. Pero…

—¿Pero?...

—Pero si esas comadrejas se salen con la suya, según me has contado, en lo venidero podemos pasarlo mal. Piénsalo… —lo invitó a utilizar la

cabeza, actividad a la que estaba mucho más acostumbrado el hurón que el pequeño ratón— Las comadrejas pasarían a controlar la Facción de los Mamíferos, y si ese sapo está con ellas es porque ya se han metido en el bolsillo a la Facción de los Anfibios, yyy… —no dejó que lo interrumpiera— si los anfibios están con las comadrejas, casi seguro que los reptiles también; ya sabes que esos siempre beben de la misma charca, lo que deja únicamente la Facción de los Insectos y la de las Aves del lado del senescal Ars. Pero todo el mundo sabe que las aves rara vez se alían con animales de otras facciones, lo que sólo deja como aliados de Ars sin Stack a los insectos que no son, precisamente, la mejor de las Facciones. Tebo, amigo, se avecina una guerra —y entonces se puso en pie y volvió a calzarse, buscó después con la mirada su cinturón asido a la silla de montar, y siguió hablando— Y si eliminan al senescal Ars, las comadrejas se alzaran con el control de la Facción de los Mamíferos y no hallaran apenas resistencia. ¿Te acuerdas de cuando la Sin de las Comadrejas Moteadas de Los Montes Helados dirigía la Facción de los Mamíferos? ¿Te dice algo el nombre de Sin Wintercapes?... —aquellas eran preguntas para las que el hurón no esperaba una respuesta, sobre todo para la segunda, ya que estaba seguro de que su pequeño amigo (al igual que él) no había olvidado ni olvidaría jamás a aquel general de Los Montes Helados; pero Tebo le respondió con la mirada, con una mirada vidriosa que no tardó en ocultar enseguida bajo los párpados por un par de segundos— Pues yo no quiero volver a vivir tiempos así, Tebo… —concluyó el hurón— Ya no.

—Y… ¿Qué es lo que sugieres?... —le preguntó el pequeño roedor sin altanería ni atisbo alguno de enfado en su tono de voz que liberaba ahora lleno de comprensión y de congoja— ¿Nos presentamos en la Hondonada y… y… y nos liamos a espadazos con todo el mundo?...

—No lo sé —fue la única respuesta que el hurón pudo darle, ya que no tenía otra.

¡Y en ese instante un fuerte zumbido los sobresaltó! Un fragor que de forma apresurada tomaba forma de estruendo ensordecedor, de repente tan fuerte que fue capaz de acallar por completo las últimas palabras que intercambiaron los dos amigos.

Tebo se incorporó al momento y alzó la vista al cielo, alerta, buscando en la dirección desde donde les llegaba el origen de aquel estrépito, pero Lachdanan alzó una mano indicándole que no se alarmara.

Segundos después, cientos, ¡miles! de libélulas invadieron el cielo ensombreciendo la charca en la que el ratón se había bañado con los primeros rayos del sol calentando el agua. El batir de miles de alas agitándose al unísono, con la potestad propia del mejor batallón de un ejército ante todo numeroso, levantó una leve brisa por encima de las cabezas de los dos roedores. A lomos, las libélulas portaban a la flor y nata de la Facción de los Insectos: hormigas aterciopeladas de los árboles,

hormigas de fuego y hormigas ladronas, hormigas guerreras y hormigas rojas; ataviadas todas ellas con sus mejores galas. Escarabajos cubiertos de relucientes pertrechos de acero, desde la punta de sus antenas hasta las patas, armados todos ellos con largas picas apuntando al frente, y luciérnagas, todas ellas con sus linternas encendidas por mucho que el sol las retase ya a apagarse; además de cientos de temibles insectos palo con sus lanzas en ristre y el visor de sus yelmos bajo, y grillos y saltamontes con las caras pintarrajeadas, luciendo los colores que fácilmente los diferenciaban del resto como Los Exploradores Pintados de Gallant, adelantándose a las alas de los bichos de monta de sus señores, reconociendo el terreno a ras del suelo con largos saltos de sus poderosas patas. Había tábanos y también mosquitos; los primeros llevaban espadas cortas al cinto y ballestas, los segundos lanzas de dos puntas, y también cigarras que portaban a lomos el cuerpo al completo de los inquebrantables pulgones del Valle de las Adelfas. Moscas escorpión con corazas y faldas rojas, termitas y tijeretas de afiladas hojas, y en la cola, tras las libélulas, cerraba la comitiva todo un destacamento de abejas, avispas y avispones franqueados por zánganos de capas azules.

Pasaron de largo y el murmullo fue acallándose, hasta quedar en nada…

—Puede que no sean la facción más fuerte —opinó el ratón al cabo— Pero su ejército es numeroso.

—Ahí es donde reside su fuerza —le dio la razón su amigo.

—¿Crees que se dirigen… a… —la pregunta de Tebo quedó en el aire para que el hurón la respondiese.

—A la Hondonada. Escoltan a su senescal —contestó el hurón a lo que el ratón ya sabía— La reunión del Consejo es mañana. Tendríamos que llegar antes de que se celebre —y entonces se puso de nuevo la silla de montar al lomo, ajustándose de un fuerte tirón el cinturón— ¡Vamos!… —animó a Tebo a ponerse también en pie.

***

Capítulo 4

4

Jeremiah era una ardilla gris, de un gris tan intenso que toda ella parecía de color negro, y de un negro tan oscuro que a menudo la confundían con un zorrillo. Para colmo de males, siempre vestía además una capa con capucha también de color negro, lo que añadido a la oscuridad de su pelaje, hacía que casi no se le viese la cara cuando otra ardilla hablaba con él, aspecto por el que acabaron otorgándole el apodo de Jeremiah "sin cara".

Jeremiah iba saltando de rama en rama, como una diminuta mancha negra volando entre los árboles que cualquiera podría confundir con un estornino, un mirlo o un cuervo. Saltaba de una rama y se dejaba caer, y cuando al segundo siguiente esperabas encontrártela aplastada entre la hierba... ¡la descubrías trepando por la rama de otro árbol para llegar hasta su copa y repetir la misma maniobra! De esta forma Jeremiah cubría largas distancias mientras otros animales ("sin tantas aptitudes" como él mismo diría) tenían que sortear ríos, altozanos y troncos en el camino.

Y cuando trepó a lo alto de un viejísimo pino que por su altura dominaba desde su copa todo el lado este del Bosque de Arkan, Jeremiah se detuvo. Había llegado. Mirando hacia abajo, sopesó la distancia, dejó que una sonrisa socarrona asomara a sus bigotes y volvió a dejarse caer. Cuando llegó al suelo alzó la vista y observó el inmenso árbol desde la falda y suspiró satisfecho. Pero, se dijo, no había tiempo que perder. Como le habían indicado, en la pequeña loma que se levantaba a cien pasos de aquel conocido árbol se encontraba la entrada a la madriguera que andaba buscando, así que dejó de pensar en el formidable salto que acababa de perpetrar y corrió hacía allí.

La entrada a la madriguera parecía abandonada, como si nadie hubiese pasado por ahí ni hecho uso de ella en años, mas Jeremiah sabía que no era así. Entonces puso un pie dentro, y luego otro,... y poco a poco la negrura del lugar se tragó al oscuro roedor abrazándolo con sus sombras, haciéndolo invisible, táctica que en los lugares más oscuros del Bosque había servido a la ardilla de oscuro pelaje para pasar inadvertida cientos de veces. Pensaba Jeremiah que la altura del techo de aquella madriguera era exageradamente alta, y se había adentrado ya más de cincuenta pasos en la gazapera cuando de repente...

—¿Quién va? —¡una voz!... Pero si bien Jeremiah no podía ver a quien a él se dirigía en las sombras, igualmente, se dijo, aquél tampoco podría verlo a él.

—Un misionero... —respondió la ardilla.

Y entonces distinguió una forma unos metros más adentro.

—¿Puede este misionero indicar a este viejo y ciego topo la salida de esta madriguera? —preguntó aquél enseguida.

—Podría... —volvió a hablar Jeremiah— Pero lo que hay ahí fuera no es mejor que lo que hay aquí dentro —respondió, o por lo menos creyó responder sin dejarse una palabra de lo que le habían dicho que tendría que decir.

—Entonces... —dijo el topo a continuación— Sígueme.

La ardilla advirtió como el topo le daba la espalda y fue tras él.

—Pensaba que de verdad eras un misionero —dijo al cabo aquél corpulento ser al que ahora, más de cerca, Jeremiah podía ver mejor, viendo cómo se guardaba un cuchillo al cinto, el mismo que había sostenido en la mano todo el tiempo que Jeremiah había sostenido la suya sobre la empuñadura de su espada hasta haberse reconocido.

—Y si así fuera... —le preguntó la ardilla entonces— ¿Me habrías rebanado el cuello con ese cuchillo?

Entonces el topo se detuvo, se dio la vuelta y lo encaró con la mirada. Tenía los ojos más negros que Jeremiah jamás había visto, tanto que parecían brillar mientras lo observaba en la oscuridad. Su pelaje era de color marrón oscuro, y estaba sucio, muy sucio; le faltaba la mitad de los bigotes y olía de forma nauseabunda.

—Lo que hubiera hecho falta —le dijo al cabo— Sigamos —le dio de nuevo la espalda— Ya casi hemos llegado.

Varios pasos después, sorteando las raíces que en su camino atravesaban la madriguera y aguantando la respiración cuando, de tanto en tanto, una bocanada de aire recorría el agujero y le llevaba el inmundo olor de aquel topo hasta la punta de su hocico, Jeremiah llegó frente a una puerta de madera empotrada en la tierra.

—Aquí es —le dijo el topo entonces— Y aquí... —añadió apoyando su enorme corpachón sobre una roca sobresaliente— Te esperaré para

conducirte de vuelta a la salida.

—Eso no será necesario —lo disculpó la ardilla quien había memorizado a la perfección el trayecto que les había llevado hasta allí.

—Lo siento —se disculpó esta vez el topo— Pero sí será necesario —le dijo dejando claras las exiguas pero estrictas normas de seguridad en aquella madriguera. Entonces Jeremiah fue a abrir la puerta— Recuerda... —habló el topo de nuevo, antes de que la abriera— Responde sólo cuando te pregunte. Y no lo mires directamente, eso no le gusta nada.

Jeremiah atravesó el umbral y accedió a otra estancia dentro de aquella madriguera, un lugar espacioso y mejor ventilado que el túnel que hasta allí lo había llevado, con tres velas encendidas en una esquina, una mesa de piedra en el centro sobre la que descansaban todo tipo de rollos, pergaminos, mapas y demás... y una pequeña claraboya que advirtió en lo alto por la que a duras penas entraba la luz del sol.

La ardilla advirtió enseguida la presencia, sentado tras la mesa, de Jomo sin Delance "el capibara". Una enorme masa de pelo parduzco, con una forma de respirar que daba la impresión a quien la escuchaba de que aquel animal se estaba ahogando. Muy lento de movimientos, tanto que parecía que apenas se movía, y con los ojos clavados en aquel que acababa de entrar. Jeremiah se preguntó cómo un animal de aquellas dimensiones se hallaba participando en los asuntos de las facciones. Por lo general los grandes animales del Bosque, perteneciesen a la especie que perteneciesen, como los lobos que habitaban en la espesura al final del camino que llevaba hasta Cold Valley, ¡o los osos! a los que nunca nadie veía, como aquel temible dragón de Komodo que vivía en el Jardín de los Nenúfares o el albatros y el quebrantahuesos que siempre vigilaban desde las alturas y tantos y tantos otros de gran tamaño que habitaban el Bosque de Arkan y a los que se referían como "los grandes", nunca interferían en las rencillas de las facciones de los pequeños animales del Bosque, porque no les importaba.

—¿Quién eres? —pronunció con su ronca voz Jomo sin Delance después de unos minutos de silencio, de un silencio tan intenso que fue capaz de poner los pelos de punta incluso a alguien como el "sin cara".

—Jeremiah... —respondió éste— De la Sin de Northombras.

—Jeremiah sin Northombras —repitió el enorme capibara— Cuéntame lo que sabes.

—Todas las facciones, con sus senescales, están de camino. Mañana todas ellas habrán alcanzado la Hondonada —comenzó a relatar la ardilla— Tanto los anfibios como los reptiles apoyan nuestra causa; a cambio

esperan ascender posiciones en el nuevo orden, así como otros privilegios...

—Privilegios —repitió Jomo sin Delance interrumpiendo al "sin cara"— ¿Qué más?

—La Facción de los Insectos ha demostrado ser inquebrantable, aquellos a los que tanteamos ya descansan para siempre, así que nadie entre ellos sospecha nuestra traición. Las aves, por su parte, no están ni a favor ni en contra. Se abstienen, como esperábamos, y no intervendrán,... pero su senescal, Marshall sin Decantos, ha dejado claro que aunque no tomen partido, su silencio tiene un precio —llegados a este punto Jeremiah hizo una pausa, pensando que el gran capibara haría algún comentario al respecto del senescal Decantos, pero no fue así, y prosiguió— La Sin del Duque de Northerngem perpetrará el asesinato. Ya está todo dispuesto, tan sólo la guardia personal del senescal Ars no está al tanto de la traición pero ésta está compuesta tan sólo de cuatro ratones.

—No subestimes a nadie —lo advirtió el capibara, como si hablara para sí mismo con la voz de la experiencia.

—Mañana a estas horas las comadrejas ya se habrán alzado con el control de la Facción de los Mamíferos, señor —concluyó Jeremiah.

—Las comadrejas y las ardillas son enemigos declarados —sorprendió de repente el capibara a su interlocutor con esta afirmación— ¿Por qué haces esto?

—El destino hace extraños compañeros de viaje —respondió enseguida la ardilla— Tengo mis motivos.

En ese instante un fuerte zumbido sobresaltó al "sin cara", no así al capibara quien alzó la vista a la pequeña claraboya del techo por donde la luz del sol empezaba a extinguirse, poco a poco, para sumirlos aún más en la negrura mientras Jeremiah seguía la dirección de los ojos de su nuevo señor, observando la ventana apagarse igual que si estuviesen contemplando un eclipse.

—Los insectos acompañan a su senescal a la Hondonada —pronunció Jomo sin Delance, y aguardó unos segundos antes de seguir hablando, mientras el rugido de las alas de las libélulas se convertía en un murmullo y los rayos del sol volvían a colarse en la estancia a través de la claraboya— Ve —le dijo entonces a la ardilla— Ve y cuéntame todo lo que veas.

***

Capítulo 5

5

La Hondonada se encontraba en el límite sur del Bosque y lindaba directamente con un ancho precipicio de caída interminable hasta el brazo de un río que desembocaba en el mar.

El área interior de la Hondonada estaba dividida en cinco zonas claramente delimitadas para cada una de las cinco compañías que representaban a las cinco facciones del Bosque y que cada año acudían allí con sus senescales.

Junto al precipicio acampaba la Facción de los Mamíferos con el senescal Ars sin Stack al mando y justo enfrente de los ellos, en la punta opuesta al precipicio y observando imperiosa el devenir de los acontecimientos preliminares al inicio de la reunión, se encontraba la Facción de las Aves a las órdenes del senescal Marshall sin Decantos, hijo del anterior senescal de la Casa Decantos al que su padre había cedido el puesto hacía apenas un año; éste era un joven ruiseñor cuyo gris en sus plumas hacía que su poderoso torso, desde la barbilla hasta el nacimiento del pecho, destacase por un intenso color azul cielo coronado por un pico negro como el carbón. A la derecha de los mamíferos e izquierda de las aves, se encontraba la Facción de los Insectos con su hormiga reina, además de senescal, Adda sin de Gallant, una enorme hormiga negra de larguísimas antenas y alas finas como la seda. En la punta opuesta a los insectos, compartían frontera con las aves la Facción de los Reptiles a las órdenes de su senescal el viejo Doquer sin Varks “el basilisco verde”, impertérrito como siempre con su intenso color esmeralda cubriendo su larguísimo cuerpo desde la punta de su imperiosa doble cresta hasta su cola, en un contraste aterrador con sus letales ojos dorados. Y en último lugar, compartiendo frontera con los mamíferos, se encontraba la Facción de los Anfibios mandados por su senescal el sapo albino de ojos rojos Jacob sin Duncam, que era además príncipe de todos los anfibios y reptiles del Bosque.

Pero a la reunión del Consejo no asistían tan sólo los senescales de cada una de las facciones con sus escoltas armadas hasta los mismísimos dientes; todos los años acudían también gran cantidad de animales de diferentes especies para presenciar un acto que tenía lugar siempre por aquellas fechas, considerado el de más importancia en cuanto a la convivencia entre facciones se refería y que dictaminaba (hasta cierto punto, pues siempre había quien incumplía las reglas) la seguridad de todos los animales que habitaban el Bosque de Arkan en base a unos

tratados que se renovaban cada vez que aquella reunión tenía lugar.

Entre tanta algarabía reunida en lo alto de los árboles más próximos y que mejor visión brindaban, así como entre los matorrales, piedras o troncos cercanos a la Hondonada (sin llegar a entrar en ella), había todo tipo de pequeños mamíferos tales como roedores (de todas las clases y tipos conocidos en el Bosque); había incluso un ratón jeroba de orejas largas, hurones, un numeroso grupo de comadrejas y una ardilla negra encapuchada a la que era imposible verle la cara. También acudieron los castores y la Orden al completo de Los Topos de Galeris, ataviados con sus capas de color mostaza con el bordado de su escudo de cuatro barras negras a la espalda. Había erizos y armadillos mercenarios, además de murciélagos y zorros voladores, lobos de río y no pocos conejos y liebres. Por parte de las aves acudieron como espectadores un numeroso grupo de cuervos que ocupaban un viejo tocón de pino, el cual les proporcionaba una visión perfecta de los acontecimientos que aquella tarde tendrían lugar. Búhos y lechuzas poblaban las ramas bajas de los árboles cercanos y algunos sotorreyes de varios colores las más altas. Había sinsontes de pelaje gris y tangaras de bellos tonos azules, y un numeroso grupo de martines con las sillas de montar aún sobre sus grupas. Acudieron aquel año también dos inmensas fragatas con sus buches rojos hinchados a las que otros animales parecían no querer acercarse, un bataraz con yelmo de hojas y garras afiladas que descansaba en una rama apartada del resto de los de su especie y tiranos, por supuesto, con sus pequeñas ballestas colgadas a la espalda, además de un caracara cabezamarilla y un negro coligrande. Los reptiles y los anfibios que acudieron a la cita, aunque en gran número, no representaban una gran variedad de clases. Por parte de los primeros acudieron sobre todo tortugas, un variopinto grupo de camaleones acompañados de una vieja iguana y un monstruo de Gila, un gecko tokay, dos pitones y una boa… mientras que por parte de los segundos el lugar estaba totalmente ocupado por sapos y ranas de todos los tipos y colores posibles. Había también varias salamandras y, aunque en menor número, una cuantiosa representación de tritones lanceros que portaban arco y carcaj llenos a rebosar colgados a la espalda. Los insectos representaban tal vez el grupo más numeroso, aunque no lo pareciera por el pequeño tamaño del más grande de ellos. Acudieron miles de hormigas de diferentes clases y rangos, así como las Termitas de Las Cohortes, fornidos escarabajos y luciérnagas, haciendo gala todas ellas de sus linternas encendidas. Llegaron también en gran número grillos y saltamontes, cigarras y un enorme grupo de moscas que se hicieron con una de las rocas más próximas a la Hondonada para no perder detalle. A pie de éstas desfilaban una cincuentena de escorpiones lo suficientemente alejados de un grupo de mantis religiosas, con tal que no saltasen los resortes que guardaban una paz poco duradera entre dos grupos de insectos rivales. Los caballitos del diablo observaban desde lo alto con la relativa seguridad que les brindaban las alturas, llevaban ballestas al hombro y espadas cortas al cinto. Por encima de ellos avispas, avispones, abejas y abejorros, una legión entera de mariposas tigre con sus alas

amarillas y blancas como escudos recién bruñidos y una gran variedad de arañas (que aun tratándose de una especie aparte, rendían pleitesía a la Facción de los Insectos) que no perdían detalle de lo que acontecía colgando de sus hilos invisibles desde cualquier rama, roca o saliente que se propusiesen.

Como mandaba el protocolo, aquel año el senescal Doquer sin Varks de la Facción de los Reptiles inauguraba la reunión, pero el basilisco verde aún no se había pronunciado y el resto de las facciones permanecían a la espera.

Ars sin Stack, senescal de los mamíferos, se encontraba acampado, como el resto de las facciones, en la zona asignada a su compañía dentro de la Hondonada junto con su guardia personal compuesta por cuatro ratones: el joven Elijah sin Daus, de pelo castaño, alto y fuerte como todos los ratones que pertenecían a la Sin de Daus, una de las últimas Casas nobles del Bosque de Arkan (quien era, además de capitán de la guardia personal del senescal, el prometido de su hermana Áurea), con sus tres subalternos, jóvenes y aguerridos soldados de La Unión destinados a aquella labor por sus continuas muestras de valor en el campo de batalla. Todos ellos oficiales de alto rango, cuidadosamente seleccionados para la protección del senescal. Cincuenta pasos por detrás del senescal y su guardia acampaba Reginald sin Northerngem con doscientos soldados de La Unión entre ratones, hurones y ardillas.

—¿Crees que haya algún problema?... —se atrevió a aventurar Elijah al senescal Ars cuando la espera empezaba a levantar rumores entre los asistentes a la reunión y espectadores de todas las especies.

—No lo sé —le respondió el senescal— Pero no me gusta —le confesó también.

Y en ese mismo instante la Facción de los Reptiles por fin se movilizó. Aún no podía verse al senescal Doquer dirigirse al estrado situado en el centro de la Hondonada, pero un batallón al completo de su guardia, compuesto por lagartos y camaleones, se adelantó y se situó frente a la Facción de los Insectos a escasos cincuenta pasos de estos.

Aquello les resultó a Ars y a Elijah demasiado extraño.

—¿Qué significa esto?... —se preguntó Ars sin Stack, al tiempo que el capitán de su guardia y sus animales rozaban inquietos las empuñaduras de sus espadas envainadas.

Al mismo tiempo, Reginald abandonó su puesto con la mitad de sus animales, casi todos ellos ratones, y dejando al otro centenar de roedores de La Unión de espaldas a la Hondonada vigilando a la muchedumbre, se dirigió con paso firme hacia su senescal. Ars lo vio venir, con la mano

apoyada sobre el pomo de su espada y una mirada que no le conocía.

—¡Proteged al senescal Ars! —se oyó gritar entonces de entre las filas de los insectos. Su senescal y reina Adda sin de Gallant advirtió la maniobra de traición en el mismo momento en que los reptiles se lanzaron contra ellos.

El sonido de las espadas abandonando sus vainas reinó en la Hondonada durante los segundos siguientes, seguido inmediatamente por el entrechocar del acero. Las hormigas, la mayoría de ellas guerreras y rojas, trataron de romper la formación de los reptiles. A éstas les siguieron los escarabajos, que rápidamente montaron a lomos de las libélulas, los temidos insectos palo, los grillos y saltamontes de caras pintadas, y también los pulgones del Valle de las Adelfas montados sobre cigarras. Mientras las luciérnagas, acompañadas de un gran número de tábanos que volaban cargando ya sus ballestas, así como el destacamento de los mosquitos con sus lanzas de dos puntas al completo y el de las moscas escorpión, se dirigían a la retaguardia para proteger a su reina. Los flancos en la demarcación de los insectos fueron asegurados por las termitas y las letales tijeretas a un lado y las abejas, avispas y avispones en el otro, al tiempo que los zánganos de capas azules formaban un escudo protector alrededor de la senescal Adda. La rápida respuesta por parte de los insectos no cogió desprevenidos a los reptiles; los lagartos y camaleones que los flanqueaban se lanzaron sobre ellos casi al mismo tiempo que los anfibios del senescal Duncam, rápidamente y de forma inesperada para todos, se unían a la refriega.

El entrechocar de las facciones provocó un gran estruendo en la Hondonada. Lagartos, camaleones, sapos y ranas cercenaban a los insectos sin ningún miramiento mientras estos empleaban su aplastante superioridad numérica para hacerles frente. Los insectos más letales les abrieron las tripas a un centenar de anfibios y reptiles, desparramando sus entrañas sobre la tierra, al tiempo que las cabezas y los miembros de cientos de insectos rodaban seccionados por el suelo.

Mientras tal carnicería tenía lugar ante las atónitas miradas de todos los espectadores, Reginald sin Northerngem se plantó a dos pasos de Ars blandiendo en alto su espada, y fue Elijah quien con la suya se adelantó y desvió el mandoble del instructor de La Unión directo al pecho del senescal, brindando al resto del tiempo necesario para desenvainar las suyas.

—¡¿Qué significa esto, Reg?! —rugió Ars sin Stack ebrio de cólera, ahora espada en mano.

—…Lo siento, señor —le respondió el viejo instructor, quien ya no osaría

volver a dirigirse a su amigo por su nombre.

Mientras tanto, las aves y su senescal el ruiseñor Marshall sin Decantos observaban desde su posición en la Hondonada sin intervenir, pues como era su costumbre no tomarían partido.

Cuando finalmente todos los asistentes comprendieron la traición de la que eran testigos, varios mamíferos, en su mayoría ratones y hurones, además de la Orden de Los Topos de Galeris y un pequeño grupo de mercenarios leales a su facción compuesto sobre todo por armadillos y unos pocos lobos de río, se enfrentaron a los soldados de La Unión a los que Reginald, temiendo precisamente que aquellos espectadores decidieran intervenir, había encomendado su vigilancia. Los insectos, por su parte, al ver peligrar la vida de su reina y gracias a la capacidad de muchos de ellos para desplazarse por el aire, entraron en tropel en la Hondonada; aquellos que podían volar, sobre todo los caballitos del diablo, dejaron caer sobre las huestes de anfibios y reptiles a las letales Termitas de Las Cohortes blandiendo cada una por mano un afilado cuchillo sin escudo que las protegiese. Los escorpiones y las mantis religiosas dejaron de lado por una vez sus antiguas rencillas, reprimiendo por el momento sus miradas de mutuo odio, para luchar codo con codo, mientras cientos de hormigas irrumpían a lomos de grillos y saltamontes. Las luciérnagas, encendidas, cargaban contra su enemigo cayendo a tal velocidad que cualquiera las hubiera confundido con los rayos del sol. Aquel día las arañas se dieron un festín con las tripas de su enemigo, mientras avispas, avispones, abejas y abejorros remataban a los caídos con sus temibles aguijones y cientos de cigarras y moscas, asistidos por varios de los escarabajos ahí presentes y bajo la protección de las mariposas tigre, ayudaban a evacuar a aquellos que caían bajo el acero de anfibios y reptiles.

Para entonces los ratones de Reginald habían hecho recular a Ars y a su guardia hasta el borde mismo del precipicio que nacía a sus espaldas, y viéndose atrapados de esta forma y en un desesperado intento por proteger a su senescal, Elijah y sus tres oficiales no dudaron en lanzarse contra las armas de sus enemigos. Pero si bien su excelente preparación en combate sirvió para que se llevasen por delante a más de una docena, sus aptitudes para la batalla no incluían ser capaces de vencer a un enemigo que les superaba en más de veinte a uno, siendo entonces el mismísimo Reginald quien atravesó con su espada el pecho del noble Elijah, dejando que su cuerpo cayera inerte junto a los de sus tres camaradas abatidos antes que él.

—Qué es… Qué es lo que has… Qué has… ¡¿HECHO?! —tronó Ars sin querer dar crédito de cuánto acababa de presenciar— ¡Eres un loco, Reg!

—No me dejaron elección, señor —trató de disculparse el viejo instructor.

—Siempre. Siempre hay elección —manifestó el ratón senescal alzando su espada por encima de su cabeza— ¡Tú me lo enseñaste!

—Deponed las armas, señor —se atrevió a ofrecerle entonces— Y entregaos.

Aquello pareció coger por sorpresa al senescal de los mamíferos quien fue incapaz de reprimir una risa cargada de una mezcla de ironía y cólera.

—Después de todos estos años… ¿Y aún no me conoces?...

Entonces Reginald suspiró con desazón, bajó la mirada en un gesto lleno de congoja y nombró a tres de sus reclutas para que lo despacharan.

Los tres ratones que se acercaron a Ars llevaban el uniforme de La Unión al completo, a excepción de uno de ellos que vestía además una capa de tela azul no reglamentaria. Al fijarse en el blasón de éste grabado en su pecho bajo la capa, los dos ratones a lomos de dos hurones, Ars quiso negarse a luchar, sintiendo que el brazo con el que sostenía la espada no respondía a su voluntad. Sintió que no podía luchar contra un uniforme de La Unión. ¡Y entonces rugió y aulló, tensando todos y cada uno de los músculos de su cuerpo! Pero finalmente maldijo adoptando resignado la misma posición defensiva que Reginald le enseñara años ha para recibir a sus contrincantes.

—¡Adelante! —rugió.

El primero de ellos, un joven ratón de campo, demostró no ser tan hábil con la espada como seguramente su instructor había esperado, y después de bailar con él al son de las palmadas de la muerte y de recibir un par de tajos en los muslos, Ars lo decapitó sin demasiado esfuerzo. Pero los otros dos se enfrentaron a su senescal a la vez, de manera que Ars tenía que vérselas para rechazar los mandobles de uno y de otro sin pausa ni resuello, turnándose los otros para recobrar el aliento antes de unirse de nuevo a la lucha. Ars sangraba por una docena de heridas cuando al fin consiguió ensartar con su espada a uno de ellos, momento que aprovechó el último de sus rivales para lanzarse sobre él, pero con tan mala fortuna que ambos tropezaron en el saliente de la Hondonada que lindaba con el borde del acantilado…

Al principio trataron de sujetarse el uno al otro, después cada uno por su lado, pero finalmente perdieron pie y ambos cayeron al vacío.

Y de esta forma Reginald sintió que perdía algo más que un amigo, "…no

me dejaron elección” se dijo esta vez sólo para sí.

Mientras en la Hondonada las hostilidades iban cediendo. Los insectos (tanto los que acompañaron a la senescal Adda a la Hondonada como los espectadores de su misma facción que decidieron unirse a la lucha) y aquellos mamíferos que defendieron al senescal Ars hasta que lo vieron caer, trataban de hallar la mejor vía de escape. Los anfibios y reptiles, sintiéndose los vencedores, buscaban reagruparse. Después de aquel día, quedaría para siempre en el recuerdo de quienes presenciaron la lucha una hondonada sembrada de restos de cientos de animales muertos, un lugar que si un día fue símbolo de la justicia y del orden en el Bosque, y como si de una vasija gigante se tratara, la muerte había llenado hasta los topes con la sangre de aquellos que creyeron que tal justicia y orden realmente eran aplicables en el Bosque de Arkan. Y fue entonces cuando hizo su aparición una altísima figura que recorrió el campo de batalla en dirección al estrado que el senescal de los reptiles Doquer sin Varks no llegó a inaugurar aquel año. Se trataba de una comadreja de pelo rubio desde la punta de las orejas a la punta de los pies, excepto por una franja de vello algo más parduzco alrededor de los ojos que le confería un aspecto de lo más extraño, igual que si llevase una venda que le cubriese la vista o una rara máscara para ocultar la mirada. Una comadreja con diferencia mucho más alta que las comadrejas más altas de su especie, ancha de hombros y de miembros poderosos, con una larga cicatriz que le cruzaba la cara desde el nacimiento de su ojo izquierdo hasta la barbilla y vestida con una túnica púrpura en la que portaba bordada una ballesta de color rojo cargada con tres flechas sobre fondo negro. Miró entonces a izquierda y derecha con una mirada que, aún a través de aquel antifaz de pelo natural, dejaba leer en sus ojos la tristeza que sentía y que ignoraba si algún día podría aplacar por un sentimiento de culpa que sabía que la seguiría y la atormentaría para siempre… Y entonces una lágrima le empapó el vello de la cara y suspiró con fuerza, arrugó el hocico y maldijo al Rey Ciego.

Aquel fue el final de Ars sin Stack como senescal de los mamíferos, la conclusión de una batalla que en adelante sería recordada como La Masacre de la Hondonada, y el principio de una nueva era para todos los animales del Bosque de Arkan.

***

Capítulo 6

6

A la mañana siguiente de La Masacre de la Hondonada, antes de llegar a ésta, Lachdanan y Tebo se dieron cuenta de que ya era demasiado tarde, pues todo lo que vieron fueron cadáveres y nada más que cadáveres. Los había por todas partes: anfibios y reptiles brutalmente destripados o asaeteados por flechas de ballesta, insectos de todas las clases aplastados, desmembrados, cortados de cuajo por la mitad,… y mamíferos, en su mayoría ratones, ensartados por lanzas y espadas. Ante aquel horror, el viento no quiso pasearse por la Hondonada aquella mañana, los rayos del sol caían con saña y el olor a podredumbre obligaba a los dos amigos a moverse de aquí para allá tapándose el hocico con la tela de sus capas.

Por la disposición de los cuerpos, llegaron a la conclusión de que los reptiles y los anfibios se habían enfrentado a los insectos mientras que los mamíferos habían librado su propia batalla. Ahora era el turno de los carroñeros: pájaros de enormes alas con las que ensombrecían el paisaje allá por donde pasaban, además de otras clases de hambrientas alimañas que aguardaban su momento escondidas en la espesura. Aquel no era lugar seguro. Pero a Lachdanan no le importó, se sentó entonces sobre una piedra en el interior de la Hondonada, sin dejar de observar a su alrededor la conclusión de una masacre que nadie podría haber evitado, sin dejar de pensar en que aquello representaba el final de una era que había durado ocho años de paz y que había terminado de la noche a la mañana…

—Nunca antes había estado en la Hondonada —lo sacó Tebo de sus elucubraciones, de pie entre un mar de muertos.

—Yo tampoco había estado aquí —le respondió el hurón— Y no creo que vuelva.

En aquel instante el pequeño roedor se inclinó sobre uno de sus congéneres muertos y se lo quedó observando. Al rato plantó su pie sobre el pecho del muerto y tiró con fuerza de la espada que lo mantenía clavado al suelo.

—Esta espada es buena… —dijo Tebo observándola como quien examina una pieza de arte. Entonces se sacó la suya del cinto y examinándola de un rápido vistazo por última vez, la insertó en el agujero del pecho del ratón muerto al que le había quitado la que lo mató y que no tardó en

envainarse.

…Y de repente un gemido los sobresaltó.

Enseguida Tebo dirigió su atención a Lachdanan y éste se puso de nuevo en pie.

—¿Has oído eso?...

Alguien pedía ayuda, se movía aunque muy levemente, ocasionando que los dos amigos tardaran en averiguar de cuál de todos aquellos cuerpos ajados se trataba.

—…Ahí.

A escasos metros de Tebo, un larguísimo eslizón negro languidecía con cada esfuerzo por mover la cola para hacerse ver, y el pequeño ratón se dirigió hacia éste mientras el hurón lo seguía a pocos pasos por detrás suyo.

Al cabo ambos se plantaron frente al moribundo reptil.

—Tenéis… que… ayudarme… —imploró el eslizón como si atesorara cada hálito en su interior para invertirlo en aquellas palabras— Tenéis que… Que llevarme al río. Por… favor. Necesito sanarme…

El lagarto sangraba por una inmensa herida que casi lo dividía en dos a la altura de la cintura. Lachdanan y Tebo se miraron un instante coincidiendo en el mismo diagnóstico, pero las esperanzas de los moribundos siempre han estado por encima de las de aquellos que saben que la muerte no vendrá hoy a por ellos.

Entonces Lachdanan se acuclilló a su lado y le preguntó:

—¿Cómo fue?

Aquel tardó un rato en volver a hablar, haciendo acopio de todas sus fuerzas restantes para poder narrar aquello de lo que fue testigo, partícipe y finalmente víctima.

—Fue una masacre… —les dijo— Teníamos… Teníamos a la Facción… de los… Insectos… La teníamos… bajo… control… La teníamos bajo control —y entonces un reguero de sangre asomó a las comisuras de sus labios, pintándole las mejillas hasta la barbilla— Si… Si los espectadores… no… no hubieran… Por favor… —rogó de nuevo— Necesito… que me llevéis… donde haya agua…

—¿Qué hubiera pasado si los espectadores no hubieran… qué?... —quiso saber Tebo.

—Si los espectadores… —siguió con grandes esfuerzos el moribundo lagarto— Si no hubieran… intervenido… No habrían muerto tantos.

—¿Y el senescal Ars? —se apresuró a preguntarle Lachdanan.

—…Muerto —pronunció el lagarto negro escupiendo sangre con esta última palabra— Lo logramos…

—No —le dijo Lachdanan dos segundos después— Tú no —y entonces sacó su cuchillo y lo llevó sin prisa hasta sus tripas.

—No… —imploró por última vez el eslizón— Por favor… Yo sólo… Yo sólo cumplía… Cumplía órdenes.

—¡¿Ah, sí?!... —le preguntó el hurón entrando en cólera cuchillo en mano— ¡Pues yo no cumplo órdenes de nadie! —bramó, y acto seguido le hundió el cuchillo lentamente en la carne.

El reptil aulló de dolor, entendió que al final iba a morir y maldijo a los dos roedores, después hizo un vano intento de robarle al mundo una última brizna de aire... y se quedó observando sin mirar el cielo en el momento mismo en que el hurón extraía su cuchillo de sus entrañas.

—¿Y ahora qué?... —se dirigió Tebo al cabo de un rato a su amigo.

—¿Ahora?... —le preguntó Lachdanan al ratón tanto como a sí mismo, mientras limpiaba la hoja de su cuchillo con las vestiduras del eslizón muerto— Ahora será mejor que nos larguemos de aquí.

***

Capítulo 7

7

Cuando recobró el conocimiento no sabía dónde estaba ni quién era, tenía la mejilla aplastada contra una roca fría y húmeda y a juzgar por el ruido de fondo, dedujo debía de encontrarse en la orilla de algún río. Se dio la vuelta y la luz del sol le acuchilló los ojos, obligándole a cerrarlos de nuevo para volver a abrirlos segundos después, poco a poco, mientras su vista se iba acostumbrando al nuevo día; y entonces empezó a recordar… Había pasado parte del día anterior y toda la noche sumido en las sombras, si es que realmente, caviló después, habían transcurrido tan sólo un día y una noche. Al tratar de incorporarse notó que no había un solo hueso del cuerpo que no le doliera, pensó que la cabeza le iba a estallar, y entonces la escondió entre sus rodillas hasta que notó que el dolor empezaba a pasar.

Una vez en pie, lo primero que vio fue el cuerpo de otro ratón tendido de espaldas a un metro escaso de donde se encontraba. Entonces se dirigió hacia aquél, se dejó caer a su lado y lo examinó con la mirada: se trataba de un ratón alto y de fuerte complexión, vestido con el uniforme de La Unión, el mismo ratón que lo empujó al vacío. A juzgar por la forma en que tenía torcido el cuello entendió que era imposible que aquél también hubiera sobrevivido a la caída, pues ya era un milagro, se dijo después, que él mismo no hubiera perecido de igual forma. Entonces se acuclilló a su lado y le dio la vuelta, pero su cuello no giró y su cabeza siguió en la misma posición que antes de moverlo. Visto así todavía resultaba más grotesco. Y en ese instante Ars vio su rostro, reflejado sobre una placa de cobre que el soldado muerto llevaba a modo de coraza por debajo de su jubón rasgado a causa de la caída; estaba desfigurado. Presentaba cortes en toda la cara, en las mejillas, en el hocico, en el mentón,… tenía un enorme tajo en una de sus orejas y le sorprendió averiguar que había perdido un ojo porque… ¡no le dolía! Después alzó la vista al cielo y contempló el precipicio por el que había caído, sembrado de ramas y raíces sobresalientes desde la cima hasta la falda a orillas de aquel río, y pensó que seguramente aquello, además de desfigurarle el rostro mientras amortiguaba su caída, fuese lo que también lo había salvado de morir aplastado contra las piedras al final del acantilado.

Pero… ¿Qué era lo que había pasado?... E hizo un repaso de los últimos acontecimientos.

La reunión del Consejo no había llegado a celebrarse. Y pensó en las siempre en desacuerdo comadrejas: seguramente La Unión había acordado con ellas entregarles el mando de la Facción de los Mamíferos,

no podía tratarse de otra cosa. De ahí (por fin su cabeza empezaba a atar cabos) la traición de Reginald y su intento de asesinato, y entonces se acordó de Elijah y de sus animales y se le revolvieron las tripas. Los anfibios y los reptiles estuvieron implicados desde el principio, de eso no tenía ninguna duda, pero no los insectos a los que trataron de mantener a raya en la Hondonada hasta que consiguieran darle muerte a él que era su principal objetivo. Los insectos eran inquebrantables y su reina Adda sin de Gallant la que más, y de repente creyó recordar su voz advirtiéndolo del peligro segundos antes de que Reginald terminase por desenmascararse del todo. Las aves como siempre se mantuvieron al margen.

Entonces se incorporó de nuevo y comenzó a desvestirse, deshaciéndose de sus raídas vestiduras de senescal mientras cada movimiento de sus brazos y piernas iba acompañado de un millar de agujas que se le clavaban por todo el cuerpo. Descubrió sus músculos amoratados y dio gracias al Rey Ciego por no haberse roto nada, a excepción de alguna costilla tal vez. Ya desnudo, se hizo con una capa de tela azul que su contrincante muerto llevaba aún al cuello, volvió a colocarse su cinturón del que ya no pendía espada alguna, y rajó el blasón de La Unión de su propio uniforme para confeccionarse una venda con la que taparse la cuenca del ojo que le había quedado vacía.

Por lo que a él respectaba, el senescal Ars había muerto en aquel acantilado, ya que tenía claro que si ahora reapareciese como tal no tardaría en sucumbir de nuevo, asesinado, envenenado o ensartado por una espada en una supuesta reyerta entre borrachos en cualquier posada del Bosque… ¡Necesitaba un nombre! Y de repente se acordó de un joven recluta al que conoció cuando era todavía un simple ratón de cuadras, un pequeño ratón de campo que se llamaba Esaú sin Dorme y que murió durante su segundo año de instrucción a causa de un accidente en el Patio de La Unión. Enseguida su nombre pasó a engrosar los registros del olvido, al igual que los nombres de tantos y tantos otros soldados que habían servido a La Unión y que habían muerto por ella desde que el Rey Ciego la instaurase hacía ya tanto tiempo. Decidió entonces que, a partir de ese día, Ars sin Stack pasaría a llamarse Esaú sin Dorme, o por lo menos,… resolvió para sí, hasta que llegase el momento de reclamar su verdadero nombre.

***

Capítulo 8

8

Su temible voz hacía que un escalofrío le recorriese el cuerpo, de la cabeza a la punta de la cola, cada vez que se dirigía a él.

—He oído rumores —tronó Jomo sin Delance en la lobreguez de su escondite bajo tierra. El día había amanecido nublado y apenas un resquicio de luz osaba colarse aquella mañana en la oscura madriguera del capibara a través de su pequeña claraboya en el techo, con lo que todo a su alrededor resultaba más siniestro todavía.

—Seguramente todos ellos son ciertos —pronunció Jeremiah, pues sabía que nadie sería capaz de inventar nada tan atroz como lo que realmente había tenido lugar en la Hondonada el día anterior.

—Quiero oírlos de tu boca —le ordenó el capibara entonces, recostando su enorme cuerpo sobre su asiento detrás de su mesa tras una montaña de mapas y pergaminos.

—Fue una masacre —dijo entonces Jeremiah sin Northombras regresando con sus pensamientos un segundo a la Hondonada— De hecho así es como se refieren a ello todos los animales del Bosque.

—¿Cómo? ¿La masacre?… —inquirió el enorme roedor.

—La Masacre de la Hondonada —lo corrigió la ardilla.

Aquel día el “sin cara” le narró al capibara todo aquello de lo que había sido testigo, cerrando los ojos y haciendo un esfuerzo por regresar al campo de batalla, por permanecer allí el tiempo suficiente para contemplar una vez más, desde el principio hasta que cayera de nuevo el último de sus muertos, aquella horrenda masacre… abriéndolos otra vez, al acabar, sólo para sumirlos una vez más en la oscuridad de la madriguera de su señor.

Así le contó de qué forma los reptiles primero y más tarde los anfibios interpusieron sus armas entre los insectos, la única facción en la que no hallaron aliados, y los mamíferos. Le contó cómo la senescal de los insectos Adda sin de Gallant intuyó lo que estaba pasando y advirtió al senescal Ars, y cómo en ese instante actuaron de inmediato los mamíferos que estaban de su lado comandados por Reginald sin Northerngem. Le habló, sobre todo, acerca de la bravura con la que los espectadores de las Facciones de los Insectos y de los Mamíferos saltaron al campo de batalla,

muchos de ellos completamente desarmados, señores y vasallos, padres e hijos, y compañías enteras que acudieron a la reunión del Consejo provenientes de las montañas sin nombre para proteger cada cual a su senescal. Le habló del valor del que fue testigo por parte de ratones y hurones, dispuestos todos ellos a vender caras sus vidas, e hizo especial alusión a la fiereza con que intentaban abrirse paso hasta su senescal Los Topos de la Orden de Galeris, a los que después se unieron un grupo de armadillos y lobos de río armados con manguales y espadas. Le habló de cómo nobles y plebeyos pelearon codo con codo aquel día, de cómo mataron y de cómo murieron. Y le contó, finalmente, cómo cayó Ars sin Stack, el senescal de los mamíferos.

Pero lo que Jeremiah sin Northombras no le contaría jamás a aquel capibara, ni a ningún otro animal del Bosque, fue que tras ver a sus iguales morir defendiendo unos ideales que no podía comprender, una llama había prendido en lo más hondo de su corazón, una llama minúscula pero que ardía en su interior con un fulgor de proporciones desmesuradas, lanzando destellos de luz blanca en la oscuridad de su alma de forma tal que amenazaba con llenarla enteramente con su resplandor. Una llama tan ardiente que provocaba en él el despertar de un sentimiento que siempre se había negado, un sentimiento que podría llevarlo a romper la única norma por la que siempre se había regido, la de preocuparse tan sólo de sí mismo, la única regla por la que estaba seguro que todavía seguía vivo en un mundo como aquél… ¡Y en aquel instante, Jeremiah sin Northombras sintió miedo de sí mismo! De repente descubrió que estaba aterrado, porque se sintió cercano a todos aquellos que perecieron en la Hondonada aquel día y sintió lástima por ellos. ¡Sintió CÓLERA! honor incluso, y hasta lealtad, ¡devoción!, ¿responsabilidad?... hacia otros animales con los que nunca tuvo nada que ver. Se sintió confuso, y experimentó emociones a las que siempre había dado la espalda, porque sabía que eran de esa clase de sentimientos que lo llevan a uno a morir. Entonces notó que tenía la mirada empañada, y dio gracias al Rey Ciego de que en aquella oscuridad el capibara no fuera a advertirlo, mientras notaba cómo la llama que crecía en su interior brillaba cada vez con más fuerza… ¡hasta que sintió cómo quemaba!... y supo de inmediato que debía encontrar la forma de apagarla, porque no podía permitir que nadie le importase si no quería acabar él también como aquellos que murieron defendiendo a otros.

—Irás a ver al príncipe albino —tronó Jomo sin Delance, al cabo— Y le presentarás mi oferta. Dile a ese sapo que una numerosa partida de armas está por llegar, y que no querrá no disponer de ellas cuando empiece la guerra —entonces alzó la mirada un segundo, escrutando la mañana a través de su pequeña claraboya, igual que si estuviera leyendo en el cielo cuánto le estaba dictando a la ardilla— Dile que debe armar a sus huestes, a anfibios y a reptiles por igual.

—El senescal Doquer sin Varks podría sentirse insultado —opinó Jeremiah entonces— Como senescal de su facción es él quien debe cuidar de la seguridad de los reptiles —se explicó— Señor,… no nos interesa ofender a ninguna de las facciones que nos han apoyado en esto.

—El basilisco verde está viejo —contestó el capibara con un deje de infortunio en su tono de voz— Debajo de esa fachada de mirada asesina se esconde un animal que está cansado ya de luchar. No —sentenció— El sapo albino decidirá por él, es joven y orgulloso, en sus ojos rojos se lee su sed de sangre, y es príncipe tanto de anfibios como de reptiles, por lo que Doquer sin Varks tendrá que acatar su voluntad. Ahora ve —dio por terminada entonces la sesión—… Y tráeme buenas nuevas.

***

Capítulo 9

9

Las noticias volaban, y para cuando le informaron de lo acaecido en la Hondonada, Áurea ya sabía que estaban muertos.

—Elijah —pronunció como si los muertos pudieran oírla— Ars… —dijo después para sí.

Se encontraba en el piso más alto del roble al que llamaban el Roble Ocre por la tonalidad que su tronco había adquirido con el paso de los años; el altísimo árbol que había sido el hogar de su familia desde antes de *La Guerra de los Reyes*. Su habitación daba a un estrecho pasadizo que desembocaba en una pequeña hendedura natural que hacía años había causado un hongo en la corteza del árbol, lugar que Áurea utilizaba como balcón, aquel día, para llorar a las estrellas su pérdida. Se encontraba entonces a más de veinte metros del suelo y, de tanto en tanto, se asomaba y observaba una caída que le sugería un rápido final para el dolor que la afligía. Pero en cuanto pensaba en ello, acudía a su mente la imagen de su hermano precipitándose al vacío, y entonces cerraba los ojos con fuerza y maldecía, apartándose de la balaustrada de madera que años ha Ars construyera para transformar aquella abertura natural en un mirador.

—Señora… —oyó entonces a Gala, quien ya era vieja cuando ella era todavía una cría de ratón. Gala siempre había estado a su lado, y en aquel momento aguardaba tras ella temerosa por la forma en que había visto cómo su pequeña señora se asomaba al vacío. Al oírla, Áurea le dio la espalda al manto de estrellas al que sabía que por más que llorase jamás lograría consolarla, y miró a la que aún en su adultez consideraba su nodriza— Seguir aquí afuera… —le dijo la vieja ratona entonces— no te hará ningún bien. Y podrías resfriarte —añadió cuando, de repente, un soplo de aire helado se coló por el balcón y huyó aullando por el interior del roble hasta el piso más bajo.

—Pero debemos llorar a nuestros muertos —respondió Áurea sin Stack. Desde donde se encontraba su figura parecía recortada por la luz de la luna, luz que otorgaba a su blanco pelaje un brillo de apariencia sobrenatural; tenía las extremidades delgadas y largas, la mirada vidriosa y el bello de la cara empapado por las lágrimas.

—No les llores más… —le pidió entonces la vieja ratona que hacía tiempo

que había dejado de ser su nodriza para convertirse en una amiga.

Gala le hablaba, desde siempre, con la dulzura de una madre, y Áurea siempre pensó que contar con ella fue una bendición, aun cuando su verdadera madre los dejó a una edad tan temprana para los mellizos Stack.

—Haz el equipaje, Gala —le dijo entonces— Nos vamos al Sotorey. Saldremos por la mañana.

La noticia cogió por sorpresa a la vieja ratona.

—No es un buen momento para viajar —trató de persuadirla.

—Con tantos muertos como ha habido durante La Masacre de la Hondonada… —añadió Áurea dejando que su última lágrima se le secase entre los bigotes— Los caminos estarán llenos de todo tipo de animales en peregrinaje hacia el Sotorey. Las comadrejas pueden quitarnos muchas cosas —dijo alejándose por fin de la baranda— Pero no nos quitarán nuestro derecho a honrar a nuestros difuntos en el Soto de los Reyes.

***

Capítulo 10

10

Aquella era la última posada del Bosque y de ahí su nombre “La Última Parada”, pues más allá comenzaba un interminable camino de piedra que conducía directa e inevitablemente a Cold Valley, la que era la ciudad de los humanos y a la que ningún animal del Bosque en su sano juicio querría ir a parar jamás.

La Última Parada se encontraba bajo una antigua construcción de piedra que antaño, antes incluso de que construyeran Cold Valley (algo que la mayoría de los animales del Bosque ya no recordaba), utilizaban los humanos que estaban de paso en su camino hacia Nedderheim para pasar ahí la noche. Pero con la fundación de Cold Valley hacía ya más de una década, y con lo rápido que había crecido como urbe de gran importancia llegando a contar incluso y en muy poco tiempo con uno de los mercados más importantes de la región, aquella antigua construcción quedó en desuso, pues ya nadie deseó hacer noche entre sus frías paredes de piedra cuando a medio día más de camino se encontraba la que estaba llamada a ser una de las ciudades más importantes y centro neurálgico del floreciente reino de los humanos en cuyo trono se sentaba entonces Dankwart, hijo de Adriano y hermano del infame Hagen de Troneja.

Y ahí se encontraban Lachdanan y Tebo aquella noche.

La Última Parada fue el refugio que encontraron cuando finalmente el cansancio los venció desde que abandonaran la Hondonada con un amarguísimo sabor de boca. En su interior regía una peligrosa sensación de desconfianza alimentada por las miradas de todos los presentes (fuesen de la especie que fuesen) cada vez que un cliente nuevo, sobre todo si se trababa de un mamífero, entraba por su puerta, ya que después de lo acaecido en la Hondonada había quien apoyaba a las comadrejas y quien no, además de quien se había unido a la batalla y quien prefirió mantenerse al margen. Pero apoyar a un senescal muerto parecía una causa perdida; sólo aquello fue lo que consiguió apaciguar las cosas por parte de un grupo de mamíferos que, sin senescal por el que luchar, estaban a la espera de ver cuál sería el siguiente movimiento de las comadrejas que ahora mandaban La Unión. Por otra parte había quien veía a los soldados de La Unión como a un atajo de traidores, una deshonra para aquellos que pertenecían a la Facción de los Mamíferos y como una afrenta personal a la memoria del Rey Ciego, mientras que otros veían en los soldados de La Unión el último destello de esperanza por parte de quienes aún a pesar de sus actos recientes, no permitirían a las comadrejas instaurar de nuevo el reinado de terror que les ganó

tantos sobrenombres hacía tantos años, si es que, se comentaba en voz muy, muy, muy baja… las comadrejas no acababan disolviendo La Unión.

En aquel instante Lachdanan acababa de completar una transacción, así era como él lo llamaba, pero para Tebo aquello no era otra cosa sino otro timo en toda regla.

El hurón se despidió de su cliente, un enorme puercoespín de púas negras como el azabache y se quedó sentado a la mesa en la que había cerrado el trato haciendo recuento de sus ganancias, cuando Tebo se le acercó, se sentó a su lado y plantó los pies desnudos sobre la mesa.

—Le has vendido un frasco con agua a ese puercoespín —dijo entonces el ratón como si aquello realmente lo sorprendiese, arqueando una ceja en un gesto divertido a la par que mordaz— Lo. He. Visto —aseveró.

Y mientras terminaba de contar las *luas* que acababa de ganar con aquella transacción, Lachdanan le dedicó a su amigo una fugaz mirada de reojo.

…trece, catorce, quince, dieciséis…

—Ese puercoespín… —le contó a continuación— es un rico comerciante de este lado del Bosque, tiene a sus órdenes a cuatro pobres desgraciados a los que explota por cuatro *luas* la jornada, y tres hijos pequeños que no van a la escuela porque les hace trabajar —entonces terminó de contar y guardó el dinero en la saca que siempre llevaba colgada del cinto detrás de su capa— Se merece que le roben —concluyó, y entonces Tebo arqueó la otra ceja abriendo muy mucho sus diminutos ojos negros— Pero yo no le he robado, claro… —se corrigió enseguida el hurón— Mi cliente… —y añadió con un deje de condescendencia— sufre de un terrible dolor de pies, y yo le he recetado mi milagrosa agua de río, que, realmente, alivia ese dolor. Lo sé porque siempre que paso cerca del río me acerco a la orilla y me descalzo y sumerjo las patas en él y eso, realmente, alivia mi dolor. Naturalmente… —añadió ante la falta de intervención por parte de su pequeño amigo— no es necesario decir que efectivamente se trata de agua de río, claro, por lo que le he hecho saber que se trata del agua de un manantial de mágicas propiedades que corre del otro lado del Bosque donde habitan los elfos y al que ningún animal, excepto yo, claro está… —apuntó— ha llegado jamás.

—Elfos —repitió Tebo con sorna, mientras apuraba el final de su jarra que no había tardado en asir de nuevo después de salir afuera a hacer de aguas menores. Pero decidió dejar el tema— En fin… ¿Otra más?... —le preguntó a su socio entonces levantando la jarra vacía por encima de su media oreja izquierda.

—Ummm… No —le respondió el hurón después de meditarlo unos segundos mientras se ponía en pie, estiraba todos y cada uno de sus

larguiruchos músculos y recogía la silla de montar que había dejado apoyada contra la pared en el suelo a su lado— Será mejor que nos larguemos de aquí, antes de que ese puercoespín se entere de qué es lo que realmente le he vendido y vuelva aquí con los cuatro desgraciados que tiene a sueldo con un jornal ridículo, pero jornal, al fin y al cabo por el que, te apuesto lo que quieras… —apuntó— igualmente estarán dispuestos a rompernos todos los huesos del cuerpo si el majadero de su patrón se lo ordena.

Entonces Tebo asintió, dejando la jarra vacía de nuevo sobre la mesa y poniéndose también en pie:

—En ese caso te sigo.

Doblaron la esquina nada más salir de La Última Parada, pues de no hacerlo, sabían, se meterían de lleno en el camino empedrado que llevaba a la ciudad de los humanos. Después recorrieron el sendero que bordeaba la enorme construcción de piedra hasta pasar por debajo de una gruesa raíz que sobresalía del suelo y que pertenecía a un altísimo árbol sobre el que nadie se ponía de acuerdo en qué tipo de árbol era. Y fue ahí, justamente ahí, donde los dos amigos estaban llamados a encontrarse con dos comadrejas, un armiño y un tritón que le estaban propinando una brutal paliza a un ratón menesteroso.

—Pero… ¿Qué ven mis ojos?... —intervino Tebo enseguida con un divertido deje zalamero en su tono de voz, en el mismo instante en que una de las comadrejas tumbaba a aquel pobre desgraciado en el suelo haciéndolo caer con un golpe de su cola por detrás de las patas.

Como siempre, sabía (muy bien) Lachdanan, tanto alcohol no tardaba en embotar una cabeza tan pequeña como la de su pequeño amigo y como tampoco él había bebido poco… también decidió intervenir. Dejó entonces caer al suelo la silla de montar que cargaba al hombro y dijo…

—Dos comadrejas, un armiño y un… —en aquel instante Lachdanan se fijó en el tritón, asiéndose con ambas manos fuertemente a la empuñadura de una espada que más que una espada parecía una cachiporra, y con una mirada (para nada asesina) tan desorbitada que pensó que en cualquier momento iban a caérsele los ojos al suelo— En fin… —retomó su “gentil” perorata— Dos comadrejas y un armiño contra un pobre ratón —y cuando observó a éste advirtió su vaina vacía— …¡¿Y desarmado?! —y se llevó las manos a la cabeza en un gesto que le habría ganado la ovación del público en cualquier representación teatral— Vaya, esto sí que es una… ¡novedad! —dijo— Cada día resultáis más y más despreciables.

El ratón apaleado aprovechó el instante para retirarse a rastras hasta la pared de aquella enorme raíz, en la que buscó apoyo para ponerse en pie mientras se sujetaba con ambas manos las costillas; las tres alimañas y el anfibio de mirada desorbitada no le prestaron más atención.

—He aquí uno… —intervino entonces la más alta de las comadrejas— que aspiraba a "comadreja", pero que se quedó en "hurón".

—¿Cómo? ¿Has? ¿Dicho?… —afrentas como aquella eran más de lo que Lachdanan podía aguantar, y menos aún si además de ofendido se sentía borracho.

—¡Métete en tus asuntos, hurón! —ladró el armiño, claramente molesto por la intervención de aquellos dos.

—Me temo que acabáis de convertir "esto" en los asuntos de este aspirante a asquerosa comadreja —dijo Lachdanan entonces enmarcando sus palabras con una sonrisa que Tebo conocía bien, gesto por el que el ratón echó mano ya a la empuñadura de su nueva espada.

—Veamos qué tal corta —susurró el ratón blandiendo su arma en alto al mismo tiempo que las tres alimañas desenvainaban las suyas y el tritón, de repente, se daba la vuelta y huía corriendo en cualquier dirección hacia la espesura del Bosque.

—Antes igualemos esto —empezó Lachdanan, cuando de repente, con un rápido movimiento de la izquierda, descubrió su ballesta de una mano de debajo de su capa y disparó un proyectil que fue a clavarse en la garganta de la comadreja más alta, atravesándole el cuello y asomándole por el cogote.

¡Aquella cayó al suelo cuan larga era! Mientras Tebo se encaraba con la que aún no había abierto la boca, el hurón, dejando caer la ballesta a la vez que desnudaba a *Perdición* y a *Cobravidas*, plantó cara al armiño que lo recibió siseando y con las fauces babeantes.

La refriega no duró más de diez segundos. Lachdanan golpeó a su contrincante en los morros con la empuñadura de *Cobravidas*, a lo que el armiño escupió sangre seguida de un colmillo roto y de una maldición, y para cuando devolvió la vista al frente el hurón le atravesó la garganta con *Perdición*, que le asomó entre las orejas pringada de rojo. Tebo por su parte se había encaramado a la espalda de su adversario, asiéndose con una mano a su cabellera con las patas enroscadas alrededor de su cuello, tirando hacia atrás de su cabeza y finalmente abriéndole el gaznate con su nueva espada.

—¡Por el Rey Ciego! —bramó el pequeño ratón después de apartar a un lado el cadáver de aquel roedor maloliente que le había caído encima tan

pronto espiró su último aliento, y limpiando después la hoja de su espada con las vestiduras de su víctima, añadió— …¡que estas comadrejas no tienen honor alguno!

Mientras tanto, Lachdanan ayudaba a incorporarse al ratón al que aquellas alimañas y un tritón cobarde habían sacudido y que ahora se aguantaba con ambas manos apoyadas sobre las rodillas, resollando, y la espalda echada contra la raíz del árbol sin nombre. Vestía éste una raída capa de tela de color azul, la vaina de una espada que no contenía espada alguna y una venda tapándole un ojo que seguramente había perdido en otra refriega de características similares a aquella.

—Gracias… —les dijo con un apagado tono de voz.

—...Créeme —le hizo saber el hurón— Ha sido un placer. Me llamo Lachdanan —se presentó después— Y él es Tebo —el ratón levantó una mano a modo de saludo mientras andaba registrando a las alimañas muertas en busca de cualquier artículo de valor.

—Yo soy Esaú —se presentó aquél también, y le estrechó la mano— Os estoy muy agradecido.

—No era un combate justo —se quejó el hurón— Toma —le dijo después, entregándole la espada de la comadreja que había matado con un disparo de su ballesta— Esto igualará un poco las cosas la próxima vez.

Y en aquel preciso instante un horrendo bufido los sobresaltó, los berridos acompañados de todo tipo de improperios de un puercoespín descontento, provenientes de la esquina que los dos amigos acababan de doblar justo antes de verse involucrados en asuntos ajenos.

—¡¿DÓNDE ESTÁ ESE HURÓN IGNOMINIOSO Y EMBAUCADOR?!...

…Aullaba el puercoespín de los pies dolientes a las puertas de La Última Parada, con la espada en una mano y un frasco de cristal en la otra, seguido de otros cuatro puercoespines con pinta de no tener muy buenas intenciones.

—¿Ignominioso?... —repitió Lachdanan en voz baja, quien parecía más orgulloso que ofendido de recibir tales calificativos— ¿Embaucador?...

—¿Se refiere a vosotros? —preguntó entonces Esaú mientras envainaba la espada que acababan de entregarle— Porque parece que no esté muy de acuerdo con… con algo —sea lo que sea que pueda ser ese “algo”, rumió después para sí.

—Eso es cuestión de opiniones —intervino Tebo cuando al fin se unió a su

socio y al ratón tuerto.

—En cualquier caso nos largamos —les informó a ambos el hurón al tiempo que devolvía sus espadas a sus vainas, recuperaba del suelo su ballesta, la silla de montar y se colocaba ésta rápidamente sobre la espalda— ¡Subid! —les dijo— ¡Nos vamos!

***

Capítulo 11

11

Jona sin Bravoos trataba de saborear un vino sin poder evitar que se le antojara amargo, pues ni el mejor de los licores del Bosque ni la fruta más dulce que sus árboles pudieran madurar, jamás servirían para endulzar un gaznate al que le costaba tanto tragar por el nudo que le atenazaba la garganta aquel día.

Sentía rabia, una rabia desmesurada, y de repente se dio cuenta de que agarraba la copa con tanta fuerza que si no aflojaba estallaría en su garra en mil esquirlas de cristal. Pero también sentía pena y maldijo en sus pensamientos al Rey Ciego, sintiendo incluso miedo de sí. ¿Y culpa?… no, no debería, a la vez que un extraño sentimiento de satisfacción largo tiempo contenido recorría ahora sus venas, elevándolo (¡como si fuese capaz de hacer crecer alas de su espalda!) para alzarse por encima de todo y de todos e impartir justicia como lo hiciera su padre tantos años ha, *aunque no de la misma manera*, se repetía.

¡Cuántos sentimientos contrariados!

Era imposible, hacía tiempo que había llegado a aquella conclusión, que sus lugartenientes fuesen a entender sus sentimientos, que fuesen capaces de comprender que tal masacre pudiese llegar a pesar tanto sobre los hombros de una comadreja como él. Los cuatro allí presentes eran todos aguerridos guerreros sobre los que las demás comadrejas narraban aún imposibles hazañas que tuvieron lugar en tiempos de su padre, en tiempos de Gorka sin Bravoos, “la comadreja de hierro”, cuando su Casa reinaba todavía con garra de acero sobre todos los mamíferos del Bosque; pero aquellos cuatro, se dijo otra vez, jamás lo entenderían, no podían.

Entonces hizo un esfuerzo por terminarse de un trago la copa de vino que dejó después sobre la mesa de piedra que tenía delante (lo suficientemente alejada del borde para que ningún lacayo se atreviera a llenarla de nuevo con aquel vino aciago) de su espaciosa estancia en el interior del Roble de los Cien Años que reinaba por encima del resto de los árboles del Pico de Bravoos, en el centro mismo del Bosque, y se puso en pie. Su presencia enmarcada a su espalda por el escudo de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos, que pendía del techo y caía hasta casi rozar el suelo, sirvió para acallar las bravuconadas de aquellas cuatro comadrejas que no dejaban de felicitarse entre sí por la victoria acaecida en la Hondonada. Su descomunal altura, su increíble complexión y la cicatriz que firmaba su rostro bajo una mirada enmascarada por un antifaz de vello más oscuro que el claro rubio que le cubría el resto del cuerpo (además del hecho de saber que se trataba del último descendiente de la

Sin de Bravoos), eran motivos más que suficientes para que la más brava de aquellas comadrejas callase, bajase la mirada y dejase hablar a aquel gigante que había vuelto a unir los clanes de las comadrejas del Bosque después de tanto tiempo enemistados.

—Nos hemos precipitado —habló Jona entonces, su voz apenas un susurro.

—Vuestro padre estaría orgulloso —se atrevió a opinar al cabo uno de sus lugartenientes, el más viejo de los cuatro: un animal sabio, un grandísimo estratega y también una fuerte comadreja aún a pesar de su avanzada edad que hacía tiempo lo había retirado ya del campo de batalla para seguir sirviendo a la Sin de Bravoos como instructor y consejero. Una comadreja, como decían, "*de las de antes*", que aún se regía por las mismas normas morales ya obsoletas que hicieron de la Sin de Bravoos la primera de las Casas de las comadrejas en tiempos del padre de Jona.

Pero Jona lo fulminó con su mirada enmascarada en una expresión impasible. En sus ojos era difícil discernir si estaba furioso, impaciente, nervioso o incluso eufórico, pero aquellas cuatro comadrejas sabían que su señor estaba harto de que sus lugartenientes se creyeran con derecho a debatir cuanto decía sólo por el hecho de que sirvieron a las órdenes de su padre antes que a las suyas.

—Mi padre no era un carnicero —habló, de nuevo, con su habitual tono de voz casi inaudible.

—Estos son otros tiempos, señor —se atrevió a añadir entonces la vieja comadreja.

—Actuar durante la reunión del Consejo en la Hondonada ha sido un error —insistió Jona como si no hubiese oído el último comentario de su viejo consejero— Demasiados animales presentes, demasiados mercaderes, demasiados mercenarios y demasiados nobles con sus nobles hijos. En definitiva —concluyó— Demasiados ojos.

—Pero era el momento oportuno. Debía hacerse a la vista de todos. ¡Ahora ningún animal del Bosque tiene dudas sobre quién está al mando! —opinó de corrido otra de sus comadrejas— Señor… —añadió después cuando el último descendiente de la Sin de Bravoos posó su fría mirada en él.

—El más oportuno, sí —dio la razón por una vez la comadreja rubia— Pero no el más apropiado.

—¿Señor?...

—¿Cuántos muertos, Corv? —preguntó entonces Jona sin Bravoos sin mirar a nadie, dirigiéndose a la enjuta figura que permanecía en las sombras con la espalda apoyada contra una de las paredes del palacio de madera de roble, en una de sus esquinas más recónditas.

—Se cuentan por miles, señor —llegó hasta las comadrejas de pronto la voz que escapó del pico del emisario negro que, envuelto en su oscura capa de plumas, dio un paso al frente para dejarse ver, tras lo cual reculó otra vez, de vuelta a las sombras.

—Miles —repitió la comadreja rubia paseando lentamente su mirada entre sus lugartenientes— También he oído que se refieren a ello como La Masacre de la Hondonada.

—Así… no olvidaran —intervino de nuevo la más vieja de las cuatro.

—Así me recordaran —le respondió Jona.

—Y así os respetaran.

—¡No! —lo corrigió entonces— ¡Me tendrán miedo! —dijo dando un fuerte puñetazo sobre la mesa, provocando el derramar de más de una de las copas llenas a rebosar con que aquellas cuatro comadrejas creían estar celebrando una victoria.

—Parece que habéis olvidado cómo murió vuestro padre —intervino otra, de pronto— No merecen menos, señor.

—¡Insolente! —clavó su mirada entonces en quien osaba nombrar a su padre con tanto descaro— No olvidaré la muerte de mi padre. Murió en mis brazos.

Yo lo maté… añadió después para sí.

—Señor…

—Pero no gobernaré como él lo hizo —interrumpió entonces devolviendo su bajo tono, si cabe más bajo de lo habitual, a su voz de nuevo impertérrita.

La tensión en la sala de actos del Roble de los Cien Años crecía por momentos, y cada vez hacía más calor en su interior.

—Pronto habrá guerra —trató entonces la vieja comadreja de desviar la atención de su señor sobre su padre, buscando centrarla en otros asuntos de más interés a la vez que menos peligrosos para su propia integridad y la de sus tres compañeros de armas, cuyas mismas vidas podrían depender de ofender o no en mayor grado a la comadreja rubia aquel

día— Esperamos una revuelta, señor —continuó hablando aún nervioso mientras Jona sin Bravoos no dejaba de observarlos, uno por uno, con su triste y a la vez amenazadora mirada— Nuestros informantes… dicen… dicen que algunos nobles ya se están organizando. Tal vez sería conveniente disolver ya La Unión, pues una rebelión podría animar a sus integrantes a pensar que participar en ella pueda redimirlos de alguna forma de sus actos de traición.

—Aún es pronto —por fin Jona sin Bravoos reculó un par de pasos y se dejó caer de nuevo sobre su trono de piedra delante del escudo de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos, con lo que los nervios de sus cuatro lugartenientes pudieron destensarse un poco— Si disolvemos ahora La Unión no haremos otra cosa sino avivar aún más las llamas que alimentan la revuelta que está por venir. Debemos evitar esa rebelión y ganarnos de nuevo a esa facción rebelde, entonces disolveremos La Unión.

—Señor, me temo que la revuelta es inevitable —habló una vez más la vieja comadreja— Nos hemos enterado de que el capibara ha comenzado a suministrar armas a ciertos nobles de entre la Facción de los Mamíferos; aún no sabemos de cuántos se trata, pero podrían ser muchos.

—Tenemos a los reptiles y a los anfibios de nuestra parte —les recordó Jona.

—Y los rebeldes cuentan con el apoyo de la Facción de los Insectos… —opinó la comadreja más vieja y la única que osaba aún debatir las palabras de su señor aquel día— Y los insectos están en todas partes.

En ese instante una pequeña comadreja irrumpió de repente en la estancia, adelantándose con pasos ligeros a los cuatro lugartenientes hasta situarse enfrente de su señor e hincar una rodilla en el suelo, bajando por completo la mirada y tendiéndole de su garra un pergamino enrollado. Entonces Corv abandonó del todo las sombras, igual que un fantasma que de pronto se materializa, para acercarse hasta el recién llegado y recoger de su garra las noticias que traía.

Nadie dijo nada, excepto Jona:

—Dejadnos.

Y la pequeña comadreja primero y después los cuatro delegados de la Sin de Bravoos abandonaron la estancia, hasta que sólo quedaron en ella Jona y su alado incondicional.

Entonces el cuervo se acercó hasta su señor extendiendo uno de sus raquíticos miembros, abriendo así, involuntariamente, su capa de plumas negras para dejar a la vista un cuerpo marchito, haciéndole entrega de

aquel informe.

Jona dedicó unos minutos a leerlo, mientras el emisario negro permanecía erguido a su lado a la espera de las órdenes de su amo; en los ojos de la gran comadreja no se adivinaba expresión alguna, y con la misma parsimonia con la que extendió el pergamino volvió a enrollarlo, lo depositó después sobre la mesa y se llevó la garra a la frente en un gesto meditabundo y de preocupación.

—La muerte de Ars sin Stack no es la única que deba preocuparnos —dijo, tanto como si se dirigiese al cuervo como a nadie en particular.

—¿Algún noble entre los muertos que pueda perjudicarnos?... —inquirió el cuervo.

—Muchos —le respondió la comadreja rubia— Pero sólo uno me preocupa especialmente— Corv permaneció impasible, a la espera— El joven Elijah sin Daus.

—El prometido de Áurea sin Stack —dedujo enseguida en voz alta el emisario negro.

—Cuando Áurea sepa que estoy detrás de esto se lo tomará como algo personal —de repente pareció que Jona sin Bravoos hablara sólo para sí, y suspiró con desazón— No sabía que el joven Sin Daus estaría en la Hondonada. Mi intención no era esa… —lo oyó Corv dudar por segunda vez en su vida desde el día en que lo conoció— Pero ahora no es momento de preocuparse por nimiedades. Corv…

—¿Señor?

—Irás a la linde del Bosque. Busca a Alas sin Varka, de la casa Varka, de las musarañas de los varkos del Mar de Espinos —le ordenó— Dile que su rey lo necesita.

***

Capítulo 12

12

Sin llegar a entrar en el camino de piedra que conducía a Cold Valley, la ciudad de lo humanos, Lachdanan, Tebo y su reciente incorporación a su pequeña banda de mercenarios trotamundos, quien decía llamarse Esaú, viajaron por el borde interior a lo largo de los límites del Bosque en un inacabable recorrido que los conduciría a un destino por el hurón conocido pero por los dos ratones aún ignorado.

Después de alejarse lo suficiente de La Última Parada, Tebo se bajó de la grupa de Lachdanan y continuó a pie, a su lado, mientras que el hurón seguía con Esaú montado todavía sobre su silla por el mal estado en que éste aún se encontraba.

—…¿A qué Sin perteneces? —le había preguntado el hurón a Esaú en un momento en que su larga caminata amenazaba con caer en el más absoluto de los aburrimientos si alguien no empezaba a hablar de lo que fuera, a contar historias o a cantar canciones.

—A la Sin de Dorme —informó Esaú de la Sin que había adoptado después de que fuese dado por muerto tras su caída por el acantilado— ¿Y tú? —quiso saber también.

—Yo no le debo lealtad a ninguna Casa.

Lachdanan fue claro y conciso, y Esaú decidió no volver a preguntar al respecto a aquel hurón desembarazado de toda lealtad.

—¿Y tú? —le preguntó después a Tebo.

—¡Cuatro son las sins que tienen el honor de contar conmigo entre los suyos! —recitó Tebo entonces como si fuera el actor protagonista de una obra de teatro callejera.

—¡¿Cuatro?!... —repitió Esaú, fascinado, observando al pequeño ratón desde lo alto de la silla de montar del hurón.

—¡Sí. Cuatro! ¡La sin señor, la sin responsabilidades, la sin vergüenza y la sin *sin*!

De repente Lachdanan estalló en ruidosas carcajadas, deteniéndose en el camino para asimilar la sandez que acababa de soltar su amigo, momento que éste aprovechó para colocarse delante del hurón y quejarse por una caminata interminable que hacía rato ya que ponía a prueba su diminuta

paciencia.

—Nos hemos alejado mucho, Lach… —se plantó el pequeño roedor, dispuesto a no dar un paso más hasta que su amigo le dijera a dónde se dirigían— ¡Demasiado!

—¿Alejarnos de dónde, Tebo? —le preguntó Lachdanan tratando de acallar sus risas, mientras Esaú se bajaba de él para que pudiera quitarse la silla del lomo y descansar un rato— Amigo mío, tú y yo no tenemos hogar del que podamos alejarnos —le recordó.

—Nos. Hemos. Alejado. ¡Demasiado! —perdió Tebo un poco más de la poca paciencia que tenía— ¡De todas partes! ¡Por el Rey Ciego que ni siquiera reconozco dónde estamos!...

—Está bien —susurró el hurón al cabo, pues conocía de sobras la retahíla de sin razones que seguía cuando de repente su amigo ya no sabía dónde se encontraba— Nos dirigimos a las Cimas de Ulrrur —les develó al fin— A la fortaleza del conde Dallas sin Ulrrur.

—Lo que yo decía —volvió Tebo a la carga, porque no dejaría de quejarse hasta que se sintiese al menos algo descansado después de tanto caminar— ¡Demasiado lejos de ninguna parte! Dime… ¡¿Qué tenemos que hacer nosotros en Ulrrur!?...

—El Puercoespín al que timé en La Última Parada… —y entonces el pequeño roedor arqueó una ceja, exactamente igual que lo hizo en aquella misma taberna cuando pilló a su amigo engañando a tan ilustre animal— El puercoespín al que receté mi agua milagrosa para el dolor de pies en La Última Parada —se corrigió el hurón— me dijo que el conde Ulrrur está reclutando mamíferos.

—¿Yyy?... —exigió una explicación mejor el pequeño ratón.

—Yyy… que teniendo en cuenta que el conde Ulrrur estuvo presente durante La Masacre de la Hondonada —continuó Lachdanan— con sus cuatro hijos, que se unieron todos ellos a la lucha en defensa del senescal Ars —cuando Esaú oyó aquel nombre se alejó unos pasos de ellos y los dejó seguir discutiendo qué dirección tomar, aunque, tal vez, se dijo entonces, ahora le importara algo más— y que perdió a tres de ellos aquel día… Lo mejor que podemos hacer es formar parte del ejército de una Sin noble que esté del lado que nos interesa cuando empiece la guerra.

A continuación se produjo un momento de silencio, Lachdanan se dejó caer en el suelo y expulsó todo el aire de sus pulmones mientras susurraba "*…Por el Rey Ciego*" cuando Tebo, al fin, intervino:

—¿Por qué… quieres formar parte de esto, Lach?... —se le acercó y se dejó caer también a su lado— No tenemos por qué luchar en esta guerra. No es asunto nuestro —trató de disuadirlo, de nuevo, desde que hablaran de ello por primera vez aquella mañana en que los insectos que se dirigían a la Hondonada pasaron volando por encima de sus cabezas.

—Sí. Sí que lo es —lo corrigió Lachdanan— Es asunto de todos los animales de este maldito Bosque —le dijo con un tono de voz que Tebo sólo le había oído en sus momentos de más abatimiento— No podemos darle la espalda a esto, Tebo. A esto no.

—El conde Ulrrur, ¿eh?... —pareció ir aceptando la idea el pequeño ratón— Más condes. Estoy harto de condes.

—¡¿Qué estás qué?!...

Entonces Esaú consideró que era el momento de volver con ellos y de reanudar la marcha, pues durante los minutos en que los dos amigos habían estado discutiendo llegó a la conclusión de que Dallas sin Ulrrur podría ser el aliado que necesitaba para volver de entre los muertos y reclamar de nuevo La Unión. Así que se acercó a ambos y aguardó paciente a que terminaran con su coloquio sobre lo que fuera que ahora discutían y que al parecer involucraba a un conde, a una condesa y una ingente cantidad de oro.

—No habríamos tenido problemas con el último si hubieras pensado ¡por una vez! con la cabeza y no con la entrepierna —le estaba diciendo entonces el hurón al ratón.

—¡Teee recuerdo… —se defendió enseguida el pequeño roedor— que ya habías vaciado las arcas del señor conde cuando te puse al corriente de mis intenciones para con la señora condesa!

—¡¿In. Ten. Ciones?! ¡Ja!...

—He oído… —los interrumpió de repente Esaú, apareciendo de pronto ante ellos sin que ninguno de los dos lo oyera acercarse— He oído que las doncellas del conde Ulrrur son todas de una belleza exuberante —fingió que recordaba tal comentario sabedor de la pata de que cojeaba su pequeño congénere, tratando así de decantar la decisión acerca de si continuar o no hasta las Cimas de Ulrrur a favor del hurón.

—¿De verdad?… —preguntó Tebo, al cabo— ¿Cómo?... ¿Todas ellas?…

—Todas ellas —aseguró Esaú.

—Quieres decir… —volvió a la carga el pequeño ratón— Todas ellas… Es

decir… Todas… ¿Sin excepción?...

—Sí. Todas ellas. Sin excepción.

—Estás… mintiéndome —probó otra vez.

—No —aseguró de nuevo Esaú.

¡Menuda sarta de mentiras!... se dijo entonces el hurón, cuando de pronto comprendió que, por alguna razón, el desvelar el destino al que se dirigían había despertado el interés de aquel ratón marchito. Por algún motivo, a Esaú sin Dorme le interesaba llegar hasta las Cimas de Ulrrur y Lachdanan no sabía por qué, pero pensó que aquello ya le valía, pues lo que él quería era llegar a Ulrrur y llevar consigo a su pequeño amigo; al parecer el ratón tuerto iba a convencer a Tebo con esa invención suya acerca de la belleza de las ratonas de aquel lugar, así que el hurón se puso de nuevo en pie y apoyó su vil argumento.

—Todo el mundo sabe eso —mintió el hurón igual que estaba mintiendo Esaú— No hay doncellas más bellas en el Bosque que las de las Cimas de Ulrrur— Esaú comprendió que Lachdanan le seguía el juego y sus miradas se cruzaron un instante— Sigamos —les ordenó entonces el hurón, cuando dando ya por zanjada la cuestión… fue a colocarse de nuevo la silla en la grupa.

—¿Qué significa exu… exu… qué?... —preguntó Tebo entonces.

***

Capítulo 13

13

No dejaba de ver la imagen de su amigo precipitándose al vacío cada vez que cerraba los ojos, aunque fuera sólo por un instante. Lo veía caer, una y otra vez…

Desde entonces Reginald se había atrincherado en sus aposentos del Patio de La Unión, a la única espera de que las comadrejas le dijeran, por fin, que habían liberado a su familia a la que utilizaron como moneda de cambio para obligarlo a formar parte de la traición a La Unión y, lo que era aún peor (¡peor incluso que traicionar a la misma Unión!), para colaborar en el asesinato de su mejor amigo y senescal de los mamíferos.

Salía lo mínimo posible, fuera para solucionar un contratiempo con la recepción de unos suministros que les enviaron desde el Pico del altozano de Bravoos o para mediar en una disputa entre reclutas, cuando la mayoría de ellos eran ya comadrejas llegadas desde todos los rincones del Bosque. Comadrejas y sólo comadrejas patrullaban ahora el Patio de La Unión que registraron a fondo el primer día, temerosas de encontrar accesos secretos a aquel fortín que de repente habían convertido en su principal madriguera. Sin embargo, el viejo instructor de reclutas recorría en ese instante la almena norte con sus pensamientos siempre puestos en su esposa y en su hijo, en cuándo volvería a verlos, pues las comadrejas estaban alargando en demasía una liberación que tendría que haber tenido lugar hacía días; pero con tales pensamientos no conseguía sino atormentarse con la idea de si estarían demorando su liberación por algún motivo que desconocía… ¡cuando de repente al doblar la siguiente esquina el filo de una espada voló raudo hasta sus entrañas!

La finta cogió por sorpresa al ratón, quien apenas tuvo tiempo de echarse atrás con tal de evitar que lo hirieran y así limitar en la medida de lo posible la gravedad de la herida. Entonces un corte superficial asomó entre sus costillas, pues por extraño que fuese no llevaba puesta su vieja coraza de cuero que había colgado desde el día siguiente a La Masacre de la Hondonada y no había vuelto a vestir. "*¡Quién!...*" rugió, cuando frente a él, identificó enseguida, se encontró con aquel enorme ratón de campo que se ofreció voluntario para una demostración en su primer día de instrucción, hacía apenas diez días, luciendo entonces una ostentosa venda que le cubría casi por completo el hocico.

—¡Detente! —le ordenó el viejo instructor llevando la mano a la empuñadura de su espada que voló fuera de su vaina como si la magia

tirase de ella.

¡Pero aquél volvió a atacar! En esta ocasión Reginald rechazó su ataque sin demasiado esfuerzo, aunque el corte que acababa de recibir hacía que gimiese con cada movimiento que abría aún más su herida entre sus costillas.

—¡Detente! —le rogó esta vez— ¡Por favor!

¡Pero aquél volvió a atacar! ¡Una y otra vez!

Para un ratón como Reginald sin Northerngem, veterano de mil batallas, condecorado durante *La Guerra de los Reyes* hasta en tres ocasiones e instructor de reclutas de La Unión, aquél ratón de campo novato no resultaba una amenaza, pues si bien había tenido su oportunidad cuando lo atacó por sorpresa… había errado y su única posibilidad de éxito había pasado. Aun así el ratón del hocico roto no dejó de atacarle de forma constante mientras Reginald rechazaba todos y cada uno de sus embates con notoria facilidad y sin esfuerzo. Hubiera querido no tener que matarlo, se dijo Reginald un segundo antes, pero ante el empeño del joven recluta… el viejo instructor no tuvo otra que interponer la punta de su espada entre ambos en un momento en que el novato mismo con su último movimiento se ensartó por sí solo.

"*Te dije que te detuvieras...*" se dijo Reginald de nuevo para sí, al tiempo que lo sujetaba y ayudaba a sentarse en el suelo, apoyando su cuerpo contra la base de la almena mientras aquél trataba de engañar a la muerte con los últimos resuellos que le robaría a la vida aquel día.

—¿Por qué lo has hecho?... —quiso preguntarle Reginald, a sabiendas no obstante del motivo que tuvo.

—Por… —entonces el roedor herido recogió todo el aire que pudo en su último hálito de vida, y abrió desmesuradamente los ojos— Por La Unión… —dijo finalmente, y expiró.

.
.
.

—Por cada esquina que venzo… —escuchó Reginald sin Northerngem a continuación— encuentro un nuevo enemigo.

Corv, con su manto de plumas negras cubriéndolo enteramente, se encontraba apoyado de espaldas sobre la baranda de la almena que daba al interior, a sólo medio metro de distancia de Reginald y de la muerte que a su lado recogía el alma de aquel recluta leal a una Unión condenada a desaparecer. En el tiempo que duró el enfrentamiento, el ratón no se

percató de su presencia.

—…Y a todos ellos venzo con el filo de mi espada —terminó Reginald de recitar aquel pasaje del cuarto compendio sobre *La Guerra de los Reyes* que el cuervo había iniciado.

—Solicitan verle, señor duque —graznó el cuervo con sorna cuando lo nombró por el título que ostentaba; y dicho esto se incorporó, le dio la espalda y se alejó de él.

En cuanto entró en los antiguos aposentos del senescal Ars, lo primero en lo que se posaron sus viejos ojos que tanto hacía que sólo reflejaban miradas de tristeza, fue en Bela y en Duncan, y por primera vez en días su mirada se iluminó y una lágrima, esta vez de alegría, le empapó el vello de la cara. "*Reginald*" gimió ella, "*¡Padre!*" gritó su hijo inmediatamente después, y ambos cruzaron corriendo la estancia desde la mesa de mapas de Ars sin Stack en la que se encontraban vigilados hasta los brazos de su esposo y padre, como si aquella fuera la carrera más larga de sus vidas.

Se abrazaron con tanta fuerza que, por un instante, el viejo instructor creyó que la herida que acababa de recibir en el costado se abriría aún más, pero no le importó, gimió y nadie supo si de dolor o de alegría. Entre sus brazos, por fin, sostenía el grácil cuerpo de castaño pelaje de su amada esposa, sus diminutas manos y su cara delgada con sus claros ojos también castaños clavados en él… y el diminuto ratón que era todavía su hijo, de pelo rubicundo, de miembros nervudos a pesar aún de su corta edad, y de mirada tan inocente aún como rabiosa después de tantos días de cautiverio.

—Las comadrejas siempre cumplimos nuestra palabra —llegó entonces a oídos de Reginald sin Northerngem, desde la misma mesa de mapas donde se encontraban su esposa y su hijo cuando entró, de labios de una comadreja que ocupaba la silla de Ars con los codos apoyados sobre la mesa y los dedos de las garras entrelazados.

"*Las comadrejas no tenéis palabra*" hubiera querido responderle Reginald, pero se dijo que no pondría otra vez en peligro a Bela y a Duncan cruzando bravuconadas con aquellas alimañas, así que se limitó a asentir, a darse la vuelta con su esposa y su hijo cogidos de la mano y a salir de allí.

—Este es Elías sin Jamgersson —les presentaba horas más tarde Reginald a su familia, en un punto intermedio entre el Patio de La Unión y el

camino que llevaba a la abandonada Plaza de los Mariscales, en el viejo claro de luna al que ya nunca acudía nadie— Y os llevará hasta la linde del Bosque —les explicó— A casa de unos amigos a los que les envié un mensaje hace dos días y que ya os están esperando. Yo os seguiré más tarde —añadió cuando tanto su esposa como su hijo estuvieron a punto de decir algo— Antes debo atender otros asuntos.

—Reginald, amor mío… —trató de disuadirlo Bela.

Pero el viejo instructor no les permitiría más que una rápida despedida si no quería que aquello le resultase todavía más difícil, y enseguida la interrumpió.

—…Tendréis que renunciar a vuestros nombres —les dijo— la Sin Northerngem ha sido declarada casa traidora y no es seguro que viajéis, y menos aún fuera de las fronteras de La Unión —apuntó— utilizando vuestros verdaderos nombres.

—Reginald…

—Padre…

—¿Está claro? —los interrumpió una vez más. Ambos asintieron en silencio, y ya no dijeron nada más. Entonces Reginald sacó de detrás de su jubón una saca con monedas que depositó en la enorme palma abierta de Elías sin Jamgersson. Éste era un hurón grande como pocos (y Duncan se dijo que jamás había visto uno de cuerpo tan largo, ¡de hecho hasta aquel momento dudaba que existieran hurones tan grandes!... y éste lo era tanto que llevaba al lomo una gigantesca silla de montar para dos, otra cosa que tampoco había visto antes), tenía el pelo negro con algunas pequeñas manchas de color blanco aquí y allá, unos poderosos cuartos traseros y delanteros, le faltaba el ojo izquierdo cuya cuenca vacía no disimulaba con ningún tipo de parche y sonreía todo el tiempo— Elías —fue lo último que le dijo Reginald— ¡Corre!

***

Capítulo 14

14

En su camino hasta aquel momento, Lachdanan, Tebo y Esaú se habían topado con infinidad de animales que, en un éxodo apresurado, emigraban sin volver la vista atrás hacia las zonas colindantes del Bosque próximas a los caminos de tierra y piedra por donde los humanos circulaban a diario con sus ruidosas carretas y enormes bestias de monta. Era en estas zonas tan alejadas del centro del Bosque donde los asuntos entre facciones perdían importancia y tenían menos repercusión, adónde los mamíferos temerosos del nuevo orden de las comadrejas acudían buscando un lugar donde poder volver a empezar en la relativa seguridad que las distancias les brindaban contra las amenazas que traían los rumores acerca de la Sin de Bravoos. La mayoría de estos animales eran pequeños mamíferos como ellos, familias enteras de ratones, jerbos y ardillas. Un numeroso grupo de liebres les pasó por delante mismo de las narices como si llevasen un perro rabioso pisándoles la cola e incluso un enorme hurón que de grande que era transportaba en su silla a dos ratones, una hembra y otro más pequeño, con la misma facilidad con la que Lachdanan transportaba habitualmente al liviano Tebo.

Se encontraban entonces a sólo medio día de camino del Mercado negro de Mojo y como Lachdanan apuntó a sus dos camaradas, aquella era una buena ocasión para proveerse y rearmarse antes de llamar a las puertas del conde Dallas sin Ulrrur a las que tenían previsto llegar en un par de días más.

El Mercado negro de Mojo o simplemente “el mercado negro”, como se referían a éste la mayoría de los animales en el Bosque de Arkan, no recibía este apelativo porque en él pudiesen encontrarse todo tipo de enseres de dudosa procedencia o ingredientes que el Consejo de las Facciones consideraba peligrosos y cuyo comercio por ende estaba prohibido (aunque cabe decir que sí, que los artículos e ingredientes más difíciles de hallar, tanto por su rareza como por su ilegalidad, eran fáciles de encontrar en “el mercado negro” si uno disponía de la pericia suficiente y de la bolsa necesaria), sino a causa del devastador incendio que asoló Arkan hacía más de una década y que tuvo su origen en aquellas tierras baldías del nordeste del Bosque en las que una vez extinto el fuego, nunca más volvió a crecer la vegetación. Donde el mercado se asentaba la tierra era negra como el carbón y las piedras parecían las ascuas frías de aquel fuego extinto.

Para cuando los tres amigos llegaron al Mercado de Mojo, caía el sol por detrás de las montañas al oeste del Bosque de Arkan, iluminando con sus últimos rayos de aquel día la vegetación que cubría el Bosque y la que ya

no cubría el mercado negro y sus alrededores. Antes de llegar, Lachdanan había obsequiado a Esaú con lo que le correspondía, así le dijo, del botín que llevaban encima los maleantes que le atacaron la noche en que se conocieron: el poco dinero y cualquier objeto con un mínimo de valor de los que Tebo había despojado a los cadáveres de aquellas tres alimañas y que él había dividido en partes iguales. Probablemente, dijo Lachdanan también, aquellas tres no fueran las dueñas legítimas de todo lo que el pequeño ratón desorejado les había quitado, así que no había por qué tener por ello remordimientos de ningún tipo. Aunque Esaú nunca había robado una *lua* a nadie, aquel acto de camaradería entre ladrones hizo que se sintiera de nuevo parte de algo desde el día en que con su fingida muerte abandonara La Unión.

Y una vez en el mercado, los tres amigos se separaron. Tebo, con su parte del botín a buen recaudo, corrió a meterse en la primera taberna que encontró abierta, mientras Lachdanan iba en busca, dijo, de ciertos menesteres: ingredientes, remedios… y Esaú se quedaba a la entrada del mercado preguntándose qué hacer durante las horas siguientes con el dinero del que de repente disponía.

Al principio se paseó por el mercado por aquí y por allá, sin rumbo ni propósito, dándole vueltas en la cabeza a que quizá lo mejor sería coger una habitación en cualquier posada y tratar de dormir un poco durante las horas que sus nuevos camaradas iban a estar ocupados en sus propios asuntos.

¡Pero de repente algo atrajo su atención!

Y entonces se acercó, con paso firme y media sonrisa enmarcándole la cara, hasta una armería en cuyo escaparate lucía una espada corta con el emblema de La Unión en cobre y plata incrustado en la empuñadura. Y entró…

El armero, un viejo puercoespín al que le faltaba más de la mitad de las púas de su marchito cuerpo, se encontraba recogiendo un montón de chatarra del suelo al tiempo que farfullaba y se quejaba; casi podría decirse que hasta ladraba "*¡malditas crías de ratón!*"

—¡Esta juventud ya no le tiene respeto a nadie! —se dirigió enseguida a Esaú en cuanto lo vio cruzar el umbral de su tienda. Después, no sin esfuerzo extra de patas y espalda, recogió otro trozo de chatarra del suelo, farfulló una última vez y finalmente se incorporó haciendo un gesto con las manos dando a entender que terminaría de recoger todo aquello más tarde. Entonces, con una sonrisa largos años ensayada, le preguntó—¿Desea alguna cosa?...

—¿Cuánto por esa espada? —preguntó Esaú.

Entonces el viejo puercoespín se fijó en la dirección en que la mirada de Esaú señalaba.

—Cuatro *luas*.

—¿Sólo… cuatro? —Esaú pensó que un precio tan ridículo por una espada como aquella era casi una ofensa a La Unión.

—Estaba a punto de retirarla del escaparate —le confesó entonces el armero— Nadie la quiere.

—Es una buena espada —aseveró Esaú— Y perteneció a La Unión —apuntó después como si en ello le fuera su honor.

—Hace poco sí habría valido más, pero no ahora, hoy ya no —comenzó a decir el puercoespín— Se rumorea que las comadrejas planean disolver La Unión —le explicó— Y pronto el que luzca su emblema será considerado un rebelde. Esa espada perteneció al hijo de quien me la vendió; al parecer su dueño murió durante La Masacre de la Hondonada y su padre buscaba deshacerse de todo aquello que le perteneció —narraba el marchito puercoespín con la vista perdida donde la espada aguardaba en el escaparate— Y créame… —regresó entonces al presente de su austera armería— que pagué por ella bastante más que cuatro condenadas *luas*. Pero diga, ¿todavía la quiere?... —le preguntó al cabo, sin esperar una respuesta— Porque tengo esta otra —le dijo después señalando una enorme espada de dos manos que descansaba cuan larga era sobre el mostrador de madera a su espalda— ¡Se la compré a un mercenario que me dijo que se había cansado de luchar! —estalló entonces en ruidosas carcajadas que enseguida dieron paso a un nefasto ataque de tos— ¡Y que quería retirarse! —continuó, una vez consiguió dejar de toser— …al punto más alejado de este condenado Bosque… ¡Para recolectar bayas! —y volvió a reír y de nuevo terminó tosiendo— ¡Y uno que cree que ya lo ha visto todo!.. —terminó entonces (¡por fin!) su interminable monólogo como si diera por concluido que Esaú no compraría ni una ni otra espada.

—Sí. La quiero —se reafirmó Esaú— Y ese parche de ahí también —descubrió de repente un parche de piel colgado detrás del mostrador— Tenga —le entregó a continuación la saca que le había dado Lachdanan con su parte del botín— Quédese con el resto.

Enseguida el viejo puercoespín echó una rápida ojeada al interior de la bolsa para acabar diciendo, de nuevo:

—...Y uno que cree que ya lo ha visto todo —y cerró de nuevo la bolsa con el dinero mientras se dirigía a descolgar el parche que acababa de vender— Tenga —se lo entregó cuando Esaú regresaba del escaparate con

su nueva espada en la mano— Y tenga cuidado con esa —le rogó señalando después el arma— o logrará que le encarcelen o que le maten, o puede que las dos cosas…

A Esaú sus palabras parecieron hacerle gracia. Entonces sustituyó por el parche la venda que se hizo con un jirón del blasón de su uniforme, desenvainó después la espada que le entregó Lachdanan de las manos muertas de uno de los maleantes que lo atacaron aquella noche (¡espada que más que un arma parecía un trozo de alambre retorcido!) y que dejó ahí mismo; vistió a continuación (¡de nuevo!) su vaina con acero de La Unión y se dirigió por última vez al viejo armero diciéndole:

—A mí ya me mataron.

***

Capítulo 15

15

A los ojos del pequeño ratón que era Duncan todavía, Elías sin Jamgersson le parecía un animal de lo más extraño. Lo primero que llamaba su atención era su enorme tamaño, tan descomunal para ser un hurón que bien podría tratarse de una nueva clase de hurón gigante. Su manera de vestir, sus modales y sus formas en general le hacían parecer más un mercenario que lo que era en realidad: un viejo oficial de La Unión (que era lo poco que su madre y él sabían de aquel gigante, lo único que su padre les había contado antes de despedirse).

Llevaban ya un día de marcha durante el cual apenas pararon más que para abrevar a la orilla de algún riachuelo en el camino. Parecía que su montura no necesitara descansar, y por las pocas palabras que hasta entonces cruzaron con él… sabían que aún tenían por delante cuatro días más de tortuoso galope hasta llegar a la linde del Bosque, donde unos amigos de su padre los esperaban para acogerlos hasta que Reginald pudiese huir también y reunirse con su familia en casa de aquellos amigos.

Aquella primera noche acamparon cerca de una pequeña fuente de agua natural que brotaba del interior de una altísima pared de piedra que, además de servirles para saciar su sed y para rellenar sus odres antes de continuar al día siguiente, les serviría también de parapeto con el que cubrirse las espaldas y no tener que preocuparse por ningún peligro que pudiese llegarles desde atrás. Bela y Duncan se encontraban de espaldas apoyados contra la pared de piedra mientras el fuego que había encendido Elías crepitaba y mandaba pequeñas volutas encendidas al firmamento. Siguiendo el consejo del padre de Duncan, habían acordado que en adelante se llamarían ella Mira sin Decastos y él Conno-Nor sin Trancos. Mira sin Decastos había sido en el pasado una entrañable nodriza que había cuidado de Bela durante gran parte de su infancia y de la que guardaba muy buenos recuerdos, mientras que Conno-Nor sin Trancos era el personaje favorito del pequeño Duncan, protagonista de uno de los pasajes del libro *Los Versos de Arkan* en el que se narraban sus hazañas y que su madre le había leído más de cien veces antes de irse a dormir. El ponerse nombres nuevos había divertido al chico, que estaba encantado con su nueva identidad, al tiempo que su madre se preguntaba cuándo podrían volver a ser ellos mismos. Mientras disfrutaban de su exigua cena (un puñado de nueces que habían recogido en el camino mientras Elías permanecía erguido, en guardia ¡siempre! a escasos dos metros de ellos) aparecieron dos comadrejas. La sorpresa tanto de Bela como de Duncan fue mayúscula, mas no la de su enorme protector. Bela atrajo a su hijo

hacia sí cogiéndolo fuertemente con ambos brazos y estrechándolo contra su pecho, rogando al Rey Ciego por que el hurón no los hubiera vendido.

—Habéis tardado mucho —les dijo Elías a las dos comadrejas, tres palabras que a Bela y a Duncan supieron a amarga traición. Pero cuando las alimañas avanzaron hacia ellos, el hurón se interpuso en su camino cortándoles el paso— Ya podía oleros antes de llegar al Claro Romo. No sois muy sigilosas, que digamos.

Con estas otras palabras el hurón devolvió a los ratones la esperanza, y Bela dejó escapar un largo suspiro por un rato contenido al saber que no los había traicionado.

Pero aquello no significaba que estuvieran ya a salvo, pues se trataba de dos comadrejas de gran tamaño: la una iba casi desnuda mientras que la otra parecía exageradamente cubierta por varias capas de piel igual que si tratase de esconder algo que guardase celosamente. Se encontraban ambas ya con sus espadas desenvainadas, estudiando con sus mortíferas miradas a su único contrincante, Elías, quien no dudó un instante en desenvainar una espada primero y después otra, y al hacerlo la comadreja cubierta de pieles advirtió que el hurón guardaba, aún, una tercera descansando en su vaina colgada junto a una de sus caderas.

—¿Cuántas espadas necesitas tú? —se burló aquella de repente, dando un paso desafiante al frente.

—Nunca son suficientes —le respondió Elías.

—Sin embargo, sólo tienes dos manos —dijo la otra, y ambas estallaron en ruidosas carcajadas.

—¿Sabéis?... —les dijo entonces el enorme hurón— Tendríais que haberos alistado en ese ejército nuevo que estáis formando.

—Nosotras vamos por libre —habló de nuevo la comadreja desnuda.

—Pues la esperanza de vida de las comadrejas soldado es más larga que la de aquellas que intentan asaltarme —ladró Elías un segundo antes de lanzarse contra ellas a una velocidad imposible, o por lo menos eso le pareció a Duncan, para un animal de aquel tamaño.

Enseguida la espada que blandía en su mano izquierda chocó contra la de la comadreja de las capas de piel, mientras que con la espada que sujetaba en la derecha rechazaba el ataque de la otra que, rápidamente, había decidido que atacar a la vez que su compañera a un animal de aquellas proporciones les supondría una importante ventaja. Mas no fue así. Elías bailó con ambas a la luz del fuego, dejando a éste dibujar en el suelo sombras fantasmagóricas de los tres en lid. Rechazaba a una y

atacaba a la otra, siendo todos sus movimientos imposiblemente ágiles, mientras las comadrejas empezaban a mostrar ya sus primeros síntomas de agotamiento y de frustración al no dar con un hueco por el que colar sus armas y desbaratar la defensa de su adversario.

Por un instante cruzaron sus miradas las alimañas, adivinando en ello su contrincante su planteamiento de abandonar la lucha y huir, pero la comadreja es orgullosa y no gusta de renunciar a su presa, por lo que de repente… ¡las dos se abalanzaron a la vez, de nuevo contra el enorme hurón en un desesperado intento de vencerlo con el peso de sus cuerpos combinado! Fue entonces cuando con una rápida finta Elías ensartó a la comadreja desnuda insertando la punta de su espada a través de sus entrañas hasta hacerla asomar por su espalda, a la vez que realizando un giro completo sobre sus poderosas patas lanzaba el filo de su otra espada que, como si de una guadaña se tratara, cercenó de cuajo la cabeza de la otra que cayó al suelo y envió rodando hasta la hoguera. Con un solo movimiento llevó a ambas a abrazar a la muerte y sus cuerpos, cuan largos eran, se desplomaron a la vez cuando la cabeza de la que murió segunda se detenía al lado del fuego, con unos ojos desprovistos de vida pero que refulgentes por las vivas llamas se quedaron mirando fijamente al pequeño Duncan.

Terminó tan de repente como había empezado. Bela estaba atónita, Duncan… maravillado.

—Será mejor que me lleve esto de aquí —les dijo entonces Elías acercándose a ellos sin la menor muestra de cansancio físico, recogiendo la cabeza cercenada de la comadreja para quitarla de la vista de aquella madre y su hijo.

—Gracias —pronunció Bela quien permanecía aun fuertemente agarrada a su hijo, con una voz que anunciaba las lágrimas que empezaban a brotar de sus párpados y a empaparle las mejillas. Jamás volvería a dudar de él.

Pero Elías no le respondió, les dio la espalda y se alejó de allí.

Mucho más tarde, mientras Bela dormía al calor de la hoguera y Elías montaba guardia, impertérrito como siempre, alejado hasta donde la luz del fuego no lo alcanzaba y las sombras de la noche se confabulaban con él ocultándolo de la vista de posibles nuevos invasores,… Duncan se le acercó.

—Tienes que ser más sigiloso —dijo Elías de pronto sin apartar la vista de la espesura del Bosque, cuando tuvo al pequeño ratón a diez pasos de

distancia.

Y sin preocuparse ya de no llamar la atención, Duncan recorrió el corto espacio que los separaba hasta llegar a su lado.

—¿Qué quieres? —le preguntó el enorme hurón dedicándole un poco de atención.

Sin más, el pequeño Duncan sin Northerngem se sentó junto a él y sin apartar la mirada de su salvador, le dijo:

—Enséñame.

Capítulo 16

16

Se quedó con la rodilla clavada en tierra y la mirada en el suelo frente al trono de piedra delante del telar con el escudo de la Sin de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos, en la cámara central dentro del Roble de los Cien Años, pues Jeremiah sabía muy bien cuál era su lugar, su cometido y su objetivo.

—¿Una ardilla?… —pronunció Jona sin Bravoos alojado, solemne, en su ostentoso trono delante de aquella ardilla como si nunca antes hubiese visto otra de su especie— Una ardilla en el Pico de Bravoos —dijo de nuevo como si alguien esperase tal aclaración.

—Un mensajero, señor —se apresuró a aclarar Jeremiah sin Northombras el "sin cara" sin alzar la vista del suelo— Os traigo un mensaje de mi señor el gran Jomo sin Delance.

—El capibara —dijo esta vez la comadreja rubia sin deje de sorpresa en su afirmación— No debe tenerte en gran estima —concluyó después— si envía una ardilla a reunirse con comadrejas.

—La Sin Delance no se amedrenta ante nadie —apuntó la ardilla y levantando a continuación la mirada, aunque manteniéndola oculta bajo la capucha, añadió— Ni yo tampoco, señor.

—Entonces dime por qué puedo oler el apestoso aliento de ese capibara en los acontecimientos que han tenido lugar últimamente —le hizo la comadreja entonces una pregunta que no lo era, y añadió después cambiando de tema— Y dime cuál es su oferta.

Por fin Jeremiah se puso en pie para decirle a la gran comadreja lo que el capibara le había mandado decir:

—Tres mil ballestas fabricadas en roble y acero y quinientas flechas por cada una de ellas; cinco mil espadas cortas y dos mil quinientas de dos manos; ocho mil escudos y ocho mil lanzas. Por el momento —añadió finalmente.

—He oído que tu amo está proveyendo de armas también a otros mamíferos del Bosque —apuntó Jona al cabo, antes de decidir si debía o no aceptar la oferta del capibara.

—Sin duda pequeños focos de rebeldía que no pueden competir con vuestro gran ejército —respondió con astucia la ardilla.

Y en aquel instante también Jona sin Bravoos se puso en pie.

—No trates de adularme —lo advirtió— El capibara ayudó con sus contactos a fraguar esta… —estuvo a punto de decir "traición", pero no le pareció apropiado— Esta situación —decidió finalmente— y es por ello que surtiré a todos en mis filas con sus armas, pero nunca dijo que se encargaría también de armar a mi enemigo.

—Sin embargo vuestro acuerdo no indicaba lo contrario —respondió Jeremiah.

Su respuesta cogió a Jona por sorpresa, parecía que aquella pequeña ardilla comenzaba a caerle en gracia, y entonces rió.

—Claro que no —le dio la razón— Puedes irte —le ordenó a continuación— Pero dile a tu amo que se ande con cuidado, nadie es imprescindible en el Bosque de Arkan.

Capítulo 17

17

El camino hasta el Sotorey (o el Soto de los Reyes como también lo llamaban) era largo, inhóspito y cargado de peligros, por lo que a menudo se decía que quien acudía al Sotorey a velar a sus muertos… corría el peligro de unirse a ellos. Claro que aquello no amedrentaría a Áurea sin Stack ni tampoco a su fiel Gala, quien seguiría a su señora allá donde fuera muy a pesar de sus temores.

En su peregrinaje se toparon con muchos tipos de animales, en su mayoría mamíferos roedores que, al igual que ellas, acudían a llorar a la sombra del Sotorey, pues eran muchos los que tras La Masacre de la Hondonada buscaban consuelo al cobijo de las ramas de aquel enorme árbol; un árbol del que nadie sabía a qué clase pertenecía y que crecía escondido bajo las largas sombras de los altos cedros rojos del área pantanosa del sotobosque del Bosque de Arkan. El significado de su nombre se había perdido en el tiempo, como ocurre a lo largo de los años con tantas cosas que una vez significaron algo. Algunos decían que si así lo llamaban era por el viejo sotorey que aún anidaba en su copa y que, a pesar de tener más de cien años, nadie jamás había visto; mientras otros pensaban que su nombre lo debía al mismísimo Rey Ciego que, aunque nadie sabía dónde enterraron, creían descansaba bajo sus raíces. Pero fuera por una u otra razón, hacía muchos años que aquel árbol se había convertido en lugar sagrado y de peregrinaje para la mayoría de los animales del Bosque.

Y cuanto más y más se adentraban en los pantanos del Bosque, más y más cedros de hojas rojas enraizaban sus húmedas tierras a ambos lados del camino, como gigantescos vigías de miles de ojos rojos clavando sus sanguinolentas miradas sobre los peregrinos de paso, alfombrando su camino con un tapiz de hojas de sangre e indicándoles así la ruta a seguir para encontrar el Sotorey.

—Este lugar me da escalofríos —había dicho Gala y no por primera vez desde que entraron en los pantanos de Arkan.

—Quítate ya esos cuentos de la cabeza —la aconsejó su señora, tampoco por vez primera— No son más que habladurías.

—No son las leyendas sobre este lugar lo que me inquieta, sino las bestias que pueden salirnos al paso —admitió su dama de compañía— Y más

ahora tal y como están las cosas.

Pero Áurea no insistió más, pues en los dos días que llevaban de camino no había conseguido sosegar, ni siquiera un segundo, el desbocado corazón de su querida Gala a quien, desde el momento mismo en que pusieron un pie fuera del Roble Ocre, el más mínimo chasquido de la rama de un árbol al quebrase o el leve gemido del viento al correr entre las hojas conseguía estremecerla.

Tan adentro se encontraban en aquella sombría zona del Bosque, que hacía ya un buen rato que el sol había renunciado en su empeño de colarse por entre las tupidas copas rojas de los enormes cedros, sumiéndolas cada vez más en la oscuridad y dotando de falsa vida cualquier esquina que doblasen en la que en realidad no hubiera nadie; el agua les llegaba a las rodillas, olía a humedad y a miedo,… cuando de repente unas voces cercanas puso a ambas en alerta.

—¡¿Qué ha sido eso?!... —preguntó Gala en voz muy, muy baja.

—Shhh… —la mandó callar Áurea.

Y avanzaron hasta donde otro de aquellos altísimos centinelas rojos ocultaba a su vista lo que fuera que ocurría tras él. Entonces se pegaron a la corteza de su tronco conteniendo la respiración y se asomaron y… ¡Y vieron a una pequeña rata de campo acosada por una alta ardilla negra acompañada de un corpulento castor! La indefensa ratita se encontraba a los pies de aquellos dos indeseables sobre una rama sobresaliente y sin pensárselo dos veces, Áurea abandonó su escondite…

—Creo haber oído a esa rata decir *no* —les dijo Áurea sin Stack mientras se les acercaba chapoteando en el agua, con paso firme y alzando la voz lo más que pudo con tal de hacerse oír por si algún otro peregrino de buen corazón se encontraba al igual que ellas en las inmediaciones— ¿Acaso sois duros de oído? —les preguntó— ¿O cortos de entendederas?...

Tanto la ardilla de negro pelaje como el enorme castor se giraron a la vez para ver quién se atrevía a hablarles con semejante descaro; para su sorpresa, se trataba de…

—Otra. Pobre. Ratita —pronunció la ardilla de largos bigotes y ojos furibundos.

—…Dos —intervino entonces Gala de repente, con un hilillo de voz, abandonando también la seguridad que el grueso tronco de aquel cedro le proporcionaba.

Entonces la ardilla sonrió con socarronería, al tiempo que deslizaba su acero tan largo como ella misma fuera de su vaina.

—Dos —dijo también.

Su primera víctima aguardaba en el suelo, magullada y con las vestiduras rasgadas, bajo la atenta mirada del enorme castor que al contrario que su desagradable camarada, no parecía en absoluto amenazante, sino más bien bobalicón; tal como había dicho, realmente "corto de entendederas", pues por la tosca expresión de su rostro, le pareció a Áurea, posiblemente ni siquiera entendiese lo que estaba ocurriendo.

Y dando un salto que la hundió hasta las rodillas en el agua, la ardilla abandonó la raíz del árbol sobre la que se encontraba y caminó en dirección a Áurea,… ésta echó mano de un cuchillo que en un último momento antes de marchar se había colocado al cinto, un regalo que le hizo su hermano años ha y que nunca antes sacó del roble que era su hogar.

La ardilla se le acercaba con la arrogante seguridad de quien sabe que no tiene nada que temer, y cuando se encontraba a sólo cuatro pasos de su nueva víctima se detuvo un instante y rió, echando la vista atrás con tal de compartir con su socio sus risas… ¡Cuando de repente Áurea corrió hacia ella y le propinó un rápida patada en la entrepierna que hizo que se doblase por completo sobre sí, cuan larga era, cayendo después entre las sucias aguas del pantano!, pero no sin antes recibir un tajo directo en la mejilla del cuchillo de la ratona la primera vez que éste saboreó la sangre.

"*¡Por el Rey Ciego!*" clamó Gala entre asombrada y aterrorizada.

…Al tiempo que Áurea se plantaba sobre el pecho de la quejumbrosa ardilla, cuyo cuerpo por completo en tierra rebasaba por poco el nivel del agua, empapándola completamente y colándosele por la boca, haciéndola balbucear mientras se lamentaba. Entonces Áurea le colocó el filo a dos centímetros de los ojos, y le susurró al oído…:

—Os marcháis de aquí.

Enseguida la ardilla dejó de quejarse y asintió sin perder de vista la punta del cuchillo que danzaba delante de sus narices y escupió agua, mientras la sangre que le bajaba del tajo en la mejilla hasta el cuello se mezclaba con las aguas pantanosas.

—Nos marchamos… de aquí… —pronunció la ardilla.

Y a continuación le hizo un gesto con la garra a su cómplice quien, como si no entendiese nada de lo que allí ocurría, se alejó de la rata que aún

yacía en el suelo a la espera de la peor de las suertes.

Áurea, sin esconder todavía el cuchillo, se puso en pie y dio cuatro pasos caminando de espaldas, alejándose de la ardilla quien, muy lentamente y con cierta dificultad, también se puso en pie. Agarrándose la entrepierna con ambas manos caminó hasta donde el castor la esperaba, quien la siguió hasta que al rato ambos desparecieron de la vista de las tres ratonas.

Antes de que Áurea llegase hasta la ratita, que entonces se arrastraba recogiendo los restos de sus ropas raídas repartidas a su alrededor sobre la raíz de aquel árbol, Gala ya estaba con ella y la ayudó a ponerse en pie. Parecía empezar a recobrarse del susto cuando su salvadora al fin se plantó frente a ella.

—Gracias… —pronunció todavía nerviosa; era aquella una menudísima rata de campo de bellísimas facciones, de claro pelaje castaño y diminutos ojos almendrados.

—No ha sido nada —le restó importancia Áurea— ¿Cómo te llamas? —quiso saber después.

—Me llamo Mira —respondió la pequeña ratita cada vez menos asustada y más segura de sí misma, limpiándose la cara de las lágrimas robadas con las aguas del pantano.

—Es un placer, Mira —le dio la bienvenida Áurea— Ella es Gala —le dijo después señalando a su dama de compañía— Y yo soy Áurea.

El asombro hizo que Mira abriese los ojos con más nervio aún del que el terror que sentía hacía sólo unos segundos la obligó a cerrarlos.

—¿Áurea… sin Stack? —preguntó, y sin esperar una respuesta afirmó a continuación— La hermana del senescal asesinado —Áurea asintió al tiempo que sentía, al oír cómo Mira se refería a ella, una punzada de tristeza que le atravesó el corazón; y la pequeña rata de campo volvió a preguntar— ¿También os dirigís al Sotorey?...

—Así es —respondió Gala en esta ocasión.

—Si no es molestia —dijo Mira entonces sin titubeos de ninguna clase, alisándose apresuradamente el vestido como si de repente quisiera parecer más presentable— Me gustaría hacer el camino con vos —pasó de repente de tutearla a tratarla con nobleza— pues yo también me dirijo allí.

—Claro… —pronunció Áurea al cabo de forma entrecortada, sumida todavía en los pensamientos que la asaltaron al oír cómo a ella se referían

los demás animales del Bosque.

Y al cabo las tres se pusieron de nuevo en camino.

Capítulo 18

18

¡Y de repente la raíz del árbol sobre la que se encontraba erguido hacía apenas un segundo, apareció delante mismo de sus narices acercándosele a una velocidad de vértigo, golpeándole en la cara para derribarlo y hacerle rodar hasta acabar cayendo panza arriba al charco de agua que tenía debajo!

—¡Auuu!...

El golpe en la espalda al aterrizar contra el suelo hizo que al instante sus pulmones se vaciasen de aire, obligándole a abrir la boca cuanto más pudo, tragando así una buena cantidad de agua… hasta que al fin logró darse la vuelta mientras el mundo seguía del revés.

—¡Otra vez! —oyó "otra vez" las dos palabras favoritas de Elías sin Jamgersson.

Duncan se incorporó como buenamente pudo, maldiciendo, tosiendo y escupiendo agua. Y cuando levantó la vista de nuevo ahí estaba él otra vez, como siempre, impertérrito, espada en mano,… esperándolo (otra vez) listo para darle otra buena lección de esgrima.

No podía quejarse, pensó, pues él se lo pidió.

Así que empapado como estaba, chorreando agua de todos y cada uno de los vellos que cubrían su pequeño cuerpo magullado, malherido y hastiado… se alzó una vez más sobre la rama más baja, a sólo diez centímetros del suelo de aquel sauce llorón enraizado sobre un charco de agua de lluvia estancada y, una vez más también, adoptó la misma pose de defensa que Elías le había enseñado el día anterior.

—Basta por hoy —escucharon ambos de repente— La cena está lista.

Su madre, Bela, los llamaba para cenar, entonces Duncan se dejó caer sobre sus cuartos traseros, suspiró de alivio y murmuró "*Por el Rey Ciego…*" Le dolía el cuerpo entero.

Para cuando se acercó a la hoguera que despedía aquel apetitoso olor a bayas cocidas a fuego lento con agua de río y miel de aquel panal que encontraron abandonado en el camino, su instructor ya se deleitaba con el dulce sabor de la cena charlando y riendo con su madre. Entonces se sentó entre ambos y dejó que el calor del fuego le secase el pelo; suspiró

un segundo que tardó dos en desvanecerse y pidió su ración de aquella noche.

En aquel momento notó cómo su madre lo observaba con ojos apesadumbrados, aunque no carentes de orgullo.

—¿Por qué no usáis espadas de madera? —les preguntó a los dos— He visto que son las que emplean en el Patio de La Unión con los nuevos reclutas.

También su instructor le echó un ojo entonces. Duncan tenía varios moratones repartidos por todo el cuerpo y algunos cortes en la cara y en los brazos.

—Tendría que fabricarlas —respondió a ambos el enorme hurón— Y eso me llevaría un tiempo durante el que Duncan dejaría de aprender un par de lecciones que cualquier día podrían salvarle la vida —y añadió cuando pareció haber terminado— Y no tenemos mucho tiempo, además de que un pedazo de madera no lo salvará de nada.

—Madre, estas heridas son sólo una muestra de lo que me espera en esta vida —quiso opinar también el pequeño Northerngem que parecía entusiasmado con todas y cada una de sus heridas. Su madre se lo quedó mirando de nuevo, con aires de severa desaprobación— Creo... —insistió— que hasta me hacen bien. Que me convienen. ¡Ahora sé lo que es ser herido!

—A ti no tiene por qué herirte nadie —le respondió Bela— Cuando lleguemos a la linde del Bosque estaremos a salvo, y en cuanto llegue tu padre todo habrá terminado —A Duncan sus palabras le sonaron a burlona profecía, de esas que jamás llegan a cumplirse— Y a ti… —preguntó de nuevo la roedora, dirigiéndose ahora al hurón— ¿Él a ti no te ha herido… aún?...

Elías sonrió con socarronería mientras masticaba la cena sin cuidado de no parecer grosero, entonces escupió al suelo y dijo:

—No —y añadió— Aún.

Su escueta respuesta le robó una sonrisa al pequeño roedor. "*Aún…*" murmuró Duncan creyendo que no lo oirían, y entonces Elías estalló en ruidosas carcajadas.

—¿Quién te enseñó a ti? —le preguntó después a su mentor.

Entonces el enorme hurón dejó de reír, y levantó la vista al cielo como si allí fuese a descubrir la respuesta a la pregunta que le formulaban.

Acordándose de tiempos mejores, respondió:

—Tu padre.

—Y ¿por qué dejaste La Unión? —quiso saber Bela a continuación, una pregunta que Elías "el grande", recordó cómo lo llamaban entonces, no esperaba.

—Después de *La Guerra de los Reyes* todo se había vuelto demasiado convulso —les confesó el hurón sin reparos de ningún tipo, y haciendo honor a las lecciones que estaba impartiendo a su nuevo discípulo, añadió— Pero uno nunca olvida lo qué es en realidad —y le guiñó su único ojo al chico.

—¿Convulso?... —repitió Duncan a modo de pregunta— ¿Te refieres a la muerte del Rey Ciego?...

—Y a todo lo que vino después —aclaró el hurón— Después de la muerte del Rey Ciego y de la Reina Regenta sin descendencia que los sucediese en el trono… sus senescales de cada una de las facciones no se pusieron de acuerdo en quién debía ser su nuevo monarca, y aquellos senescales, meros consejeros de los reyes, pasaron a convertirse en los nuevos gobernantes de sus facciones. Aquello nos dividió —les contó algo que en realidad ya sabían— Y así ha sido hasta hoy, y aunque ya no son senescales de ningún rey… —terminó en tono de burla— Hoy aún se les sigue llamando así.

Capítulo 19

19

Salir del Patio de La Unión no resultó difícil, pues una vez le devolvieron a su familia dejaron de prestarle atención. Desde entonces vagaba por las almenas del lugar como un fantasma al que nadie veía penar, mientras cavilaba qué puesto había esperado ocupar en la nueva Unión, en si realmente tendría un lugar en ella, en si después de todo ésta seguiría existiendo o en por qué la madriguera de comadrejas en que se había convertido el Patio insistía en mantenerlo con vida… Y finalmente se marchó.

Llevaba dos días de camino hacia el Pico de Bravoos cuando advirtió que lo seguían. Sus continuas cavilaciones sobre el devenir de los últimos acontecimientos hicieron que no se percatase de la presencia de los (por lo menos) tres animales que le seguían el rastro, pues pasó la mayor parte de su viaje absorto en las muchas señales de recientes trifulcas que se iba encontrando allá por donde pasaba: en lo que le contó un viejo puercoespín con el que compartió su última hogaza de pan, sobre una matanza que acababa de tener lugar en una pequeña aldea no lejos de donde se hallaba, o en la espantosa visión que le supuso hallar calcinado hasta los cimientos el viejo tocón de roble del Claro de Los Mariscales, que tantas veces había servido de escenario para tantas obras de teatro en el Bosque desde antes incluso que él naciera. Apesadumbrado por los sucesos que podía leer en las ruinas que iba dejando atrás, cansado de que las imágenes de tantas injusticias que no había presenciado tomasen forma en su cabeza y lo atormentasen de noche mientras dormía, sintiéndose roto... Reginald se dijo que todo había cambiado desde La Masacre de la Hondonada, y no para bien. Y entonces trató de centrarse en un plan que en realidad no tenía, porque no tuvo tiempo de planear nada; "*cómo lo haría*" se decía, ¿cómo lo haría una vez llegase al Pico de Bravoos?... ¡para entrar sin ser visto y llegar hasta las dependencias de Jona sin Bravoos y clavarle un puñal en el pecho! "*No será fácil…*" se decía después, pues sabía bien cuán fuertemente custodiado mantenían las Comadrejas Monje de los Picos Rojos el Roble de los Cien Años (tanto en las inmediaciones como, aún más, por supuesto, dentro de palacio).

Si seguía a aquel ritmo llegaría a su destino antes de caer la noche del día siguiente. Entonces se detuvo donde un grueso y alto tronco de sauce vigilaba impertérrito el Bosque a su alrededor, se deshizo de todos los bártulos que llevaba encima dejándolos desperdigados por el suelo al pie de aquel enorme árbol, y después encaró con la mirada el mismo camino por el que había venido, sin otro propósito que el de llegar al Pico de

Bravoos sin ojos a su espalda.

—¡Salid ya! —le gritó a la espesura a ambos lados del camino— ¿O acaso queréis seguirme hasta el mismísimo Pico de Bravoos?...

Al principio nadie respondió, pero al cabo tres comadrejas el doble de altas que él salieron del flanco izquierdo del camino y se reunieron en el centro, a escasos cien pasos del viejo instructor de cadetes; las alimañas vestían capas y jubones en los que mostraban orgullosas su blasón con la ballesta roja cargada con tres flechas sobre fondo negro, y las tres desenvainaron sus largos aceros a la vez.

Aun sabiendo bien a quién se enfrentaban, las comadrejas decidieron turnarse para luchar con él, lo que brindó a Reginald una oportunidad que no hubiera tenido de tener que lidiar con las tres al mismo tiempo.

La primera de ellas, una comadreja joven, tal vez la última en el escalafón de tres que Reginald tenía delante, se le acercó en absoluto silencio, espada en mano, igual que si caminase sobre pétalos caídos, como si lo hiciese dos centímetros por encima del suelo... No emitía sonido alguno, y entonces Reginald entendió por qué había tardado tanto en captar su presencia.

Y cuando lo tuvo a sólo cuatro pasos… ¡se lanzó contra él!

La espada del instructor del Patio de La Unión voló fuera de su vaina a tiempo de interponerse entre el acero de la alimaña y su pecho, y el sonido de sus armas al chocar fue el único ruido que turbó la tranquilidad que hasta entonces reinaba al pie de aquel enorme sauce. La comadreja arremetió contra Reginald con continuas embestidas ¡una y otra vez!, no dejando al ratón ni un solo segundo de resuello, y con la rapidez con la que le atacaba, el instructor de La Unión sólo podía defenderse, cansarse y frustrarse por no disponer de medio segundo para hallar un hueco por el que clavarle en las carnes la espada a su atacante. Mantuvieron este ritmo durante más de diez minutos que a ambos les pareció una eternidad, hasta que la alimaña cometió su último error cuando su pie derecho resbaló medio centímetro hacia atrás, en un punto en el que las raíces del enorme sauce que pisaban y que sobresalían del suelo hacían del terreno bajo sus patas un pequeño promontorio, obligándola a bajar la guardia tan sólo un momento con tal de no caer al suelo, momento en el que Reginald, encontrándose en el punto más elevado sobre aquella pequeña loma de madera, coló su acero por el único punto de su cuerpo que la comadreja dejó desprotegido, allí donde el brazo con el que empuñaba su espada se separó lo suficiente de sus costillas como para que su enemigo lo ensartase limpiamente.

Aún sin emitir sonido alguno, la comadreja cayó al suelo y rodó por la falda de leña de sauce que fue su perdición, hasta llegar a los pies de sus

camaradas.

Enseguida la segunda de ellas alzó su espada y se preparó.

—Adelante… —la tentó Reginald casi sin aliento.

Esta vez su enemigo atacó sin remilgos y cargó contra él con la punta de su espada por delante, como si pretendiese ensartarlo a la primera, pero demostró ser más incauto que su joven predecesor. Girando rápidamente sobre sí igual que la veleta de un campanario embravecida por el viento, Reginald colocó a su contrincante de espaldas a él y, en cuanto éste se dio la vuelta, el viejo instructor lo recibió con su espada penetrando en sus entrañas y asomándole entre los hombros; el puño de Reginald se llenó con la sangre de su contrincante que le resbaló por el antebrazo hasta llegarle al codo, encontrando el ángulo necesario para caer y gotear sobre un suelo de musgo verde que comenzaba a teñirse de rojo.

Rápidamente Reginald se dio la vuelta para encarar a la tercera pero… su último adversario ya no estaba allí.

—Comadreja… cobarde… —profirió Reginald sin Northerngem.

Pues sólo podía haber huido con dos propósitos, se dijo entonces el viejo instructor: o atacarle por sorpresa más tarde o, si acaso aquellas comadrejas sospecharon sus intenciones, adelantársele hasta el Pico de Bravoos para avisar de su llegada.

E ignorante de la reyerta que acababa de producirse en el mismo lugar sobre el que volaba, un cuervo dejaba atrás a un Reginald sin Northerngem exhausto tras la lid mientras se dirigía raudo al encuentro de su señor para darle nuevas de gran importancia.

Capítulo 20

20

—Señor.

—¡Corv! —aulló Jona sin Bravoos, y se dio la vuelta para encarar al emisario negro, lo fulminó con la mirada y arrugó el hocico en un gesto de desagrado, aullando de nuevo, advirtiéndolo por última vez...— Vuelve a entrar en mis aposentos por mi ventana y yo mismo te cortaré las alas.

—Disculpas... —graznó el ave de oscuro pelaje con la vista clavada en el suelo, al tiempo que extendía con su raquítico brazo, en su mano emplumada cuan mano enguantada, un pergamino perfectamente enrollado.

—Qué nuevas me traes —le preguntó la comadreja en tanto que asía el pergamino y lo desenrollaba sin premura, aunque ávido de nuevas buenas.

—Nuevas buenas, mi señor —se permitió entonces sonreír el cuervo.

Y Jona sin Bravoos desenrolló y leyó las nuevas por las que su acólito sonreía.

—Alas sin Varka ha decidido tomar partido —murmuró al cabo de un rato, con la mirada todavía perdida entre las letras del pergamino.

—Las musarañas de los varkos del Mar de Espinos han aceptado vuestra gentil oferta —añadió el cuervo por si pudiese albergar aún cualquier duda.

—Y qué más han aceptado —preguntó de nuevo la comadreja, pues no era ignorante de la ambición de las musarañas, ni tampoco de su falta de lealtad si no había recompensa de por medio.

—Las musarañas ya han abandonado su guarida en la linde del Bosque —le dio a conocer Corv a su señor— Y esperan, con vuestro beneplácito, por supuesto… —apuntó— establecerse aquí, en el corazón del Bosque de Arkan.

—Tierras —suspiró la comadreja— Las tendrán.

—El precio, no obstante —lo interrumpió con cautela su emisario alado—

Si me permitís el comentario, me parece excesivo,… señor.

—Excesivo —repitió el señor del Pico de Bravoos, meditabundo.

—Es mucho el oro que ofrecéis a esos… bárbaros —se atrevió a seguir interponiendo su particular punto de vista el cuervo mensajero— Si además quieren tierras. Aquí… ¡Entre nosotros!... —pues no pudo evitar ya por más tiempo su indignación.

—…Las tendrán —lo interrumpió su señor— Si quieren tierras, tendrán tierras. Con las musarañas aquí —le contó Jona a su alado secuaz como quien revela secretos a un demonio— …mi dominio en el Bosque será total. ¿Oro?… —le preguntó, se preguntó, a continuación— Tengo de sobras.

—Por supuesto, señor —pronunció Corv en el momento en que previó que su presencia estaba ya de más. Y con la prudencia que lo caracterizaba, el cuervo abandonó los aposentos de la comadreja por la puerta que conducía a las escaleras que llevaban al pie del Roble de los Cien Años.

Capítulo 21

21

Cuando Lachdanan llegó a las puertas del castillo del conde Ulrrur, con el sol brillando aún sobre las copas de los árboles del Bosque, Esaú seguía montado sobre su grupa, pues aún no se había recuperado por completo de sus múltiples heridas. Si bien todavía lo martirizaban las que sufrió durante la caída el día de La Masacre de la Hondonada, suceso del que ni hizo ni haría partícipe a sus nuevos amigos, la paliza que recibió después la noche en que los conoció agravaron todavía más su mal estado. Por lo general, los animales de monta llevaban a sus camaradas sobre sus sillas únicamente si era necesario salir corriendo (lo que era bastante habitual en un bosque como el de Arkan) y llevar a otro animal sobre uno mismo si se iba al paso era considerado por la mayoría como un abuso, además de como un insulto por parte del jinete hacia el animal de monta en cuestión, con lo que fueron varias las miradas que los tres amigos atrajeron cuando llegaron a las puertas del castillo; claro que aquello a Lachdanan lo traía al pairo, y cuando Esaú se apeó de su amigo éste se colocó de nuevo sobre sus cuartos traseros como si nada.

En la misma entrada, bajo los amenazantes colmillos de madera del rastrillo que pendía sobre sus cabezas, había dispuesto un tablón sobre dos pequeños tocones tras el que se encontraban tres ratones ataviados con túnicas negras en cuyos pechos lucían bordado el blasón de la Sin de Ulrrur, la silueta de los picos de dos inmensas montañas recortadas sobre un sol de mediodía; los tres se encontraban sentados tras el madero que hacía las veces de mesa e interrogaban a todo el que pretendía acceder a la fortaleza, solicitando su nombre y el depósito de sus armas. No tardó en llegarles el turno a Lachdanan, Tebo y Esaú.

—Tu nombre, tu Sin y tus armas —dijeron los tres al unísono a los tres amigos cuando estos se les pusieron delante.

—Lachdanan —alegó el hurón mientras depositaba sobre el tablón de madera, ante la atónita mirada del ratón que lo atendía, todo su arsenal —No pertenezco a Sin alguna —dijo, desprendiéndose primero de su espada *Perdición* y después de su espada *Cobravidas*, para luego seguir con la ballesta que siempre guardaba cargada y que tuvo a bien descargar antes de entregar, entregando también un pequeño carcaj en el que habría más de una treintena de flechas; además de una bolsa repleta de dardos de a saber qué efectos y que a menudo empleaba con aquella misma ballesta, de un diminuto garfio de muy dudosa utilidad, de la navaja que habitualmente empleaba para comer e incluso el cuchillo que siempre llevaba escondido a la vista de todos (pues consideró que en esta

ocasión no les valdría la pena arriesgarse a no entregarlo, como solía hacer siempre que los desarmaban).

—Tebo sin vergüenza —dijo sonriendo el pequeño ratón de oreja y media al tiempo que entregaba su única espada, la misma que se había llevado del campo de batalla y que se encontraron Lachdanan y él cuando llegaron a la Hondonada hacía unos días.

—Esaú sin Dorme —hizo lo mismo el antiguo senescal, depositando sobre la mesa delante de su interlocutor la espada con el emblema de La Unión que había comprado en el Mercado Negro de Mojo.

—Solicitadlas con vuestros nombres cuando abandonéis el castillo —les indicó entonces, a los tres, el ratón que estaba sentado en el medio mientras terminaba de anotar sus nombres— ¡Los siguientes! —llamó después.

El castillo del conde Dallas sin Ulrrur, con el blasón con las cimas de Ulrrur al atardecer cayendo desde cada ventanal a la vista, era una fortaleza impresionante, excavada en la misma roca que daba a un largo precipicio y que hacía de la mayoría de sus murallas altísimas defensas imposibles de tomar; contaban que gran cantidad de mamíferos habían intentado escalar, desde el mismo mar donde el acantilado daba paso a afilados arrecifes, aquella interminable pared de piedra, pero que nunca ninguno había llegado a coronar sus almenas. Aquel día la Guardia de las Cimas patrullaba sus calles, con más rigor que nunca y sin más armas que sus escudos bruñidos en negro con el emblema de las Cimas pintado en el centro en intenso carmesí; todos ellos enormes ratones, ataviados con completas armaduras igualmente negras sobre la misma túnica oscura que vestían los tres que los entrevistaron al llegar, manteniendo bajo estricto control un patio que bullía en frenética actividad. Había puestos de venta ambulante levantados a lo largo y ancho de aquel patio en el que ya no quedaba un palmo de tierra libre, puestos de artículos mil, de alimentos de todo tipo, de mejunjes de dudosa procedencia que prometían extrañísimas propiedades y de armas y armaduras de todas las clases imaginables (que mantenían bajo estrecha vigilancia y que si comprabas te entregaban al abandonar la fortaleza), mientras rameras de diferentes especies ofrecían sus servicios a todos los recién llegados: cientos y cientos de mamíferos que circundaban las tiendas del improvisado mercado en una cola interminable, igual que si de una larguísima serpiente se tratara, hasta llegar a morir a una desvencijada oficina de reclutamiento próxima a las caballerizas y que no consistía sino en otro tablón de madera colocado sobre dos tocones con tres ratones tras él, exactamente igual que aquel en el que entregaron sus armas.

—¡Esto podría llevarnos el día entero!... —se quejó Tebo a la desesperada,

llevándose las manos detrás de las orejas.

—Aquí hay muchas cosas que ver —les dijo Lachdanan a sus dos compañeros— Id. Yo haré esta cola. Relevarme dentro de un par de horas.

—Dentro de un par de horas no habrás alcanzado ni la mitad —siguió quejándose Tebo— Pero para entonces seguro que Esaú estará encantado de sustituirte —dijo después, y sonrió a su callado amigo quien no tuvo reparos en asentir de acuerdo.

Así las cosas, Lachdanan se colocó al final de aquella cola en la que pronto dejó de ser el último, mientras que para distraerse echó mano de un cuchillo que en seguida reparó ya no llevaba al cinto… "*¡Diantres!*"

Y mientras Esaú optó por deambular por allí donde parecía que era menos la algarabía, el pequeño Tebo, en dirección contraria, se dirigió presto hacia un numeroso grupo de animales que vitoreaba, aplaudía y se desgañitaba con lo que fuera que estaba ocurriendo delante de ellos y que no alcanzaba a ver todavía. Pero en cuestión de segundos Tebo llegó y se plantó en la primera fila del espectáculo que, fuera cual fuese, tanto alboroto andaba provocando… ¡Y en sus diminutos ojos negros brillaron de repente la cincuentena de oscuras armaduras bañadas por el sol candente de aquel caluroso día de principios de otoño! ¡Pues serían cincuenta! se dijo ¡como mínimo! el grupo de ratones de la Guardia de las Cimas que desarmados, ya que para todos sin excepción era expresa esta prohibición, formaban con sus escudos que blandían como si fueran estas sus armas y no sus protecciones. El pequeño ratón quedó fascinado, pues los cincuenta ¡si es que no eran más! cortaban el aire con los gestos de sus rodelas de cantos afilados como espadas, de manera que si con sus golpes alguno de ellos fuera a dar sobre algún incauto… poco le iba a costar separarle a aquél la cabeza de los hombros, pues cada finta de sus broqueles segaba el aire arrancándole a éste un gemido lastimero. Los cincuenta actuaban en perfecta sintonía y el viento se quejaba con notoriedad, con lo que la multitud no cesaba de adularlos ¡ebrios de fascinación! alzando los brazos, deseosos, tanto aquellos que acababan de alistarse como los que todavía no, de ser ellos también algún día merecedores de sus mismas lisonjas.

Cuando de pronto… alguien se dirigió al pequeño ratón:

—¡Es increíble! ¡¿No te lo parece?! —al lado del ratón desorejado se encontraba una cría de hurón no mucho más alto que él, embelesado como todos con el espectáculo que tenía delante, y cuando el pequeño hurón se giró para mirarle… añadió— Vaya… Pensaba que eras una cría de ratón.

Sin perder del todo el sentido del humor y sobre todo porque se trataba, en su caso sí, de una cría (ya que de lo contrario, se dijo Tebo, aquello habría terminado de forma MUY diferente), le dedicó el ratón media sonrisa.

—Un día lo fui —le dijo. "*Y debería degollarte por lo que acabas de decir*" dijo después para sí "*…para que no vuelvas a decir burradas semejantes. Pero debo de estar ablandándome*" concluyó también, al cabo, "*debo de estar haciéndome viejo*"

—Pues parece que aún lo seas —alegó entonces el pequeño hurón.

—Y si tú fueras más... mayor… —lo advirtió el ratón entonces— esas habrían sido tus últimas palabras, jovencito.

A lo que el pequeño hurón enseguida se echó a reír.

Pero Tebo consideró que más le valía no tomar en demasía sus palabras, pues al fin y al cabo era sólo una cría de hurón, y buscando cambiar de tema, le preguntó:

—¿Qué hace un chiquillo como tú aquí?...

—Padre dice que así cumplimos con nuestro deber —respondió enseguida el muchacho.

—¿Te… has alistado?... —preguntó de nuevo incrédulo el ratón.

—Aún no —le dijo el chico— Pero padre está en la cola. Mira… —llamó entonces su atención, con un gesto de su hocico, en dirección a los cincuenta de la Guardia de las Cimas que tenían delante, quienes, con sus escudos en alto, ejecutaban en aquel instante una serie de vueltas sobre sí ¡igual que si fueran peonzas! para detenerse después ¡todos a la vez! y retroceder uno, dos, tres pasos... en un baile de movimientos perfectamente sincronizados mientras su público enloquecía. Lo cierto, se dijo entonces el ratón de oreja y media, es que brindaban un espectáculo que resultaba tan bello como sobrecogedor si es que uno era capaz de olvidarse, aunque fuera solo por un momento, del baile tan hermoso que representaban para reparar en lo letal que podrían resultar, con aquellos mismos movimientos, cuando su objetivo fuera otro y no el aire en el campo de batalla— Algún día seré como ellos —habló de nuevo la cría de hurón.

De repente Tebo advirtió en los ojos del muchacho la pasión que dominaba su pequeño corazón, y sin pensar en lo desalentadoras que podrían sonar sus próximas palabras, opinó:

—Eso… si no te matan antes.

—En cualquier caso… —volvió a clavar el chico su llameante mirada en los ojos del ratón— Es nuestro deber.

"*Ya…*" pensó entonces el ratón desorejado "*Lach opina igual*".

Esaú deambuló por las inmediaciones de las almenas del castillo durante el tiempo que decidieron que debía pasar antes de sustituir a Lachdanan en la cola, y se encontraba apoyado contra una de sus murallas cuando se le acercó un extraño personaje, ataviado completamente de negro de las patas a la punta de las orejas y con el rostro oculto bajo una capucha que no delataba de él ni siquiera la punta de su hocico; pero aquello no consiguió engañar al viejo senescal de los mamíferos, quien enseguida se dijo que se trataba de una ardilla, "*una ardilla que no se deja ver*", cosa que dedujo por su cola de un gris casi negro y que era el único rasgo que dejaba entrever a qué especie pertenecía.

—¿Podrías decirme dónde encontrar al conde Ulrrur? —le preguntó la ardilla entonces.

—Yo sólo soy un recluta —dijo Esaú— Ignoro dónde se encuentra el conde, pero me jugaría el ojo que me queda a que está en La Torre del Caudillo —y echó la vista al cielo, señalando con la mirada de su único ojo la torre más alta del castillo en la que estuvo una vez hacía cuatro años (que en aquel instante se le antojaron una eternidad) durante una recepción del conde— …pues ahí tiene el señor conde sus dependencias.

—Vaya. Estás bien informado —opinó entonces la ardilla de negra capa y capucha— Para ser sólo un recluta.

—Pues eso es lo que soy —quiso enseguida dejar claro Esaú, temeroso de repente de que por una de estas interlocuciones terminase por descubrir algún día su verdadera identidad, tomando nota de no volver a meter la pata en el futuro y buscando seguir siendo no más que un recluta sin más pretensiones que cobrar su jornal— Y tú debes traer una importante misiva —no pudo evitar decir, no obstante, antes de que la ardilla encapuchada lo dejase— …si es que es al conde en persona a quien quieres ver.

Entonces aquél sonrió con socarronería, dejando entrever esta vez su hocico más allá de su negra capucha.

—Vaya. Aún no sé en qué extremo del campo de batalla me colocará esta guerra —terminó vaticinando el "sin cara"— Pero sea en uno u otro bando, espero que volvamos a encontrarnos —y con una reverencia para nada

gentil, la ardilla abandonó al ratón de un solo ojo alejándose en dirección a La Torre del Caudillo.

Después de vaaarias horas, tantas que el pobre Tebo incluso se vio obligado también a guardar cola durante un buen rato, se reunieron en *El Gato y la Doncella*, la única taberna que quedaba dentro de los muros del castillo y que al igual que atrajo aquella noche a los tres amigos… atraía asimismo a lo peor de lo peor de las Cimas de Ulrrur. No obstante el ambiente era de gran jolgorio, pues si no todos la mayoría de los animales que aquella noche ahí bebían acababan de alistarse y entre ellos reinaba un sentimiento de gran camaradería; tan próximos se sentían unos de otros que incluso el más cauto aceptaba compartir su mesa con cualquier desconocido que quisiese brindar "*¡por las Cimas de Ulrrur!*" (teniendo en cuenta, no obstante, que ni el desconocido ni el cauto iban armados dentro de los muros que guardaban aquel castillo). En aquel instante Tebo miraba y remiraba ¡sin poder creerlo! el mismo cuchillo con el que acababa de dar cuenta de su cena aquella noche, arqueando las cejas, negando con la cabeza y preguntando…:

—Lach… ¿Para qué nos desarman?...

—No preguntes, Tebo —fue todo cuanto le dijo el hurón. Pues el pequeño ratón sabía ¡y sabía de sobras! que, aún con un cuchillo tan tosco como aquel, cualquiera de los dos podría dar muerte a la mitad de los animales que con ellos se encontraban aquella noche en aquel tugurio indeseable.

—En fin… —suspiró el ratón con desazón, moviendo la testa a izquierda y derecha.

Cuando de repente otra bronca, pues no era aquella ni mucho menos la primera, atrajo su atención.

—¡Mesonero! —ladraba entonces un viejo perro de la pradera— ¡Descuelga esas tizonas porque pronto habrá aquí un cadáver!

Las dos únicas espadas que los tres amigos pudieron ver desde que entregaron las suyas eran aquellas dos enormes tizonas cruzadas en la pared detrás de la barra, que permanecían allí colgadas como adorno, muestra de antiguas rencillas, armas que hasta aquel momento, se dijo el hurón, hubiera jurado que eran de madera.

El perro de la pradera que increpaba al mesonero y de quien nadie sabía aún a quien quería ensartar, era un animal enorme, ataviado de armadura de los pies a la cabeza y con una larga capa azul cubriéndole los hombros, la espalda y las perneras, y aunque ninguno de los presentes en la taberna aquella noche tenía claro si era él mismo o la bebida la que

hablaba en su nombre… de una u otra forma sus amenazas resultaban creíbles.

Pero enseguida su adversario hizo acto de presencia.

—No he venido hasta aquí buscando problemas —dijo alzando la voz, queriendo dejar claro a todos los presentes, una figura tan larguirucha como perfectamente encapuchada; aquel era un animal alto y aunque la capa roja que lo cubría ocultaba por completo su fisonomía, se adivinaban en él largos miembros de garras poderosas.

—¡Y yo no he venido hasta aquí… —respondió el perro ebrio— …y entregado mis armas en la puerta, para que la primera sabandija de turno me rebane los riñones a la primera de cambio!

Y dicho esto último el silencio caló por fin en todos los presentes.

—¡¿De qué sabandija hablas?! —preguntó a voz en grito alguien desde un extremo de la taberna.

—¡De esta comadreja! —escupió al suelo el enorme perro de la pradera.

A pesar de lo grave de la acusación, demostrando no temerle ni al perro que la increpaba ni a los cien animales que aquella noche llenaban la taberna, aquel echó atrás su capucha, descubriendo de esta forma ante todos el delgado cuello castaño, el largo hocico de largos bigotes, las diminutas orejas y los ojos rojos inyectados en sangre de una comadreja (además de una enorme cicatriz que le recorría de lado a lado el mentón y de unos largos colmillos que le asomaban amenazantes por debajo del morro).

Y entonces una oleada de murmullos barrió el lugar, como si nunca antes nadie hubiese murmurado en él.

"…¡Una comadreja!", "¡¿Aquí?!", "¡Aquí, en las Cimas de Ulrrur!", "¡Matadla!".

Y Tebo y Esaú fueron los primeros sorprendidos cuando el cuchillo al que tantas vueltas el pequeño ratón había dado mientras cenaba… voló de repente hasta donde aquellos dos se encontraban, clavándose en la barra de madera entre ambos y acallando de repente todos los susurros.

—De verdad que no sé para qué nos desarman —rezongaba Lachdanan mientras cruzaba el camino de mesas, sillas y atónitas miradas hacia los dos enfrentados, y dirigiéndose después únicamente a la comadreja, le dijo —¡Y tú! ¡O eres un valiente o un loco… si con ese hocico te atreves a

venir aquí esta noche!

—Ni es un valiente ni es un loco —concluyó enseguida el enorme perro, cuando el hurón se plantó entre ambos— ¡Es un espía!

—¡No soy ningún espía! —se quejó la comadreja.

—¿Y qué eres?... —le preguntó entonces el enorme hurón cuyos ojos quedaban a su misma altura.

—¡¿Es que está uno obligado a formar parte del mismo bando que los de su misma especie?! —dijo bien alto el acusado, sabiendo que en la elección de sus palabras pendía el futuro de su pellejo.

—¿No estás con las comadrejas? —le preguntó Lachdanan.

—Estoy… en su contra —aseguró a todos el larguirucho roedor.

Y de repente las carcajadas al unísono de un montón de gargantas invadió el lugar.

—¡Hay que colgarlo! —acalló de repente el perro las chanzas, dando lugar enseguida a nuevos rumores.

—Pues yo… le creo —interrumpió el hurón de inmediato los nuevos rumores.

—¡No me fío de esta alimaña! —alegó el enorme perro antes de darse por vencido.

—Y seguro que ella tampoco se fía de ti —le dijo Lachdanan mirándolo a los ojos— O acaso… ¿Ya has olvidado el levantamiento de los perros de la pradera contra la Facción de los Mamíferos después de *La Guerra de los Reyes*?

—Nadie se acuerda ya de eso —alegó ofendido el aludido.

Y Lachdanan paseó la mirada por la taberna donde todos, absolutamente todos, mantenían entonces los ojos clavados en ellos, y le respondió:

—Pues parece que todos aquí acaban de recordarlo.

El resto de la noche transcurrió sin más sobresaltos, y Lachdanan invitó a la comadreja a sentarse con ellos. "*Pero vuelve a ponerte esa capucha,*

¿quieres?…” le pidió ante la mirada aún insidiosa de más de uno.

—¿Y tú? ¿Eres?… —lo recibió Tebo, cuando comadreja y hurón llegaron por fin ante los dos ratones, mientras que con un gesto tan cortés como burlesco le señalaba la silla vacía su lado.

—Me llamo Björn sin Delorria Drakar de Lobbento —respondió la que seguramente era la única comadreja en las Cimas de Ulrrur y la única también, se dijo entonces el pequeño roedor, con un nombre tan largo.

—Björn sin… —trató de repetir el ratón desorejado— Björn… ¡El renegado! —lo rebautizó de pronto, y con una amplia sonrisa estiró cuanto pudo los bigotes, levantó su vaso lleno de vino cuanto su corto brazo se lo permitió y añadió —¡Brindo por eso!

—Y yo —se unió entonces al brindis el siempre tan reservado Esaú, alzando de igual forma su vaso lleno a rebosar.

Y Lachdanan rió y se sentó, indicándole a Björn que también se sentara, y robando después un vaso vacío de la mesa contigua, lo rellenó con lo poco que quedaba en la jarra que compartían y se lo entregó a la comadreja renegada.

—¡Por Björn “el renegado”! —alzó el hurón también su copa.

—¡Mesonero!... —llamó Tebo— ¡Más vino!

Capítulo 22

22

La Torre del Caudillo debía ser, ”*sin lugar a dudas*” se dijo Jeremiah, la estancia más ostentosa de todas; en ella había repartida una impresionante colección de armas de todas las clases imaginables, desde un armero en el que había apostadas más de un centenar de lanzas hasta una espada larga como una comadreja que descansaba colgada de la pared encima de la chimenea. También allí el conde disponía de una serie de manguales que, como si fuesen antorchas, tenía clavados en la pared y de cuyas largas cadenas colgaban sus cabezas de puntas a cual más amenazante, y sobre una mesa de anchura interminable descansaban una gran cantidad de espadas que parecían pertenecer cada una a una época distinta. En otro armero guardaba una cincuentena de arcos de diferentes medidas y en una vitrina al final de la estancia amenazaba tras su cristal una enorme ballesta que permanecía cargada. Habían también dispuestos en el suelo y apoyados contra la pared escudos pertenecientes ¡cada uno con su blasón! a un montón de casas diferentes; habían dagas, cuchillos y sacabuches, también hachas ¡e incluso una alabarda dorada!… y el “sin cara” se dijo que sólo con ese arsenal el conde podría armar a buena parte de sus huestes.

—Las comadrejas son altas —apareció por fin el conde después de una larga espera, y Jeremiah lo recibió con una gentil reverencia —Quiero lanzas. ¡Dos mil lanzas! —dijo mientras se dirigía a la ardilla un ratón más grande que un castor, tanto incluso, se dijo Jeremiah sin Northombras, que rivalizaba en tamaño con el mismísimo capibara; llevaba el vello de la cara perfectamente recortado y el pelo le caía largo, sobre los anchos hombros, bajo una túnica de rojo carmesí con el blasón de su casa bordado con hilo de oro en el centro— Y espadas largas y de a dos manos, quinientas de cada tipo. Además de catapultas y torres de asedio.

Esta última petición cogió por sorpresa a la ardilla, quien de hecho ignoraba si alguien como el capibara podría conseguir catapultas y torres de asedio, y preguntó:

—¿Es que queréis tomar el Roble de los Cien Años?

—Quiero reducir a cenizas El Roble —le respondió el conde sin titubeos de ningún tipo— Y las catapultas me ayudarán a pintar de brea el tronco.

—El gran capibara tomará en consideración vuestra petición, señor conde —aseguró la ardilla encapuchada aunque con ciertas dudas en cuanto a

las catapultas y las torres.

—Que sea pronto —insistió entonces el enorme ratón— La guerra es inminente, y en cuanto reciba los pertrechos de tu amo marcharé contra el Pico de Bravoos.

—Sea —concluyó solícita la ardilla, sin pasar por alto la vehemencia de aquel animal, ni la pena que sentía, deseoso de posar sus enormes garras sobre las gargantas de quienes le arrebataron a tres de sus cuatro hijos durante La Masacre de la Hondonada.

Cuando Jeremiah abandonó La Torre del Caudillo y se dirigía a la puerta principal para recoger el arma que tuvo que entregar al entrar, con la luna alta al fin sobre las copas de los árboles del Bosque de Arkan pero con la fortaleza rebosante aún de animales de varias y muy distintas clases, reparó en una gran cantidad de ellos apiñados bajo la luz de dos inmensas antorchas ¡tan grandes como las que empleaban los humanos!, más allá de la interminable fila de reclutamiento que llenaba todavía con su imposible zigzag el patio del castillo; los más de cien roedores allí reunidos gritaban ¡ebrios de satisfacción! y reían y vitoreaban a quien fuera que, con total seguridad y probablemente sin saberlo, les estaba ayudando a olvidar por un momento la barbaridad que acababan de hacer alistándose para aquella guerra.

Lleno de curiosidad, Jeremiah se dirigió hacia la multitud que tanto alboroto provocaba y se hizo un hueco entre ratas, ratones y hurones de todos los tamaños, alguna que otra ardilla al igual que él y cuatro liebres que había en primera fila apostando su primer jornal recibido aquella misma tarde por alistarse; y cuando al fin el “sin cara” logró acercarse lo suficiente, también él fue testigo de la increíble habilidad con la que la Guardia de las Cimas manejaba sus letales escudos de cantos afilados igual que si fuesen espadas.

La ardilla no pudo evitar una sonrisa que pasó desapercibida bajo su oscura capucha y después de deleitarse un momento él también con semejante espectáculo, paseó la mirada por entre los eufóricos espectadores. ¡Había fuego en sus miradas! ¡En las de todos!... Y por un instante se sintió deseoso de permanecer allí con sus iguales, y la llama que brotó en su interior aquel día durante La Masacre de la Hondonada, la misma que con su fuego luchaba todavía por arrojar algo de luz en la oscuridad de su alma… creció un poco más y más, y el “sin cara” temió, una vez más también, que la guerra que se avecinaba afectase a su naturaleza animal y a la forma en que había hecho siempre las cosas. Porque aquello, sin duda, sería su perdición.

Capítulo 23

23

El Sotorey era un árbol inmenso, majestuoso y sin duda alguna, se dijo Áurea, un lugar al que llevar a descansar al más grande de los reyes que tuvo el Bosque de Arkan; sus ramas se elevaban hasta el infinito en una búsqueda, sin éxito, de un resquicio de sol al que las altas copas de los cedros rojos que habitaban aquel fangal le tenían vetada la entrada.

—¿Crees de veras… que el Rey Ciego… esté… de verdad, en serio quiero decir… enterrado aquí?... —la sacó Gala de repente de su estado meditabundo.

—Mi padre así lo creía —le respondió Áurea al cabo de unos segundos, de vuelta a la realidad— Una vez nos contó a Ars y a mí que después de *La Guerra de los Reyes* dos de sus más fieles súbditos lo trajeron hasta aquí y que aquí enterraron su cuerpo, al parecer tan hondo que ni siquiera las raíces de este árbol pudieran molestar su sueño eterno.

—Vaaaya… —murmuró su dama de compañía quien en su vida se había alejado más de cien pasos del Roble Ocre.

—…Y también nos contó —prosiguió Áurea— que el cuerpo de la Reina Regenta descansa en otro bosque, que al igual que hicieron los súbditos del rey con éste, súbditas de la reina la sacaron de Arkan y que nadie sabe dónde le dieron sepultura.

—¿Y tú lo crees?... —insistió su dama de compañía, embelesada por la grandeza que de aquel árbol radiaba entre las sombras del pantano, presa voluntaria de cualquier leyenda que con hechos imposibles alimentase aún más su fascinación por aquel lugar.

Pero Áurea negó con la cabeza y espantó de su mente tantas viejas historias oídas en su niñez y se dio la vuelta dando la espalda al que decían era el sepulcro natural del Rey Ciego para observar, sólo un instante, a los más de cien mamíferos que la seguían desde que llegó al pantano y que ahora hundían la rodilla entre las oscuras aguas del cenagal para postrarse y rezar como si fueran uno solo, pues la nueva de que "*la hermana del senescal asesinado*" se encontraba en el Soto de los Reyes se había hecho oír entre los cientos de peregrinos de diferentes clases que, desde La Masacre de la Hondonada, acudían todavía hasta aquel lugar para verter en sus dulces aguas anegadas sus lágrimas de sal.

—No —respondió Áurea por fin a su dama y amiga. Pues la hermana del senescal asesinado, se dijo entonces, no podía permitirse el lujo de soñar con viejas historias de caballería y cuentos de hadas que nunca formaron parte del mundo real —No —dijo otra vez— No. No lo creo —porque todas aquellas historias formaban parte de su niñez, pero Áurea ya no era ninguna cría y por fin había aprendido que el mundo real estaba lleno de desdicha, de aventuras de héroes que al final no sobreviven, de traición y de muerte, porque el Rey Ciego estaba muerto, como lo estaba Ars y como lo estaba también su queridísimo Elijah.

—¿Te encuentras bien, niña? —se preocupó Gala entonces.

Pero Áurea ya no escuchaba.

Y de repente se dirigió a aquella enorme congregación de ratas y ratones, de ardillas, castores, nutrias y martas, a la extraña pareja de visones que llegó aquella misma mañana… y tomó una decisión.

—¡Escuchadme! —les dijo, y Mira primero, quien no la había dejado ni un solo momento desde que Gala y ella la salvaran hacía sólo unos días de aquellos dos indeseables, y el resto de sus seguidores después, todos, uno a uno,… fueron poniéndose en pie para escuchar lo que aquella quien habían decidido sería su guía en aquel viaje de recogimiento tenía que decirles— Me dirigiré al Pico de Bravoos —dijo entonces con determinación, y un murmullo por cada uno de los mamíferos que la escuchaban viajó hasta ella y se estrelló contra el tronco del Sotorey a sus espaldas. También Gala escuchaba a su señora y, aunque presa del estupor que le provocaron estas palabras, siguió escuchando en silencio a su lado, dispuesta a aceptar lo que fuera que aquella a la que amaba como a una hija tenía que decir— Hace tiempo conocí al Señor de la Sin de Bravoos —confesó, y sintió que hasta el insecto más pequeño habitante de aquel lodazal dejaba de repente de batir sus minúsculas alas para escucharla como todos los demás— No sé si quien se sienta hoy en el trono del Pico de Bravoos es aún la misma comadreja que conocí un día, y la verdad es que después de lo visto me cuesta creerlo, pero si aún es aquella gentil comadreja… —y cuando creyó que dicho esto alguien la reprendería, comprobó que nadie se atrevía a interrumpirla— Si… Si aún es la misma comadreja que conocí —dijo otra vez— Me escuchará —concluyó— No hace falta que me sigáis más allá de las aguas de este pantano, os lo ruego —terminó— Gracias por haberme acompañado hasta aquí.

Al principio fue como si el aire mismo se hubiera acabado y nadie fuera capaz de articular palabra, pero al cabo de unos segundos Mira dio un

paso al frente y dijo:

—Yo seguiré contigo.

Y Áurea observó a su nueva amiga con ojos apesadumbrados.

—Pero… no podré garantizar tu seguridad más allá de este pantano —trató de disuadirla— No hay manera que sepa qué me encontraré en el Pico de Bravoos.

—Y no me importa —respondió segura de sí la menuda ratita.

"*Por qué…*" se dijo Áurea entonces, pues creyó que sería mejor ir sola, ya que así no caerían sobre su conciencia las nuevas muertes que estaba segura tendrían lugar si tomaba el camino hasta el Pico de Bravoos seguida, aunque fuera solo por uno, de los mamíferos que formaban aquella muchedumbre; muertes que sabía bien la atormentarían hasta el fin de sus días.

—También yo te acompañaré —dijo de pronto otra ratita, menor aún si cabía que la menudísima Mira, que escuchaba desde lo alto de una raíz que sobresalía del agua.

—Y yo —dijo entonces uno de los visones— ¡Y yo! —se apresuró a añadir el otro.

—¡Y yo!

—¡Y yo también! —dijo entonces una enorme castor a la que no había visto sonreír desde que la encontró en el pantano hasta aquel preciso instante.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡También yo os acompañaré!

Sus voces encadenaban unas con otras, y por un instante el espíritu descorazonado que reinaba en todos los que la escucharon hablar se elevó hasta el cielo, apartando con su brío renovado las ramas de los árboles más altos, permitiendo que un rayo de sol cayese sobre las barrosas aguas del sotobosque del Bosque de Arkan. Entonces Áurea rogó en silencio al Rey Ciego por que los protegiese a todos en el nuevo viaje que estaban a punto de emprender.

Capítulo 24

24

Las historias que narraba Elías al calor de la hoguera cada vez que acampaban en su camino hacia la linde del Bosque eran, pensaba Duncan, "*¡INCREÍBLES!*"; al tiempo que resultaban, creía Bela, "*sobrecogedoras*".

En sus historias había lugar para todos los tipos de animales conocidos y muchos otros de los que ni Duncan ni su madre habían oído hablar jamás. Estas eran historias de príncipes y princesas, de duendes, elfos y hadas que, decía Elías, pasaban el día entero riéndose de sus caras y de sus orejas puntiagudas al verse reflejadas en las aguas del Lago Cristalmyr mientras tomaban el sol acostadas sobre sus peñascos. También, les dijo, había brujas, pero buenas: "*¡brujas que ríen como hienas y vuelan en escobas!*", les contó el enorme hurón mientras Duncan reía al tiempo que bostezaba después de otro día de duro entrenamiento; Bela daba un respingo y se abrazaba a sus rodillas, "*…y hay gnomos y enanos y magos* ": magos buenos y magos malos, les dijo, aunque los malos, admitió, no lo eran tanto como en realidad querrían. "*¡Me gustaría algún día conocer a un mago!*" dijo Duncan. "*¡No digas bobadas!...*" lo reprendió su madre atacada por la risa. Y les habló de un montón de famosos caballeros, y de los fantasmas de Askalan ¡de los que aseguran que después de *La Guerra de los Reyes* siguen aún cuidando de su tesoro! Y mencionó a los kobolds, y a los gnolls que vivían en el Valle de los Unicornios, y también a Arkko "el centauro", muerto también durante *La Guerra de los Reyes* y de quien dicen que su espíritu recorre aún el Jardín de los Nenúfares en busca de Bellamira, su amada. El hurón juró y perjuró haber visto la Torre de Cristal, erigida por los dioses y para la que llegar a su cima una vida entera no es suficiente, y dijo haber compartido cena con los gigantes que pasan el invierno en las montañas, y también con los cazadores de dragones, pero no con dragones, por supuesto, "*...porque los dragones comen ratas, ratones y hurones. Sobre todo hurones*", y les contó que los hay rojos y verdes y negros, "*¡y los hay también que son dorados!*", pero que ninguno escupe fuego. Y una noche en que hacía un frío invernal... Elías les contó que en una ocasión había estado en Lüddes, la Ciudad de los Héroes, ¡y que fue ahí donde conoció a Gónadas sin Vallard "el príncipe de los zorros"!, y que ese mismo año convivió con los humanos de las colinas, y que vio grifos, orcos, goblins y trasgos, "*¡e incluso un gigante de dos cabezas!*". Y después les habló de las bellas y comedidas ninfas, de las sirenas y de su embrujo, y también de las solitarias y delicadas dríadas, de los árboles que hablan y de flores burlonas que no paran de reír, o de objetos animados por arte de encantamientos, "*…¡como aquel candelabro que se las daba de poeta!*" reía. Y les aconsejó que nunca, nunca, nunca… entraran en ningún laberinto ni en jardines prohibidos "

¡que también los hay!" porque no de todos los lugares de leyenda narran cuentos de hadas.

…Y fue en el preciso instante en que dijo "*hadas*" cuando ocurrió algo que cambiaría para siempre la vida del jovencísimo Duncan, pues en ese instante conoció el horror y la brutalidad de la que animales que no sabía que habitasen en su mismo bosque son capaces, el miedo que le provocó (se daría cuenta después) perder a un ser tan querido y la ansiedad que de repente se dio cuenta le impedía respirar. Cuando de pronto con un sonido sordo *¡TOC!...* una diminuta flecha de ballesta fue a clavarse ante sus ojos en el gaznate de su madre… ¡arrebatándole la vida en un instante! "*¿Ma… má?...*" y dejándola clavada al tronco del árbol que tenía a sus espaldas. De un momento a otro su madre que lo miraba y sonreía había dejado de hacerlo, abandonando su vista en ningún lugar concreto en la espesura del bosque que tenía delante, con un rictus de muerte que borró su sonrisa para siempre.

Duncan abrió los ojos como platos "*¿Qué…*" pues hacía sólo un momento reía y ahora, de repente, ya no se movía. "*¿Qué, qué, qué es lo que ha…*" y en sólo un instante pasó de estar a no estar, y no duró aquel instante lo suficiente para que el pequeño ratón se diera cuenta de lo que acababa de ocurrir. "*No, no, no…*" se decía una y otra vez, cuando todo cuanto lo rodeaba quedó congelado en el tiempo en un segundo, mientras el sordo sonido de la saeta que mató a su madre se repetía con macabra insistencia en su cabeza (*¡toc! ¡toc! ¡toc!...*) pues no había más ruidos. Las aves nocturnas dejaron de ulular, el viento ya no soplaba y las llamas de la hoguera cesaron de bailar, mientras la luz de su fuego se reflejaba persistente, aún, en los ojos vidriosos e inmóviles de su madre, como si con su reflejo quisieran insuflarle falsa vida. "*No es verdad...*" murmuró palabras para nadie "*No es cierto…*", y ni cuenta se dio de que Elías ya no estaba a su lado.

—¡Vamos, chico! —le gritaba el enorme hurón cuando por fin regresó al mundo real —¡Levanta! ¡Vamos! —lo instaba mientras sombras amenazantes los rodeaban, y entonces lanzó a sus pies su tercera espada, quedándose él con las otras dos, una en cada mano, rezando en silencio porque el chico reaccionase —¡Como te he enseñado!... ¡Vamos!

Por fin Duncan se puso en pie. "*¿Qué… Qué es… Qué es lo que ha pasado?...*" se repetía una y otra vez, sin poder admitir que lo que estaba ocurriendo fuera una pesadilla, porque era demasiado real, porque tenía el corazón compungido y porque quería llorar. Pero miró un instante la espada que Elías le lanzó a los pies y se agachó y la recogió; y aunque aquella era la misma con la que llevaba tantos días practicando, en aquel instante le pareció que pesaba una barbaridad. Entonces las lágrimas tomaron la blancura de sus ojos, invadieron sus párpados y corrieron rabiosas por sus mejillas, mientras su respiración se aceleraba más y

más… ¡tanto que creyó que acabaría escupiendo los pulmones!

—¡Vamos, muchacho!

Y de pronto la espada dejó de pesar en sus manos y buscó a aquellos que le quitaron lo que más quería, "*¡¿QUIÉN?!…*" clamó con la vista borrosa por los ojos anegados. Y de repente los vio, los observó y se dijo que parecían ratones, aunque eran realmente pequeños, más que él incluso que era sólo una cría de ratón, y se dijo que podrían ser topos, o tal vez erizos,… ¡¿qué demonios eran?!...

"*…¡Qué más da lo que sean!*" se dijo después.

Tenían los ojos diminutos y un hocico largo y feo, como largas y feas eran también sus patas, sus zarpas y su cola; su pelo era completamente negro y salivaban todo el tiempo. Y reían, reían sin parar ¡y olían de forma nauseabunda!

Duncan no sabía qué eran aquellos seres desagradables que aparecieron de repente, pero ni falta le hizo. Empuñó su espada tan alto como pudo y se lanzó en frenética carrera en dirección a la más próxima de aquellas extrañas y menudas criaturas. Ésta no lo vio venir, pues nunca lo esperó, y para cuando quiso alzar su tosca espada… el pequeño ratón ya se encontraba sobre ella hundiendo su acero en su diminuto cuerpo velludo. ¡La espada de su mentor atravesó pelo, carne y hueso y se clavó en la tierra! A continuación la extrajo llevándose con ella un largo chorro de mala sangre, y entonces la hundió de nuevo en el vientre de la extraña criatura ¡y la extrajo de nuevo y volvió a clavársela otra vez! ¡sacándola y hundiéndola en sus tripas una y otra vez! ¡una y otra vez! ¡y otra! ¡y otra! ¡y otra! ¡y otra!... dejándose llevar por un sentimiento otrora macilento ora de ira insoportable, vertiendo a sus pies sus entrañas y toda la sangre que aquel diminuto ser era capaz de guardar en su diminuto cuerpo. Mientras sus pies chapoteaban sobre un charco de caldo rojo, sus manos, brazos y pecho quedaban bañados por la sangre de aquella odiosa bestia, y su cara se teñía con el flujo que un día la envolvió de vida. Y así se deshizo el cuerpo de aquella alimaña, de tantas veces que el acero hurgó y hurgó en sus entrañas, pues Duncan siguió y siguió asesinándola…

—¡Duncan! Duncan. Duncan… —alzó por fin la mirada y se encontró con la del bueno de Elías— Ya está —le dijo el hurón controlando que en un descuido, ido por la ira, no fuese a descargar también su espada sobre él— Ya está. Está muerta.

Durante los segundos siguientes el ratón se quedó completamente quieto, igual que si un extraño sortilegio lo hubiera dejado petrificado de repente, y se mantuvo en la misma posición y en el mismo lugar en el que estaba, a los pies del cuerpo desecho de aquel animal maldito, observando a su mentor a través de un sucio velo de color rojo que le cubría totalmente el

rostro. Duncan nunca supo si fueron sus ojos llenos de la sangre de su enemigo los que tiñeron de muerte cuanto le rodeaba, o si realmente era tanta la sangre que bañaba allí donde pisaba. Observó después a espaldas del hurón y distinguió los cuerpos de otros tres como aquel que acababa de matar, regando con su sangre también las raíces de los árboles de aquella parte del Bosque. Entonces una extraña y repentina calma le invadió, sintió que las fuerzas que le hicieron blandir aquella pesada espada lo abandonaban y la dejó caer, se abrazó a Elías y rompió a llorar.

Aquella noche dieron sepultura a su madre bajo las raíces del mismo árbol que la vio morir.

—¿Qué eran? —le preguntó Duncan a Elías.

—Musarañas —le respondió su mentor— Hacía mucho que no se las veía en el Bosque.

—Y… ¿Qué hacían aquí?… —quiso saber el ratón.

—Han estado escondidas —aventuró sin dudas el enorme hurón— Esperando.

—Esperando… ¿A qué?...

—Esperando a que su señor del Pico de Bravoos las reclamase —a estas palabras les siguió un lánguido silencio, hasta que el hurón habló de nuevo— El Conde Ulrrur está reclutando animales para luchar contra las comadrejas —dijo, comentario que en aquel momento Duncan no entendió a qué vino.

Más tarde, a la poca luz de una luna menguante, cuando Duncan pensó que Elías creía que ya dormía, se levantó en la más absoluta oscuridad y recuperó la tercera espada de su mentor, la misma que había usado para dar muerte a la vil criatura, un arma que nunca sabría que el hurón dejó tan cerca suyo para que se la llevase consigo cuando huyera de su lado, pues ya no podía seguir allí, porque continuar hasta la linde del Bosque ya no tenía ningún sentido; y entonces comprendió que era en las Cimas de Ulrrur donde debería estar.

Y con este pensamiento en mente, el pequeño Sin Northerngem huyó del lado del hurón, y nunca ninguno de los tres que partieron del Patio de La Unión cumpliendo con las órdenes de Reginald sin Northerngem llegó jamás a la linde del Bosque.

Capítulo 25

25

Llevaba un buen rato apoyado contra aquel viejo tocón de pino escondido entre la espesura a la que con el paso de los años cedió el lugar por el que antaño corrieron sus raíces. En todo ese tiempo Reginald no había apartado la vista, siquiera un segundo, del imponente Roble de los Cien Años.

Cavilaba. Pues aquel árbol centenario era una fortaleza impresionante y aunque nunca estuvo en su interior, sabía que se trataba de un fuerte inexpugnable, que su enemigo lo mantenía fuertemente custodiado en cada cavidad por pequeña que fuera que daba acceso a su interior; vigilado desde los árboles colindantes desde su entrada principal junto a su raíz hasta la última de las hojas de su poblada copa. Cavilaba… que la única forma de entrar era a través de la puerta principal en la misma falda de sus raíces, y si Reginald sin Northerngem, el ratón aliado de las comadrejas, aquel que hizo posible su traición tanto tiempo planeada y que finalmente las colocó en el escalafón más alto de la Facción de los Mamíferos, solicitaba ahora audiencia con el que era su nuevo señor Jona sin Bravoos… ¿por qué no iban a permitirle la entrada?

Pero…

…Si aquella comadreja que se le escapó hacía un par de días intuyó sus intenciones, con total seguridad, se dijo, corrió a alertar a su señor del Pico de Bravoos, lo que significaría que las comadrejas lo esperaban.

…Podría ser.

Aunque si aquella comadreja escurridiza, por el contrario, desconocía cuáles eran sus planes y no huyó sin otro propósito que el de salvar el pellejo, en tal caso contaba aún con el factor sorpresa.

Y qué hacer…
¿Cómo vas a hacer esto, Reginald sin Northerngem?...

Pues si las comadrejas lo esperaban, con total seguridad, se dijo, lo dejarían entrar en cuanto se presentase ante ellas; pero con el solo propósito de conducirlo, confiado, hasta unas dependencias del señor del Pico de Bravoos que no estarían sino vacías excepto por los guardias allí esperándolo para darle muerte (algo que había visto otras veces ¡en decenas de ocasiones! en los años posteriores a *La Guerra de los Reyes* cuando era de esta forma, al amparo de los muros de un castillo y sin

testigos, como hacían desaparecer a aquellos que traicionaban a su facción). Por otro lado, si no lo esperaban, igual lo dejarían pasar al darse cuenta de quién era él.

Y qué hacer…

No obstante, en cualquiera de los casos, dirigirse hasta la entrada del Roble y pedir ver al señor del Pico de Bravoos parecía ser su única opción, fuese, decidió finalmente, con uno u otro desenlace.

Y cuando al fin se plantó enfrente de la entrada del Roble de los Cien Años, sin pasarle inadvertidas la cantidad de miradas de las decenas de centinelas que, apostados en las ramas de los árboles vecinos, lo acompañaron con la vista clavada en el cogote desde el momento mismo en que abandonó la espesura al pie del tocón en el que aguardaba indeciso,... una de las comadrejas que allí montaba guardia se le acercó con aire condenatorio.

—Mira lo que nos ha traído el gato —se burló provocando las risas nerviosas de sus camaradas del turno de guardia— ¡Un ratón! —dijo cuando se encontraba a diez pasos de él con la garra descansando sobre la empuñadura de su espada envainada.

—¿Es que no sabes quién soy? —se atrevió a contestarle Reginald, con aplomo.

La pregunta cogió por sorpresa a la comadreja, quien no tenía ni idea de quién podría ser aquel ratón con aires de superioridad e intenciones suicidas.

—…Reginald sin Northerngem —dijo de repente otra comadreja que doblaba en tamaño a la primera y que apareció de pronto, caminando resuelta hacia el antiguo instructor de reclutas.

—El ratón-comadreja —lo nombró entonces el guardia brabucón, queriendo dejar claro a todos los presentes que sabía perfectamente, ahora, de quién se trataba— ¿Cómo puedes soportar seguir siendo quien eres después de lo que hiciste?...

Pero Reginald pasó por alto la provocación, y como si no hubiera oído sus palabras, dijo:

—Vengo a ver al señor del Pico de Bravoos.

En aquel momento la enorme comadreja que lo había reconocido llegó hasta él.

—Sea —le dijo, y dirigiéndose a la rabiosa alimaña que no consiguió provocar al ratón, a la vez que haciendo uso de su rango superior, ordenó— Tú. Escóltale hasta las dependencias de nuestro señor. Que te acompañen otras dos. Y que no me entere que intentas provocar otra vez a este ratón.

Al parecer, se dijo Reginald tras escuchar estas palabras, también existían comadrejas nobles. Entonces el guardia amonestado asintió sin decir palabra, indicó con la mirada a dos de sus compañeras que la acompañaran y después pidió a Reginald que la siguiera.

Así fue como Reginald sin Northerngem accedió al Roble de los Cien años, el cual le pareció solemne, vestido de tapices que caían desde lo más alto como cascadas multicolores en los que destacaba, siempre, el escudo de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos exquisitamente bordado en rojo y negro. El interior del roble estaba adornado con cientos de armas y armaduras pertenecientes a cien épocas diferentes anteriores a *La Guerra de los Reyes*, y una imponente escalera ascendía en espiral rodeando la circunferencia interior de su ancho tronco por la que, precedido de aquellas comadrejas ascendió hasta, calculó, lo que sería la mitad de la altura de aquel árbol interminable.

Procuró en todo momento no parecer asombrado ni nervioso, sino todo lo contrario; procuró aparentar ser el ratón-comadreja al que hizo referencia el guardia que lo guiaba: un animal desprovisto de todo honor. Y al llegar al fin ante las que pensó que podrían ser las dependencias de la gran comadreja, aquella que no osó tratar de provocarlo de nuevo se adelantó a las otras dos que le impidieron, de inmediato con sus lanzas en cruz, seguir avanzando. Entonces la provocativa comadreja empujó con fuerza las altas puertas de una habitación de la que el ratón se preguntó si sería aquella su tumba o el lugar de su redención, y caminó hasta llegar al centro de la estancia, donde se arrodilló clavando en el suelo una rodilla y la mirada.

—Señor —pronunció sin alzar la vista— Reginald sin Northerngem solicita veros.

¡Ahí estaba!... se dijo de inmediato el ratón, pues desde el punto en el que se encontraba, fuera de la estancia y tras las lanzas en cruz de aquellas dos alimañas, vio girarse para encararlo con la mirada a Jona sin Bravoos, el señor del Pico de Bravoos, el general de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos, la gran comadreja… a la que oyó decir:

—Hazle pasar.

En aquel instante Reginald supo que no conocían sus intenciones, y que tenía en la mano la oportunidad de enmendar sus errores, una oportunidad que si erraba seguramente no volvería a presentársele jamás.

De inmediato los guardias separaron sus lanzas y Reginald sin Northerngem accedió a la estancia en la que se encontraba Jona sin Bravoos y, cruzándose en su camino de vuelta con el guardia que lo anunció, caminó hasta el centro de la estancia, un enorme salón provisto de todo tipo de mapas clavados en las paredes y algunos de ellos en el suelo, rollos de pergaminos y un par armaduras vacías postradas una a cada lado de un enorme ventanal por el que entraba la luz del sol, y ahí aguardó en el más riguroso silencio. La gran comadreja, mucho más grande que aquella que intercedió por él hacía escasos minutos a la entrada del Roble, consultaba, de espaldas a Reginald, unos pergaminos que tenía extendidos sobre una amplísima mesa de piedra. Pero enseguida se dio la vuelta y caminó con parsimonia hacia el recién llegado, quien se dijo que excepto por su tamaño no parecía tan amenazante y ni mucho menos la protagonista de las historias que de ella había oído contar.

—Reginald sin Northerngem —dijo, cuando se plantó al fin enfrente suyo— Mi padre me habló de ti.

Reginald advirtió la tensión en la atmósfera que lo rodeaba, pero ignoraba si era la gran comadreja la que le provocaba tal inquietud o tal vez su subconsciente sabedor de lo que iba a hacer lo que le transmitía tal sensación. Con disimulo miró a su alrededor, los guardias dentro de la habitación eran sólo cuatro, y pensó que tendría que batirse con ellos también después de matar a la comadreja rubia, pero ésta aún se lo pudo más fácil.

—Dejadnos —ordenó. Y los cuatro a la vez saludaron, se dieron la vuelta, se dirigieron a la puerta y salieron por ésta cerrándola a sus espaldas, dejando al ratón y a la comadreja completamente a solas.

Reginald aún no había pronunciado palabra, y Jona sin Bravoos habló por tercera vez:

—¿A qué estás esperando? —le preguntó la comadreja al ratón.

—¿Disculpad?... —respondió confuso el ratón con otra pregunta.

—Sé a lo que has venido, Reginald sin Northerngem —le reveló la gran comadreja entonces.

—¿Lo sabéis?... —preguntó Reginald, al mismo tiempo que se preguntaba si el señor del Pico de Bravoos estaba jugando con él o si realmente lo

sabía, pues si era así… ¿Por qué querría quedarse con él a solas?

—Lo sé por una comadreja a la que no pudiste matar hace dos días —fue del todo explícito Jona sin Bravoos— Adelante —indicó a continuación desvistiendo su espada.

Reginald dio un rápido paso hacia atrás, había desenvainado sin siquiera percatarse, y creía no ser consciente del todo de lo que ya estaba ocurriendo.

—Estáis loco —dijo el ratón.

—Tú primero —concedió la comadreja.

Y entonces Reginald se lanzó contra ella como si aquella fuese la única oportunidad que fuera a tener de clavarle su espada.

Al principio los dos bailaron al son de la música que entonaban sus aceros cada vez que se encontraban, estudiando cada uno los movimientos del otro, buscando en qué punto, ataque, defensa, finta, acometida… contaban con la ventaja, tratando de adivinar cuáles eran los defectos en la esgrima de su adversario. Pero Jona no parecía tener defectos y si los tenía los ocultaba muy bien. Sus movimientos eran imposiblemente rápidos para un animal de su corpulencia y cada vez que Reginald acometía tenía la sensación de chocar contra un muro que lo repelía, preguntándose cómo era posible que un animal de aquel tamaño fuera capaz de moverse con semejante soltura, sin dejar un hueco en su defensa por donde poder herirle. De esta forma bailaron con la muerte cerca de diez minutos, un lapso de tiempo interminable durante el que parecía que sólo Reginald sudaba, cuando finalmente Jona marcó a su adversario con un corte superficial a la altura del pecho, firmando así que era con la gran comadreja y no con un animal cualquiera con quien el viejo instructor de La Unión se batía, y entonces se detuvieron un instante.

—¿No es un poco tarde para querer arreglar las cosas? —invitó a reflexionar la comadreja al ratón.

—Sólo tengo un error que reparar —fue la respuesta del ratón— Por La Unión… —musitó de forma perfectamente audible.

—La Unión —le dijo entonces Jona— Tu Unión —recalcó y lo señaló con la punta de su espada— Acabó con el reinado de mi padre.

—Vuestro padre era un loco —atestiguó el viejo instructor— Tan sólo le devolvimos la paz al Bosque.

—Sólo he tomado aquello que me pertenece por derecho —concurrió Jona sin Bravoos— Lo que por derecho nos pertenece a todas las comadrejas de este bosque.

—No podéis hablar por todas —lo advirtió Reginald recordando a la comadreja que lo había defendido a la entrada del roble— No todas las comadrejas son como vos.

Comentario al que la comadreja rubia respondió con una burda carcajada.

—Yo diría más —añadió después— Ninguna es como yo. Pero continuemos —dijo entonces negando un segundo más de cuartel a su adversario, mientras en secreto el ratón admiraba el aplomo y la determinación de la comadreja, por saber que acudía a su encuentro para darle muerte y porque aun así lo había estado esperando con tal insolencia.

Otros diez minutos más tarde Reginald sangraba por una docena de heridas, pero Jona le infligía tan sólo heridas superficiales, lo desangraba poco a poco, y el ratón se maldecía pensando en cómo el mismísimo Reginald sin Northerngem, veterano de mil batallas e instructor de reclutas y de héroes de La Unión, no era capaz de herir a aquella maldita alimaña. La destreza del general de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos era prueba patente del porqué de su recio liderazgo, pues si bien su apellido fue lo que lo colocó en el trono del Pico de Bravoos cierto era que era también un magnífico espadachín. Y cuando al fin Jona advirtió que su adversario ya no podía sostener en alto su espada, pues por todas y cada una de sus heridas sus fuerzas lo abandonaban a borbotones, envainó su arma. Sólo un instante después, como si los ojos de un fantasma fuesen testigos de la lid que mantenían, las puertas del gran salón volvieron a abrirse para que volvieran a entrar los guardias que la gran comadreja había despachado hacía apenas media hora.

—Encerradlo —ordenó.

Y dos de los cuatro guardias que acababan de entrar se acercaron hasta el ratón, que descansaba entonces con las manos apoyadas sobre las rodillas, y le quitaron la espada y lo alzaron cogiéndolo de las axilas.

—Terminad… lo que habéis… empezado —le rogó un abatido Reginald al señor del Pico de Bravoos mientras hacía acopio de fuerzas para mantenerse erguido y con la cabeza bien alta— Por favor…

—Lo has empezado tú —le respondió la comadreja.

—Matadme… Igualmente… —imploró el ratón con un esfuerzo extra por seguir manteniéndole la mirada— Pues no puedo… soportar… —y entonces comprendió que lo que le dijeron al llegar era cierto— seguir siendo quien

soy. Después de lo que hice.

Pero Jona sin Bravoos había vuelto a sus pergaminos y los consultaba igual que hiciera antes de que lo interrumpieran, como si su duelo con aquel ratón nunca hubiera tenido lugar, y si realmente lo tuvo, se dijo Reginald al observarlo hablarle dándole la espalda, como si ya no lo recordase, pues siquiera parecía cansado.

—No deseo quitarte la vida —le dijo al fin, sin apartar la vista de los pergaminos sobre su mesa— Llevadlo abajo —ordenó de nuevo

Capítulo 26

26

El “sin cara” podía percibir la preocupación en el tono de las palabras que tan cuidadosamente parecía que escogía aquella tarde el capibara.

—Ha surgido un contratiempo —le dijo— Un contratiempo que nos afecta directamente —hablaba paseándose de una esquina a otra de su lúgubre madriguera con las manos a la espalda, y Jeremiah se dio cuenta de que no lo había visto moverse tanto desde el día en que lo conoció, por lo que el contratiempo al que su amo se refería, fuera el que fuera caviló, debía de tenerlo especialmente preocupado— Un contratiempo —dijo por tercera vez—…que podría perjudicarnos seriamente, que atenta contra nuestros intereses y que pone en serio peligro nuestra empresa —y entonces se detuvo y murmuró como si hablase sólo para sí, e igual que si acabase de darse cuenta de algo… añadió— Es normal en tiempos de guerra —y por fin se sentó de nuevo en su poltrona tras su enorme mesa de piedra, repleta de todo tipo de intrincados mapas y pergaminos y misivas que tan a menudo intercambiaba con lo peor de lo peor de las cinco facciones— Áurea sin Stack, la hermana del senescal Ars —reveló finalmente el capibara a la ardilla— se dirige al Pico de Bravoos seguida por más de cien animales desde el Soto de los Reyes.

—¿En qué podría perjudicarnos algo así?... —le preguntó Jeremiah a su señor, pues no veía en el viaje de la hermana del senescal asesinado peligro alguno para la empresa cuyos intereses defendía.

—Esa rata —le explicó Jomo sin Delance— y la gran comadreja, fueron buenos amigos en el pasado. Más que amigos —aclaró— Áurea sin Stack cree poder convencer al señor del Pico de Bravoos para que cese en su empeño de controlar por completo la Facción de los Mamíferos, y por mucho que dude de que éste le hiciera caso… no estoy dispuesto a correr el riesgo de que lo que sintió Jona por Áurea hace tantos años pueda resurgir ahora, y lo empuje a abandonar sus planes y a dar por concluida esta guerra que no ha hecho más que comenzar. Tengo… —añadió con remarcado énfasis— contratos con los mayores fabricantes de armas del Bosque —dijo lo que la ardilla ya sabía— Y las pérdidas serían... —y entonces calló y aguardó, buscando la palabra que mejor definía lo que en aquel instante temía, y concluyó— Considerables.

—Y qué sugerís —le preguntó el “sin cara” entonces.

—Encuentra a Áurea sin Stack y mátala —fue claro y conciso el capibara—

Antes de que llegue al Roble de los Cien Años.

Una vez más Jeremiah sin Northombras sintió que su deber moral, aún por alguien a quien no conocía, se debatía contra las órdenes que recibía. Por lo que él sabía Áurea sin Stack había perdido a su hermano y a su prometido durante La Masacre de la Hondonada, y ahora también ella debía morir; y lo haría por el único interés lucrativo de un animal que actuaba en las sombras, moviendo los hilos de los títeres que encabezaban cada una de las casas que protagonizaban su cruel obra, involucradas por él mismo en aquella nueva guerra sin otro propósito que el de enriquecerse todavía más.

Pero la ardilla trató de mantenerse fiel a sus convicciones.

—Sea —dijo finalmente.

—No te será fácil llegar hasta ella —lo advirtió su señor antes de dejarlo marchar— Son más de cien los animales que la siguen desde el Soto de los Reyes.

—Tan sólo hembras que han enviudado, sin duda —creyó evidente Jeremiah— Y las crías de éstas que han perdido a sus padres durante La Masacre de la Hondonada.

—Y cualquier otro pariente de esos padres y esposos, no lo olvides —pronunció el capibara entonces— Así como los padres de los más jóvenes que murieron luchando durante La Masacre de la Hondonada de la que no fueron testigos, bien porque no pudieron asistir a la reunión del Consejo o porque sus viejas patas no se lo permitieron, al igual que los hijos de los más mayores que murieron en la Hondonada a la que por una razón u otra tampoco asistieron. Machos todos ellos de diferentes especies de mamíferos, que en lugar de unirse a las filas del conde Dallas sin Ulrrur para luchar contra las comadrejas han preferido acudir al Soto de los Reyes, y que ahora acompañan a la hermana del senescal asesinado hasta el Pico de Bravoos. Animales… —dijo cuándo pareció haber terminado— que bien sabrán manejar una espada y que no serán pocos.

—En cualquier caso… —le aseguró la ardilla— sabré llegar hasta ella.

Pero el capibara no quiso correr demasiados riesgos en esta ocasión, pues demasiado había conseguido ya como para que el amor dormido entre una rata y una comadreja fuera a truncar ahora sus planes, y demasiado había en juego como para dejar todas sus esperanzas descansar sobre los hombros de un solo animal, por mucho que aquel fuera el formidable Jeremiah sin Northombras el “sin cara”.

—Esta vez necesitarás ayuda —determinó entonces Jomo sin Delance— Ya lo he dispuesto todo. Irás al Soto de los Reyes —le indicó su próximo

destino— A la sombra del mismo sotorey te encontrarás con dos ratones y un jerbo que te ayudarán en esta empresa. Estarán a tus órdenes. Te están esperando. Y una cosa más —añadió cuando Jeremiah se disponía por fin a retirarse— Esta vez no seas cauteloso. Ensáñate con ella. Y que todo el mundo te vea.

—¿Ensañarme, señor?... —preguntó la ardilla que creyó no haber escuchado bien, pues nunca antes le pidieron cosa semejante.

—Si jugamos bien nuestras cartas —le explicó el capibara, para terminar— puede que la muerte de Áurea sin Stack la convierta en la primera mártir de esta guerra, y que ello acabe abriendo los ojos de sus patéticos seguidores para que tomen por ella las armas, lo cual también resultaría lucrativo para nuestro negocio.

—Entendido —terminó entonces con una reverencia el “sin cara”.

—No pierdas más tiempo —dio por concluida también la charla su señor.

Capítulo 27

27

El número de mamíferos que llegaban todos los días hasta las Cimas de Ulrrur, con la intención de unirse a la milicia del conde, no dejaba de crecer, y Lachdanan, Tebo, Esaú y su nuevo amigo Björn "el renegado" no dejaban de ver caras nuevas con cada nuevo amanecer.

La mismísima Guardia de las Cimas había dispuesto barracones en el patio del castillo para poder dar cabida a los nuevos que iban llegando, y una vez que allí ya no cupieron más, levantaron un extenso campamento en un prado colindante para así poder seguir alojando a todo el que llegase hasta sus puertas y hasta la fecha en que tendría lugar el asalto al Pico de Bravoos, hecho sin precedentes en la historia del Bosque que estaba en boca de todos y que sólo el conde Dallas sin Ulrrur sabía cuándo llevaría a cabo.

Durante todo este tiempo el conde había estado recibiendo a embajadores de las pocas casas nobles que aún quedaban en el Bosque de Arkan, para ofrecerles un lugar a su lado durante el asalto, pues si bien la cantidad de animales con los que ya contaba Dallas sin Ulrrur no eran pocos… tampoco eran suficientes para hacer frente a las comadrejas del Pico de Bravoos que se encontraban en el Roble de los Cien Años y que los superaban en número con una diferencia aún de cuatro a uno (teniendo en cuenta la cantidad de anfibios y reptiles también entre sus filas). Pero los nobles de Arkan no veían en la oferta del conde beneficio alguno, pues a diferencia de Dallas sin Ulrrur ninguno de ellos había perdido un hijo durante los enfrentamientos en la Hondonada, y les preocupaba más el coste que aquella empresa pudiera suponer para sus viejas arcas que el hecho de que la Facción de los Mamíferos la dirigiese un ratón o una comadreja. El mismo duque de Mermas fue tan explícito a la hora de expresar sus opiniones que Saia sin Ulrrur, el hijo del conde (un ratón altivo como pocos, que sólo conseguía ver a los demás si lo hacía mirando por encima del hombro y que, si bien la desgracia que deparaba el destino para la Sin de Ulrrur el día de La Masacre de la Hondonada debería haberlo ungido de humildad, el hecho de convertirse por ello en el único heredero de su padre acrecentó aún más su sabida arrogancia) lo echó del castillo de su padre con la espada en la mano; era Saia, al igual que su padre, un ratón grande como pocos, de pelaje tan oscuro como oscuras eran las ropas que vestía y oscuro su corazón, y en el que advertían todos los que con él trataban una mirada invadida por un profundo odio que nadie sabía ni cuándo ni dónde nació.

…Y mientras estos acontecimientos tenían lugar, Lachdanan y Björn invertían todo su tiempo en aprender y perfeccionar el curioso estilo de lucha de la Guardia de las Cimas, con el que ser más letales empleando el escudo como arma además de cómo objeto de defensa, en un descampado extramuros del castillo donde más de quinientos animales se entrenaban a diario. Animales, en su mayoría, que si bien se hacían llamar "milicianos del conde" no eran sino mercenarios al uso que si nunca tuvieron más motivo que un jornal para lo que ellos consideraban un trabajo, ahora, y por primera vez en sus vidas, vinculaban sus armas y arrojo a un sentimiento de honor por la mayoría desconocido. Pero insuflados de más o menos honor no dejaban de ser aquellos animales sanguinarios, más dados a pelear que a hablar, y no era cosa extraña que a menudo amaneciese algún pobre diablo acuchillado en las callejas más recónditas de las Cimas de Ulrrur. Por su parte, Esaú no había dejado a los demás muy claro a qué dedicaba él su tiempo aquellos días en que el pequeño Tebo lo hacía en perseguir a cualquier ratita presumida que lo mirase por más de un segundo (aunque fuera, lo que solía serlo, sin segundas intenciones), o que él creyese que lo estaba mirando e incluso, como diría a Lachdanan en una ocasión durante una noche de borrachera "*¡comieeendoseme con la mirada, Lach!*"; y aunque más tarde a su amigo confesaba que ("*bien mirado*" como él decía) las doncellas que vivían entre los muros de aquel castillo no le parecían tan hermosas como había esperado, al día siguiente el hurón lo sorprendía con cualquier nueva amistad asegurándole que no vería en todo el Bosque ratonas más bellas que aquellas.

Capítulo 28

28

Duncan nunca esperó encontrar a su padre en el Patio de La Unión, pero no quiso arriesgarse a que allí se encontrara y a pasar por alto aquel lugar. Sabedor del cariz que estaban tomando los acontecimientos acaecidos desde La Masacre de la Hondonada, prefirió investigar si Reginald sin Northerngem se encontraba aún entre los muros de aquel lugar.

Duncan había estado cientos de veces en el interior de aquel viejo reducto y segundo hogar de tantos reclutas de la Facción de los Mamíferos, desde el día en que su padre lo llevara por primera vez, cuando era aún tan sólo un ratoncito, hasta el día en que le pidió que huyera de allí junto con su madre y el bueno de Elías; por ello conocía tan bien todos y cada uno de los tablones sueltos, destachonados y agujeros que quedaban entre los postes de madera (por los que tan bien pasaba un ratón tan pequeño como él) de la vetusta y mellada estructura que rodeaba el fortín y que jamás nadie repararía, como decía su padre,... "*por años y años que pasen carcomiéndose su madera*".

Eran dos los sitios dentro del Patio donde el pequeño Duncan quería mirar: primero en las dependencias que su padre ocupara como instructor de los reclutas que acudían todos los años al finalizar el otoño a aquel lugar donde, estaba seguro, no esperaba encontrarlo, y segundo en las mazmorras subterráneas que no conocía tan bien porque las pocas veces que a éstas bajó fue siempre sin que su padre lo supiese; lugar en el que por nada del mundo querría hallarlo y razón por la que rogó en silencio al Rey Ciego para que allí no se encontrase.

Una vez dentro fue fácil llegar hasta las viejas dependencias del instructor de reclutas de La Unión donde el pequeño ratón comprobó que su padre, tal como esperaba, no se encontraba, lo que le provocó cierto alivio a la vez que inquietud al pensar en el segundo lugar donde quería mirar y al que no tendría que acudir si con su padre allí hubiese dado. De camino a aquel despacho, en el que tantas y tantas horas había pasado jugando por hacer compañía a su padre cuando éste tenía que verse con uno u otro representante de diferentes facciones por diferentes temas, en aquella época en que su madre los dejó a los dos solos durante una temporada para ir a ver a su familia que residía en otro bosque al otro lado de las fronteras de Cold Valley, percibió el pequeño ratón la sensación de abandono que tan rápidamente se había erigido reina del lugar y que había acallado con macabro silencio cada una de las habitaciones que había ido dejando atrás, lo que hizo que por un momento se le encogiera

el corazón, pues el Patio de La Unión habló al pequeño Sin Northerngem del triste abandono del que en aquellos tiempos era víctima mientras comprobaba el lastimero estado del lugar que fue siempre el orgullo de su padre, y que si bien nunca fue un lugar que la Facción de los Mamíferos mantuviese en perfecto estado… le pareció que entonces debía parecerse al aspecto que seguramente tendría un fortín después de haber sido sitiado y finalmente vencido: los muros en su interior regalaban la visión de poder tumbarlos con tan sólo apoyarse sobre ellos, el barracón de los reclutas estaba completamente vacío y ni siquiera seguían ahí las viejas literas, ni sus baúles ni los enseres que antaño pertenecieron a los que serían o no los futuros héroes de La Unión; mientras que el área de instrucción donde Reginald sin Northerngem enseñara a luchar a los mejores de entre los mejores se encontraba entonces sembrada de armas y partes de armaduras esparcidas por doquier, así como de gran cantidad de pergaminos que, diseminados por todas partes, pertenecieron seguramente a la vieja biblioteca a cargo del bueno de Roland, con el que había compartido tantas horas de lecturas de aventuras.

Duncan no pudo evitar un suspiro, pero abandonó el viejo despacho de su padre con determinación, enfilando el pasadizo que sabía conducía al salón de armas y de ahí a las mazmorras del fortín.

El polvo rápidamente acumulado invadía cada rincón de cada esquina de cada estancia que cruzaba, y los nerviosos chillidos de las comadrejas que lo permitían llenaban de horrendos sonidos todos y cada uno de los pasillos que atravesaba. Y fue cuando salió al exterior entre los muros este y sur para cruzar el pasillo entre el salón de armas y las escaleras que bajaban a las mazmorras, cuando Duncan pudo ver a dos de aquellas despreciables alimañas batiéndose en combate singular; entonces se detuvo y, al amparo de la baranda de piedra y madera de aquel pasillo,… observó.

"*¿Qué hacen?...*" se preguntó el pequeño ratón, cuando al instante siguiente pudo ver cómo una gran cantidad de espectadores animaban a gritos a una y a otra por igual; se encontraban aquellos otros sentados en las gradas de piedra en el área de instrucción que solía usar su padre para los reclutas durante sus clases prácticas, mientras que de las dos que lidiaban una sangraba de un profundo corte en el muslo y la otra se relamía de satisfacción. "*Están… locas*" comprendió Duncan finalmente, antes de abandonar aquel lugar para siempre y seguir su camino hasta las mazmorras subterráneas.

Había comprobado todas y cada una de las celdas; en dos de ellas encontró los cadáveres irreconocibles de dos hurones, mientras que el

resto parecían todas vacías.

—¿Pa…dre?... —se atrevió a preguntar en un par de ocasiones.

Pero la última celda que daba a las escaleras por las que volver a salir al exterior por el lado opuesto al área de instrucción, escondía en la oscuridad algo que Duncan no alcanzaba a distinguir, y aunque por su olor nauseabundo sabía que no podía tratarse de ningún ratón ni de otro tipo de roedor, fuese lo que fuese… su joven curiosidad y la falta de sentido común del chiquillo que todavía era no iban a permitirle dejarlo sin investigar.

—¿Qué eres tú?… —preguntó tan solo, a fuera lo que fuera que aguardaba en las sombras tras aquellos gruesos y oxidados barrotes, y entonces se acercó un poco más.

Pero cuanto más se acercaba a las rejas de aquella cancela, más impenetrable parecía que se volvía la negrura que la envolvía y que como si estuviese dotada de vida parecía querer engullirlo.

—Hola… —dio otro paso más, y otro, hasta el punto en que también llegó a su olfato el olor del óxido de sus barrotes…

Y de repente advirtió dos ojos flotando en la negrura de la prisión que los contenía y se sintió abstraído por aquella mirada insana, lo que provocó que ya sólo pudiera oír los latidos de su pequeño corazón, como si los vítores de las comadrejas de arriba que hasta allí lo acompañaron se hubiesen desvanecido de repente. Y entonces se acercó más, sólo un poco más… "*¿Qué eres?...*" hasta que su hocico rebasó por fin los oscuros barrotes a los que se aferró con ambas manos.

—¿Ho…

¡Y de repente los globos luminosos que lo observaban crecieron rápidamente cuando un hocico enorme y unas garras poderosas y largos bigotes se precipitaron hacia él a una velocidad de vértigo! Duncan se dejó caer hacia atrás y reculó sobre sus nalgas dos, tres, cuatro pasos hasta que fue capaz de ponerse de nuevo en pie y de un salto salir del alcance que aquella poderosa zarpa de gato era capaz de cubrir hasta donde los barrotes de su prisión se lo permitían.

—¡Por el Rey Ciego! —aulló Duncan.

Sus enormes ojos amarillos parecían escupir fuego, tenía el hocico mellado y los bigotes rotos y sus colmillos eran tan grandes como grande era el pequeño ratón. Y entonces maulló de frustración, de rabia, de incontención… y retrajo su enorme garra y reculó, desapareciendo de

nuevo entre las sombras de su celda.

Duncan sintió el corazón a punto de salírsele por la boca al tiempo que jadeaba la palabra "gato".

"*Un maldito gato. Están locos…*"

Pero ya era hora de dejar para siempre aquel lugar, y entonces dio la espalda a aquel animal huido, pensó, de la peor de sus peores pesadillas, y enfiló en dirección a las escaleras que daban afuera, mientras murmuraba "*locos, locos, locos…*" cuando de repente, ante él, harta de carcajadas, se encontró con una de aquellas alimañas.

—¿Es que te gusta jugar al ratón y al gato? —rió entonces con más vehemencia aún— Porque hoy todavía no ha comido.

Era aquella una enorme comadreja y no debió de ver en el pequeño ratón la misma amenaza que Duncan vio en ella, pues mientras éste desenvainaba ya su espada la enorme alimaña permanecía aún impasible, hierro en vaina y sin dejar de reír.

—Déjame pasar… —pidió Duncan en el mismo momento de darse cuenta de su absurda petición.

Entonces la comadreja se hizo a un lado y le dedicó una burda reverencia, señalando con una garra las escaleras mientras mantenía la otra apoyada sobre el pomo de su espada.

Y en aquel instante Duncan se acordó de su primer combate en el Bosque con el bueno de Elías. Se acordó de su madre y pensó en su padre; se dijo que aún tenía que encontrarlo. Y movido por una fuerza que no reconoció como suya, se vio de repente a la carrera en pos de aquella fea alimaña, hasta que se situó a dos centímetros de ella y, sin apartar la vista de sus ojos de pesadilla, dio un salto y se colocó sobre su pecho, agarrándose con una mano al arnés de piel del detestable animal mientras que con la otra lo ensartó con una serie de cuchilladas que no cesó hasta cubrir de rojo por completo hierro, mano y antebrazo… mientras que el que murió riendo aquel día ni cuenta se dio de qué fue lo que se lo llevó por delante.

Cuando Duncan dejó de acuchillar su cuerpo vacío de sangre, de entrañas y de vida, se concedió un segundo en el que se dijo que los combates a espada de los que hasta entonces había sido testigo y partícipe, distaban mucho de parecerse en lo más mínimo a las nobles lides que se libraban siempre entre las páginas de los cuentos con los que había crecido.

Capítulo 29

29

Pasaron por varias aldeas animales, casi todas ellas habitadas por mamíferos, en su camino hacia el Roble de los Cien Años; pasaron por Claro del Río, por la Colina Empinada y por Páramos, pasaron cerca de Ferodhyl y también de Mina de Basalto y de la Vieja Encrucijada, y cada vez que dejaban otro pueblo atrás… su número incrementaba más y más. Se les unieron todo tipo de mamíferos, grandes y pequeños, algunos armados y otros no, e incluso se les unió un grupo de insectos palo a su paso por Mina de Basalto, pues si bien se decía que aquella era una guerra tan sólo entre mamíferos (y había quien incluso se refería a ésta como un asunto exclusivamente entre ratones y comadrejas), era cierto que ésta hacía estragos para todos por igual sin hacer distinción ni de especies ni de clases. Los insectos en particular, quienes no olvidarían jamás el ataque indiscriminado que sufrieron por parte de anfibios y reptiles el día de La Masacre de la Hondonada, habían protagonizado ya varias escaramuzas contra integrantes de estas dos facciones que apoyaban a las comadrejas; se hablaba incluso de un tal Abo Mëlstat (una avispa de quien nadie sabía a qué Sin pertenecía) que llevaba un tiempo sembrando el caos y el terror en los corazones de anfibios y de reptiles por igual, con una compañía de no menos de cincuenta insectos de diferentes clases que lo seguían fielmente.

Áurea echó la vista atrás un momento para contemplar a los cientos de animales que la seguían, no era la primera vez que lo hacía.

—Seguimos creciendo… —dijo para sí.

—Y más que se nos unirán —le respondió su buena amiga Gala.

—Por qué… —se preguntó la ratona, de nuevo sólo para sí.

Y aun así Gala le respondió otra vez.

—Intentas solucionar las cosas con palabras —dijo— en una época en que la mayoría lo intenta por la espada. Eso ha cautivado a esta gente —y les echó una ojeada también la vieja Gala— Eres una heroína atípica en este Bosque.

—Pero yo no quiero ser ninguna heroína —se quejó Áurea dirigiéndose esta vez a su dama de compañía.

—¿La señorita Sin Stack?... —las interrumpió de repente la viejísima voz de otro animal, y ambas señoras se dieron la vuelta y dirigieron sus miradas a quien tan cortésmente acababa de interrumpirlas.

Se trataba de un anciano hurón de gris pelaje que se adivinaba que antaño fue castaño; tenía éste GRANDES ojeras y la mirada muy, muy cansada, había perdido la mitad de los bigotes y donde hacía años seguro que hubo músculos ya sólo quedaban huesos. Ambas ratonas lo contemplaron, perplejas, durante lo que a aquel hurón seguramente le pareció un buen rato, pues a pesar de su frágil apariencia, vestía el viejo una pesada armadura con yelmo con visera (aunque bastante abollado) y hombreras de metal, guardabrazos, codales, avambrazos y guanteletes también metálicos, además de una faldilla de tela gris que le caía de la cintura hasta la mitad de las piernas donde descubría unas oxidadas rodilleras, melladas grebas y deslustradas botas igualmente de metal. Vestía también una larga capa de color violeta (donde se preveía que faltaba un escudo de forma triangular que un día tuvo bordado) igual que las capas que vistieran años a la guardia personal del rey en tiempos del Rey Ciego.

—¿Nos conocemos?... —le preguntó Áurea entonces a modo de saludo.

—A vos… —respondió el viejo enseguida, con la galantería y delicadeza propia de los tiempos en que estaban ambientados los cuentos que de pequeña leía Áurea— todos os conocen.

—Y vos sois… —insistió la ratona, tratándolo también de vos.

—Me llamo Elder sin Descarte —les dijo dedicándoles una gentil reverencia— A vuestra disposición —y antes de que ni Áurea ni Gala pudieran añadir nada, lo hizo él…— Una vez tuve el honor de escoltar a la Reina Regenta hasta el Roble de los Cien Años, y quisiera hacer lo mismo para vos.

Tal petición cogió por sorpresa a las dos ratonas, que se miraron durante un segundo en el que Áurea asintió mientras Gala negaba con la miraba.

—¡No te fíes! —la advirtió por lo bajín su dama de compañía, apartándola a un lado ante la sorprendida y cansada mirada del anciano— ¡Podría ser un espía! ¡Querer acercarse hasta ti para…! —y entonces dejó la frase suspendida en el aire, flotando rodeada de un halo de mal presagio.

—Mi queridísima Gala —le respondió su señora también en voz muy, muy baja— Si alguien me quisiera mal creo que habrían enviado a otro más joven y con menos peso sobre sus hombros —y sin dejar que su dama de compañía insistiera más, Áurea se volvió de nuevo hacia el anciano y consintió— Está bien —le dijo— Si queréis acompañarnos el honor será

nuestro —a lo que el viejo Elder sin Descarte sonrió con satisfacción.

El viejo Elder resultó ser una compañía de lo más agradable, por mucho que la vieja Gala se negara a confiar en él y no hiciera más que mirarlo siempre con malos ojos.

—¿Qué es lo que os ha traído hasta aquí?... —le preguntó Áurea en una ocasión.

—Perdí a mi hijo en la Hondonada —le contó entonces el viejo hurón, con la mirada perdida en la cima del altozano que andaban subiendo— Ojalá hubiera estado a su lado ese día, pero como no lo estuve… camino ahora al vuestro para poner fin a esta locura.

—De haber estado en la Hondonada… —preguntó Áurea de nuevo— ¿Creéis que lo habríais salvado?

El viejo rió con melancolía.

—No —le respondió— Yo ya no soy el mismo que fui hace años. No lo hubiera salvado, no. Pero habría muerto a su lado.

Capítulo 30

30

Empezaba a hacerse a la idea de que no volvería a ver el sol, de que jamás volvería a estrechar a Bela entre sus brazos ni ver a Duncan crecer para convertirse en un gran ratón.

La oscuridad que era ama y señora en las mazmorras del Roble de los Cien Años era tal, que Reginald no alcanzaba a verse la punta de la nariz, y se preguntó si aquel lugar fue siempre tan lóbrego aún en tiempos de la Reina Regenta, o si es que las comadrejas que ahora habitaban El Roble habían diezmado su luz para así hundir todavía más en su soledad a sus reclusos. Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido desde el día en que lo encerraron, pues al principio fue fácil hacerse una idea de las horas y los días que iban pasando, pero en un lugar donde nunca entra el sol, en el que siempre te sientes hambriento y apenas duermes, pronto pierdes la noción del tiempo y te acabas preguntando si ha pasado un día o una semana desde la última vez que dormiste o te dieron algo que llevarte a la boca. Por otro lado, eran tantas las heridas que la gran comadreja le infligió y tanta la sangre que había perdido, que a veces sentía que se le iba la cabeza. Con seguridad alguno de los múltiples cortes que había recibido se había infectado en aquel lugar nauseabundo, y cuando percibió por primera vez el hedor que desprendían algunas de sus heridas destinó la poca agua que le daban a tratar de sanarlas, pero al cabo de los días la sed lo volvió descuidado. Cuando finalmente dejó de preocuparse de la infección que lo invadía empezó a sufrir fiebres por las que con frecuencia caía en un estado de sopor, y despertaba mucho después preguntándose dónde estaba; en más de una ocasión despertó gritando los nombres de su esposa, de su hijo y también el de Ars sin Stack.

De lo que Reginald podía estar seguro era de que se encontraba bajo las raíces del Roble de los Cien Años. Al principio usó eso para tratar de trazar un plan de huida, pero de ello hacía mucho ya que había desistido, aunque no sabía cuánto. De vez en cuando llegaba hasta él un lastimero gemido, ¿o era tal vez un grito?,... y en una ocasión incluso oyó a alguien reír, reír como sólo reiría un loco, y cuando esto ocurría trataba de comunicarse con el pobre desgraciado que se hallaba a uno o a cien metros de su celda, pues no había manera de saber cuán lejos se encontraba. "*¡Hola!*" gritaba en la oscuridad de su celda "*…¡¿Quién eres?!* ", pero nunca obtenía respuesta, y conforme pasaba el tiempo empezó a pensar que aquellos quejidos se encontraban tan sólo en su cabeza, pues hasta aquel día su único contacto con el exterior fue la comadreja que le pasaba un plato con comida y agua por debajo de la cancela; un animal que nunca le dirigió la palabra, y después de varios días de intentar

comunicarse, sin ningún éxito, con aquel animal,… empezó a increparlo " *¡Háblame!*" le gritó "*¡Dime algo, maldito seas!*" pero aquella nunca le respondió, mientras que el repiqueteo que el plato de metal provocaba cuando lo dejaban en el suelo y unos pasos que se alejaban (igual que si su dueño remolcase con gran esfuerzo su alma) eran la única respuesta que recibía. Y con el tiempo dejó de oír a aquel o aquella que a menudo se quejaba o gemía o hasta se reía, si es que realmente existió y no fue sólo un habitante de la locura que afincaba (estaba seguro) en su cabeza. Entonces empezó a pensar que seguramente sería él el próximo en callar para siempre entre los muros de aquellas mazmorras.

Capítulo 31

31

"*El destino hace extraños compañeros de viaje*" se dijo Jeremiah al poco de alcanzar el Soto de los Reyes.

Ethrian era un ratón alto y exageradamente delgado, tenía el pelo gris sembrado de canas, le faltaba el ojo derecho cuya cuenca vacía no ocultaba bajo ningún tipo de parche y, por aquel entonces (si no siempre, se decía Jeremiah), sorbía todo el tiempo molestamente por aquel hocico en el que ya no conservaba ni uno sólo de sus bigotes. Kaas, ratón también, era realmente grande ide hecho era enorme! y, aunque de aspecto algo bobalicón, tenía la fuerza necesaria y el ingenio suficiente para blandir una espada que doblaba en tamaño al "sin cara". Resultaba no obstante un tipo bastante agradable, entrañable incluso, alguien a quien solo conocerlo nadie pensaría en él como el despiadado asesino que era en realidad. Tenía el pelo castaño, la cara sembrada de cicatrices y le faltaba casi la mitad de la oreja izquierda y más de la mitad de la derecha; Ethrian y Kaas parecían conocerse de antiguos trabajos juntos, y fue Ethrian quien presentó a Kaas a la ardilla. Pero el más extraño de los tres era Tanos, un pequeño aunque corpulento jerbo enano a quien desde el momento mismo en que se presentaron, cuando no dio más que su escueto nombre, Jeremiah no había vuelto a oír hablar. Iba además perfectamente armado y ataviado de negros pertrechos (hechos todos ellos de metal mellado y cuero tintado de otros animales) de la punta de las orejas hasta el punto en que terminaba su media cola, pues le faltaba la mitad. Su pelo era escaso y tan negro como las partes de su armadura y nunca, nunca, miraba a nadie a los ojos. Ninguno de aquellos tres rufianes pertenecía a Sin alguna, o por lo menos eso dijeron, pues si en alguna ocasión alguno de ellos a alguna perteneció… se dijo al poco de conocerlos el "sin cara", aquello era algo que seguramente preferían ocultar al resto.

Jeremiah los encontró a los tres al pie del Sotorrey, tal como el capibara había dicho, y después de unas rápidas, cortas y desabridas pero necesarias presentaciones se pusieron en camino, siguiendo un rastro tan visible como las puntas mismas de sus hocicos, pues Áurea sin Stack y sus más de cien seguidores no podían imaginar que cuatro asesinos les iban a la zaga.

—¿Creéis de verdad que esta matanza sea necesaria?... —preguntó en una ocasión el "sin cara" al calor del fuego que compartía una noche con

los ratones, durante el turno de guardia del silencioso Tanos.

—¿Necesaria?... —repitió Ethrian— No —respondió a una pregunta que no iba dirigida a ninguno en particular, y después de eso estalló en ruidosas carcajadas a las que no tardó en sumarse su amigo Kaas— Pero eso es lo que vamos a hacer, ¿no?… —dijo cuando al fin calmó las risas a las que enseguida siguió otro sonoro y desagradable sorbo de su hocico, un sonido al que después de dos días en compañía de aquellos tres Jeremiah empezaba a acostumbrarse— Porque ese… —añadió en un último momento— es nuestro trabajo —y entonces sonrió, y lo hizo con el mohín propio del que sólo tiene buenas intenciones, y la ardilla comprendió que para aquellos animales matar no era más que una ocupación, otra forma de ganarse la vida.

—Para un sueldo de cuatro *luas* el gaznate… —aludió Kaas entonces a lo que el capibara pagaba a sus sicarios por vida arrebatada— La verdad es que no es el mejor de los trabajos.

—En eso tienes razón —coincidió Ethrian con su amigo— Pero… es lo único que tú y yo sabemos hacer.

Jeremiah sabía bien con qué clase de animales trataba; eran mercenarios y harían lo que se les mandase, lo que hiciera falta, pero aun así, se dijo, estaban a sus órdenes.

—…Yo os diré cómo —habló de nuevo la ardilla, al cabo de un rato de silencio— Y os diré cuándo —les dijo también, queriendo recordarles quién estaba al mando mientras se incorporaba para retirarse a dormir, mientras sentía que se le revolvían las tripas cada vez que pensaba en aquel trabajo, por mucho que robarle la vida a otro animal fuera algo a lo que estuviese tan acostumbrado, ya que aquello era lo que había hecho toda su vida.

Capítulo 32

32

Cuando al fin Duncan llegó a las Cimas de Ulrrur, sintió como el cansancio acumulado en el camino junto con las penas que hasta allí lo acompañaron desaparecía de repente, había llegado a su destino y se sentía de brío renovado. Sintió como si la sangre en sus venas ardiera, y notó un inquieto cosquilleo que se adueñó de las puntas de sus dedos que acariciaron con cariño la empuñadura de la espada que le robó a su mentor.

El gentío, tanto en el interior del castillo como en los prados colindantes donde cientos de animales entrenaban con espadas y escudos, hachas y lanzas, todas ellas de madera, resultaba sobrecogedor: había mamíferos de todas las clases conocidas por el pequeño roedor, los que más ratones y hurones, liebres de extraños marrones y enormes topos con largas picas; erizos, martas y castores. Todo el mundo allí parecía conocer muy bien su cometido, cuando de repente un gigantesco perro de la pradera pasó por su lado y casi lo arrolla al no percatarse de su pequeña presencia.

—Disculpe… —lo llamó el ratoncito apartándose de un salto. Al principio el perro miró a su alrededor, pero sin llegar a ver de dónde provenía aquella vocecilla; miró a izquierda y a derecha, y también detrás suyo, hasta que Duncan insistió— ¡Señor! —y por fin aquél bajó la vista al suelo.

—¿Sí? —respondió con voz atronadora.

—¿Sabe dónde se encuentra la oficina de reclutamiento?

—El conde ya ha cerrado filas —le informó aquél— Ya no aceptan a nadie más.

—¿A nadie?... —preguntó incrédulo el pequeño ratón, deseoso de haber entendido mal a aquel enorme animal.

—A nadie —le corroboró el perro, y sin mediar más palabras siguió su camino, dejando a Duncan solo de nuevo.

"*Pero yo tengo que estar aquí…*" se dijo el pequeño ratón en aquel instante, "*¡Aquí! ¡Éste es mi lugar!*" pues tan sólo ansiaba luchar, vengar la muerte de su madre y limpiar el nombre de su padre, y hacer que Elías,

si es que algún día volvía a verlo, se sintiera orgulloso de él.

—Y ahora qué… —se preguntó.

Y dejó sus enseres en el suelo a sus pies, su pesada espada que venía cargando tanto tiempo, y observó en derredor. De no ser tantos animales como veía milicianos del conde, se dijo, sintió que no podría fiarse de ninguno de ellos, aunque tampoco, recapacitó inmediatamente después, pensaba confiar en ninguno de ellos… ¡Y de repente algo inmenso lo empujó por la espalda y fue a dar de bruces al suelo!

Tal vez después de todo aquel no fuera lugar para él, pensaba el pequeño roedor cuando otro roedor enorme le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—Perdona —se disculpó al tiempo el larguísimo animal— No te había visto.

—No pasa nada —mintió el ratoncito que empezaba a sentirse como el enano indefenso entre gigantes armados de uno de sus cuentos de cuna.

Entonces le dio la mano, tiró de ella y se irguió, se expulsó el polvo del pelo y levantó la vista… ¡y se encontró con los ojos infames de una comadreja!

—¡Por el Rey Ciego! —bramó Duncan, alarmado, buscando con la mano la empuñadura de su espada que en ese instante no colgaba de su cintura… ¡y entonces, desprovisto de acero, sin más se lanzó sobre ella!

¡La mataría desarmado si fuese preciso!
¡Utilizaría uñas y dientes!
¡Las comadrejas habían llegado a Ulrrur!

—Quieeeto… —se interpuso de pronto un hurón que, con un hábil movimiento de su cuerpo, colocó al pequeño Duncan a espaldas de la comadreja cuando ya casi la tenía. Enseguida el ratoncito se dio la vuelta, decidido a enfrentarse a los dos si hiciera falta— Björn es amigo —habló de nuevo el hurón al que de repente se le unieron dos ratones, uno de tamaño tan pequeño como él, al que le faltaba la mitad de su oreja izquierda, y otro más grande con un parche en un ojo.

—¡Es una comadreja!… —pronunció incrédulo el pequeño Sin Northerngem, preguntándose si es que acaso aquellos tres estaban tan ciegos como el último rey del Bosque, o si es que eran víctimas de algún extraño sortilegio por parte de aquella vil alimaña.

Al oír estas palabras la comadreja se echó una capucha encima y se alejó

refunfuñando.

—Ya se le pasará —habló de nuevo el hurón— No eres el primero ni tampoco serás el último que lo ofenda por ser lo que es.

—¿Y está con el conde Ulrrur? —quiso saber el ratoncito.

—Todos lo estamos —respondió el hurón— Igual que tú, supongo.

—Claro… —mintió Duncan de nuevo.

—¿Esa espada es tuya? —le preguntó entonces el pequeño de los dos ratones que acompañaban al hurón, señalando el arma en el suelo. Duncan asintió con la cabeza— No dejan entrar armas aquí —apuntó después.

—Nadie me ha visto entrarla —dijo Duncan por una vez la verdad.

—Vaya… Yo diría que eso es una habilidad —intervino de nuevo el hurón con una sonrisa de oreja a oreja, comentario que también hizo sonreír al pequeño Duncan— Yo soy Lachdanan —se presentó a continuación— Y ellos son Tebo y Esaú —señaló después a los dos ratones— La comadreja es Björn.

—Me llamo Conno-Nor —pronunció de vuelta a las mentiras el pequeño Sin Northerngem— Conno-Nor sin Trancos.

—Pues será mejor que recojas esa espada Conno-Nor sin Trancos —le aconsejó Lachdanan— …antes que nadie la vea. Puedes venir con nosotros si quieres —lo invitó después, y entonces los tres amigos continuaron su camino, seguidos ahora por un nuevo integrante.

Pasaron el resto de la tarde y buena parte de aquella noche bebiendo en *El Gato y la Doncella*, práctica a la que Duncan no estaba nada acostumbrado, y razón por la que no recordaba en qué momento dejó caerse con la cabeza completamente embotada sobre aquel cómodo lecho de paja.

Hasta que de repente Lachdanan lo despertó…

—En pie —le propinó un suave empujón con la punta de su bota.

—¿Qué ocurre?... —quiso saber el pequeño ratón mientras los primeros rayos del sol que se colaban por una claraboya encima suyo se le clavaban

en los ojos, atacándole la vista, obligándolo a mantenerlos cerrados.

—Nos vamos —anunció el hurón— Marchamos contra el Pico de Bravoos.

Capítulo 33

33

La gran comadreja despidió con la mirada a su emisario negro en el mismo instante en que Alas sin Varka entraba en su estancia privada, se arrodillaba ante él, clavaba la vista en el suelo a sus pies y aguardaba en silencio.

—Alas —pronunció al cabo de unos instantes Jona sin Bravoos, igual que si hubiese estado platicando con la musaraña hacía un rato— Ha pasado mucho tiempo.

—Hemos estado esperando, señor —respondió la aludida sin alzar todavía la mirada.

Jona comprobó que los años no habían tratado bien a la vieja musaraña, al menos desde que su padre requiriera sus servicios por última vez. Su pelo aunque aún negro como la noche escaseaba como el sol en invierno, lucía más cicatrices que antaño, le faltaba una oreja y la mitad de la cola, vestía pertrechado de negro de la punta del hocico a los pies y seguía oliendo igual de mal que siempre.

—Levanta —le ordenó la comadreja entonces— Y acércate —fue al grano.

La musaraña alzó al fin la vista y la posó sobre una comadreja a quien la última vez que vio era sólo una cría malcriada, y con paso firme se acercó hasta el que ahora mandaba con garra de hierro la Sin de Bravoos; sobre su mesa de piedra tenía extendido un amplio mapa que abarcaba por completo el Bosque de Arkan.

—Mis espías informan que Dallas sin Ulrrur marcha con su milicia ya contra nosotros —le informó la comadreja.

—Tengo entendido que los superamos en más de cuatro a uno, señor —opinó Alas sin Varka.
—Aun así quiero una victoria rápida —fue franco Jona sin Bravoos, a quien Alas recordaba igual de claro y tajante cuando todavía era tan sólo una cría— Tendrás que diezmar sus filas. Aún tardaran varios días en llegar —apuntó— Tus musarañas y tú los emboscaréis aquí, aquí y aquí —dictaminó señalando sobre el mapa tres localizaciones que la comadreja tenía reseñadas en rojo.

Alas sin Varka asintió con la cabeza.

—Elegiré a mis mejores musarañas para cada uno de los asaltos.

—No —fue claro de nuevo la comadreja— Iréis todas.

El viejo general de los varkos del Mar de Espinos pensó que mandar a todos sus soldados en cada emboscada era totalmente innecesario.

—Si los emboscamos con todas nuestras fuerzas al completo —se atrevió a aconsejar la musaraña a la comadreja— Después de tres asaltos… casi no quedará nadie para cuando alcancen el Roble de los Cien Años.

—Y espero que así sea —respondió Jona estudiando con la mirada (como si viera por primera vez) un mapa que conocía demasiado bien— No busco la gloria con esta guerra —se explicó después dedicando a la vieja musaraña su fría mirada— Tan sólo quiero restaurar el gobierno de las comadrejas y de mi familia que por derecho nos pertenece, y cuanto antes lo consiga, mejor.

—Entonces no hay más que hablar —acató sus órdenes Alas sin Varka asintiendo una vez más con la cabeza.

—Entonces ve —ordenó de nuevo la comadreja rubia— Ve y mata. Mátalos a todos.

Capítulo 34

34

Aquellos animales que tan fielmente seguían a Áurea sin Stack hasta el Pico de Bravoos bien podrían ser, calculó el "sin cara" erguido sobre el altozano en el que se habían reunido aquella mañana (a menos de medio kilómetro de distancia de la hermana del senescal muerto y sus animales), entre cien y ciento cincuenta, "*tal vez más…*" se dijo observando reunidos a tantos roedores además de varios grupos de insectos diseminados entre tanto animal con pelo. Se trataba, en su mayoría, de hembras, crías y ancianos, pero como apuntara el capibara había entre ellos también muchos animales jóvenes que iban además muy bien armados; algunos de ellos con armadura incluso, y ellos sólo eran cuatro.

—Yo me ocuparé de la hermana del senescal muerto —informó Jeremiah a sus tres subalternos— El capibara así lo quiere.

—Estamos. Perdiendo. El tiempo —opinó entonces Ethrian, sentado a sus pies en aquel montículo de tierra y hierba, al tiempo que afilaba su espada con una piedra y cuyo sonido al rozar contra el metal comenzaba a impacientar a su camarada Kaas y al enigmático Tanos—… ¿A qué estamos esperando?

Pero Jeremiah no se decidía aún a dar la orden.

—Cargaremos primero contra aquellos que van armados —rogó más que ordenó, aunque ninguno de los otros tres captó en el tono de su voz su súplica— Dejad a las hembras, crías y ancianos para el final —dijo esperando que le hicieran caso y que aquello diera a los más indefensos tiempo suficiente de huir— Y, sobre todo, sed rápidos —fue realmente su única orden cuando Ethrian, harto ya de tanto esperar, se puso al fin en pie a la vez que Kaas calentaba los brazos segando el aire con su acero una y otra vez y Tanos asentía y escupía al suelo— Adelante.

Cubrieron los cientos de metros que los separaban de aquella multitud en apenas tiempo y rompieron entre su gente espada en mano repartiendo muerte a diestro y siniestro; y para pesar de aquel al que llamaban el "sin cara", incumpliendo sus órdenes, sin hacer ninguna distinción entre animales jóvenes o viejos, armados o desarmados, machos o hembras, adultos o crías…

Kaas aporreaba con su espada haciendo saltar los sesos de cualquier animal que se interpusiese entre él y su próxima víctima; tenía la cara manchada de rojo y no paraba de reír y de sacar la lengua ante cada

nueva salpicadura de sangre, sumido en un estado de excitación provocado por su ansías asesinas. Por su parte Ethrian mataba con una precisión extrema, clavaba su acero limpiamente en los corazones de sus objetivos y, antes de que estos tocaran el suelo, ya había ensartado a otro, y a otro, y a otro… y entre muerte y muerte tenía tiempo incluso de limpiar con su capa la sangre con la que daba de beber al filo de su espada cada vez que la recuperaba de las entrañas del último desgraciado al que había robado la vida, y después de eso se observaba reflejado en ella, igual que una princesa presumida no deja de mirarse en un espejo, antes de volver a pringarla de rojo. Pero de los tres, aquel que conseguía poner los vellos de punta a Jeremiah era Tanos, quien aparecía y desaparecía de su vista como si fuera un fantasma, y cada vez que lograba localizarlo de nuevo veía como los animales a su alrededor caían fulminados a sus pies, igual que si en lugar de una espada blandiese una guadaña.

Por un instante el "sin cara" se sintió perdido.

—No hay ningún honor en esto… —musitó para sí cuando notó de nuevo cómo su corazón ardía y cómo su calor, una vez más, lo situaba próximo de aquellos que estaban muriendo y no de un capibara con ansias de poder y riquezas.

Y entonces por fin distinguió a la que su instinto le decía que tenía que ser Áurea sin Stack y no otra, aquella que de rodillas se abrazaba al cuerpo sin vida de una enorme y vieja ratona, mientras rogaba a todos a su alrededor que huyeran en dirección a la espesura del bosque.

Jeremiah corrió hacia ella sin matar a nadie en su camino, sino apartando a empellones a la muchedumbre que se le interponía, hasta que al fin se plantó enfrente de la hermana del senescal asesinado, y entonces tomó una decisión:

—¡Ven conmigo! —le tendió la mano. Pero la ratona dudó, pues no conocía a aquella ardilla a la que no podía ver la cara— ¡VAMOS! —le gritó esperando que reaccionara, y ante su falta de reacción finalmente la asió de la muñeca y la obligó a ponerse en pie, instante en que, de nuevo, Tanos aparecía por detrás de ella como el fantasma que la ardilla empezaba a pensar que realmente era.

Del acero de Tanos se desprendía el cuerpo sin vida de un viejísimo hurón fuertemente armado.

—Elder, no… —murmuró Áurea abatida cayendo a los pies del hurón muerto.

Entonces el jerbo observó a la ardilla con un deje de decepción en su mirada, Áurea observó a ambos confundida, y Jeremiah no se lo pensó

dos veces cuando de súbito cargó con su arma en ristre contra el que de repente se había convertido en su enemigo.

—El capi… —comenzaba a decir el jerbo en el instante mismo en que la ardilla se lanzó contra él, pues Jeremiah no debía permitirle hablar y revelar el propósito al que acababa de renunciar delante de Áurea sin Stack si lo que pretendía ahora era sacarla de allí.

Pero Tanos no lo vio venir, y para cuando quiso defenderse de la finta de aquel al que hasta hacía sólo un instante consideraba su comandante, un hilillo de sangre le asomaba ya del gaznate por el que resbaló como un torrente de vida que se le escapaba y que le manchaba de rojo el pecho. Entonces el enigmático jerbo entornó los ojos y parpadeó una, dos, tres veces; aún con la vista clavada en Jeremiah, negó después un momento con la cabeza y al segundo siguiente se desplomó a los pies de su verdugo, ahogando en su garganta anegada las últimas palabras con las que estuvo a punto de delatar a la ardilla pero que ya no pudo pronunciar.

El “sin cara” observó rápidamente a su alrededor, buscando con la mirada a los otros dos que no tardó en localizar abriéndose paso entre un mar de cuerpos; la mayoría de aquellos animales no eran rival para aquellos dos asesinos que se paseaban por el campo de la muerte como la muerte misma con su manto y su guadaña, y hasta los más jóvenes y mejor armados sucumbieron también. La ardilla nunca olvidaría aquel aciago día, así como tampoco la experiencia con la espada de los mercenarios del capibara.

—Vámonos… —le ordenó el “sin cara” a Áurea sin Stack entre cacofonías de gritos y lamentos, antes de que Ethrian o Kaas tuvieran oportunidad de verlo; pero la ratona aún no reaccionaba, y entonces la asió de la mano de nuevo y tiró de ella, alejándola de allí mientras arrastraba los pies sin dejar de contemplar los cuerpos sin vida de sus amigas Gala y Mira, que la despedían desde el suelo con la mirada fija en el infinito.

Capítulo 35

35

El mismo día en que partieron de las Cimas de Ulrrur los sorprendió una tormenta como hacía años no se veía en el Bosque de Arkan, y continuó lloviendo durante dos días más después de que abandonaran el castillo. El terreno que pisaban era entonces un lodazal, salpicado aquí y allá de enormes charcos de agua turbia, mientras el barro se pegaba a las suelas de las botas de los que las llevaban tanto como a la planta de las patas de los que no calzaban, ralentizando enormemente la marcha. Y de repente, al tercer día, el sol los sorprendió, radiando como nunca sobre las copas de los árboles que abrazaban desde ambos lados el camino, secando lentamente el terreno y trayendo con ello un sinfín de aromas pertenecientes a un sinfín de flores, frutas y frutos diferentes que se secaban también con su calor.

—Aún no he tenido ocasión sincera de darte las gracias —se confesó Björn con Lachdanan, aprovechando el momento en que pisando terreno cada vez más seco la marcha resultaba mucho menos forzada.

Al hurón su sinceridad lo cogió por sorpresa.

—¿Las gracias?...
—Por creerme —le aclaró la comadreja encapuchada— El otro día en aquella taberna. Con aquel perro.

Entonces Lachdanan rompió a reír, aunque enseguida detuvo su júbilo, se puso serio de nuevo y le dijo:

—La verdad es que aún no sé si creerte —se sinceró Lachdanan también con Björn— Pero decidí que aquel perro no tenía razón.

Curiosamente la respuesta del hurón agradó a la comadreja, y le preguntó:

—¿Asuntos pendientes con los perros de la pradera?

Entonces Lachdanan volvió a reír, más si cabe que hacía sólo unos segundos.

—Con todas las especies, de hecho —le respondió— Pero nada personal.

Y Björn se unió a sus risas… cuando de repente Conno-Nor, que caminaba justo detrás de Lachdanan, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo

entero, de la punta de las orejas a la punta de los pies.

—Puedo… olerlos… —dijo, y aunque en un principio sus palabras no buscaron quien escuchase, llegaron a oídos de Tebo quien marchaba distraído a su lado.

—Yo también puedo oler multitud de cosas —aportó el ratón de oreja y media su particular opinión— Pero preferiría que no hubiese llovido tanto —y entonces contempló el barro que le llegaba hasta las rodillas— ¡Resulta engorroso!

—Puedo olerlos —repitió Conno-Nor— ¿No lo notas?...

—Que si no noto… El qué… —preguntó sin ningún interés el ratón ladrón.

Y al ver que éste no esperaba una respuesta, sino más bien que se callara, Conno-Nor se adelantó unos pasos y se situó al lado de Lachdanan. El hurón le dedicó una mirada y atisbó cómo el pequeño ratón observaba con desconfianza a la comadreja antes de dirigirse a él:

—¿Tú no lo hueles?...

—¿Qué es lo que tengo que oler? —se extrañó el hurón, demostrando al contrario que su camarada desorejado interés real por lo que la cría de ratón le contaba.

—Ese olor nauseabundo —respondió el pequeño Conno-Nor— ¡Por el Rey Ciego! —clamó después, y entonces salió corriendo a la carrera, en dirección al principio de la larga fila de animales que formaban la milicia del conde Ulrrur, conocidos por unos como “los osados” y por otros como “los renegados”, según a quién se le preguntase, y que atravesaban, desde hacía ya tres días, el bosque de punta a punta en dirección al Pico de Bravoos.

—¿Qué le ocurre a ese crío? —se quejó Tebo enseguida.

Pero no hubo tiempo de indagar sobre las razones que podría tener el pequeño Conno-Nor para salir corriendo de aquella manera, cuando un murmullo, al principio leve pero que fue creciendo de forma paulatina, los sobresaltó. Todos podían oírlo,… y Lachdanan creyó distinguir un apestoso aroma que envenenaba el aire a su alrededor.

—Yo también puedo olerlo… —dijo entonces para nadie el hurón.

Se había hecho el silencio entre las filas del conde y la marcha se había detenido, y tan sólo el creciente arrullo, además de aquel aroma pestilente, parecían mantener ocupados todos los sentidos de cada uno de los animales allí presentes, y de repente… ¡las musarañas cayeron sobre

ellos desde ambos lados del camino, como el torrente de un río embravecido tragándose el sendero por el que cruzaban!

—¡MUUUSAAARAAAÑAAAS! —bramó alguien cerca del grupo de amigos, mientras todos se apresuraban a desnudar sus armas para presentarse a una batalla que de hecho ya había comenzado.

Muchos cayeron víctimas de la sorpresa antes de poder desenvainar, pues las musarañas saltaron sobre ellos impelidas por un frenesí rabioso, blandiendo en ambas garras hachas, martillos, mazas o picos, y el que dudó un instante dudó por última vez.

Lachdanan, Tebo, Esaú y Björn formaron un círculo uno al lado del otro, protegiéndose las espaldas al tiempo que repartían de su acero a diestro y siniestro; a la vez que el hurón, de repente inquieto, trataba de localizar con la mirada a su pequeño nuevo compañero quien al salir corriendo había desaparecido entre un mar de sangre y barro.

Las musarañas mataban a golpes y no a tajos, abollando armaduras, aplastando miembros y abriendo cabezas. De tanto en tanto Lachdanan echaba mano de su ballesta, siempre que veía que podía ayudar a algún otro que se encontraba demasiado lejos… ¡Pero lo que no lograba era encontrar al pequeño ratón!

—¡Diantres!

—¡Lach! —lo avisó Tebo de pronto, y a tiempo estuvo de perder lo que guardaba en el garguero de no ser por su menudo amigo, cuando por un tajo de la espada del ratón una musaraña cayó sin cabeza a sus pies— ¡Ten más cuidado! ¡¿Quieres?!...

—¡¿Has visto a Conno-Nor?!... —le preguntó el hurón, pero no obtuvo respuesta.

Había sacado Björn del abrigo de su capa por primera vez sus armas, dos enormes cuchillos con los que segaba ojos, hocicos y gaznates; con su altura y por el reducido tamaño de las musarañas no hería la comadreja a ninguna por debajo del pescuezo, y las que de él lograban huir lo hacían ciegas o con el rostro bañado en sangre. Viéndolo luchar, Esaú rogó al Rey Ciego por que las comadrejas del Pico de Bravoos no fuesen tan letales, mientras hería siempre de muerte a toda alimaña que osase entrar en el radio de acción de su espada.

La batalla se prolongó por más de media hora, pues daba la impresión de que las musarañas no dejaban de aparecer, pero al cabo fueron cediendo y finalmente se retiraron de vuelta a la espesura a ambos lados del camino. Aunque la mayoría de los animales que alimentaban el lodazal pertenecían al enemigo, las bajas entre las filas del conde Ulrrur no fueron

pocas, debido al factor sorpresa que aquel día batalló del lado de las musarañas que rendían pleitesía a las comadrejas del Pico de Bravoos.

Minutos más tarde Lachdanan halló al pequeño Conno-Nor. Se encontraba éste sentado en el suelo entre un maremagno de animales muertos, abstraído y cubierto de sangre y barro de las patas a las orejas, y el hurón liberó un largo suspiro demasiado tiempo contenido, al ver por fin a la cría de ratón de una sola pieza.

—…¿Te encuentras bien? —le preguntó al tiempo que envainaba a *Perdición* y a *Cobravidas*.

—No pude avisarlos a tiempo —le respondió el chico.

—Lo que tú digas —le concedió el hurón— Pero no vuelvas a separarte de mi lado.

Capítulo 36

36

Alas sin Varka clavó la rodilla en tierra en las dependencias de Jona sin Bravoos en el piso más alto del Roble de los Cien Años, mostrando pleitesía hacia un animal de quien creía que no la merecía, pero de quien ansiaba todas sus riquezas.

—Levántate —le ordenó la gran comadreja, y la musaraña hizo lo que le mandaron, guardando mucho de no cruzar su fría mirada con la de su señor— Y cuéntame —ordenó otra vez el señor del Pico de Bravoos, a la vez que también él se ponía en pie y se alejaba unos pasos de su recio trono de piedra.

—Los cogimos por sorpresa —le explicó entonces Alas sin Varka a la comadreja rubia— Como era de esperar.

—¿Cuántas bajas? —fue al grano Jona sin Bravoos.

—Pocas. Apenas unas decenas —prosiguió su relato, henchido de orgullo, el general de las musarañas de los varkos del Mar de Espinos— Pero todas cayeron con orgullo y valor ¡clamando vuestro nombre antes de morir! —decidió exagerar absurdamente la muerte de sus musarañas caídas, de las que muchas desconocían incluso el nombre de por quién luchaban.

—No me importan las musarañas muertas —lo sorprendió entonces con esta declaración la comadreja, para preguntarle a continuación— Lo que quiero saber son las bajas entre los milicianos del conde.

—Cientos —respondió ahora escuetamente la musaraña, de repente atacada por un amargo sabor de boca.

—Esa es una respuesta muy amplia.

—Quinientos —valoró entonces Alas sin Varka— Tal vez.

—Bien —se mostró por fin complacido el señor del Pico de Bravoos—Ahora vete y prepara la segunda emboscada —le ordenó finalmente— Tal cual te lo expliqué.

—Señor… —hincó una vez más la rodilla en tierra Alas sin Varka, antes de retirarse.

Una vez la alimaña abandonó la estancia, de las sombras que abrazaban las angostas esquinas de la cámara de la gran comadreja, igual que una aparición repentina, surgió una escuálida figura de negras plumas con las que se cubría igual que si estas fuesen su capa.

Entonces Jona sin Bravoos regresó a su trono, donde se sentó y suspiró y desde el que preguntó:

—¿Cuántos, Corv?

—No tantas, mi señor —fue claro el cuervo— A lo sumo doscientos. No más.

—¿Qué es lo que has visto desde las alturas? —le preguntó otra vez su señor.

—Que son un enemigo fuerte. Difícil de doblegar.

—Eso es porque luchan con un propósito —reveló entonces sus pensamientos y temores la comadreja— Porque luchan por un ideal. Al contrario que las musarañas, que lo hacen sólo por dinero, y que no sienten nada.

Capítulo 37

37

Deambularon largo rato sin rumbo por las entrañas de un bosque que de repente se le antojaba oscuro, el más oscuro de cuantos conocía, mientras vagaba con la mente enfrentada a pensamientos aciagos sobre quién podría haber ordenado algo así, y a ratos le asaltaban las lágrimas y sentía que su corazón ardía por la tristeza que sentía, por la rabia en que aquella tristeza tan rápidamente se transformaba y por el miedo a los que tales sentimientos la atenazaban, hasta que de repente se detuvo, se dio la vuelta y se fijó en la ardilla que la seguía y le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Jeremiah —le respondió la ardilla.

—No recuerdo haberte visto antes —dijo después la ratona en un tono que hizo dudar al "sin cara" si se refería a que no lo había visto durante los días que llevaba de peregrinaje con sus seguidores de camino al Pico de Bravoos, o si es que de repente había olvidado que había huido con él.

—Me uní a vosotros a vuestro paso por el Arroyo Blanco —optó por responder la ardilla, sin saber siquiera si la ratona había pasado por allí —Eran muchos los que te seguían —aludió después, como único argumento válido a que la ratona hubiera pasado por alto su presencia.

—Y ahora sólo quedamos dos.

—Otros habrán logrado huir también —trató de animarla Jeremiah, siendo aquella la primera vez desde que huyeron en que intercambiaban por fin palabras.

—Por el Rey Ciego —se lamentó Áurea sin Stack también por primera vez en voz alta, dotando a sus pensamientos de una voz quebrada por el fuerte nudo que le agarraba la garganta— ¿Quién puede haber ordenado algo así?...

Esta vez, por no tener que mentir de nuevo, el "sin cara" prefirió no responder.

Y en ese instante el retumbar de miles de patas pisando al unísono el suelo bajo sus pies, el tintinear de cientos de armaduras y de espadas y de hachas rebotando contra cada armadura a cada paso de cada animal armado, así como las voces, risas y jactancias propias de los soldados que

marchan, atrajeron su atención,… y Áurea y Jeremiah dirigieron sus miradas en la dirección que el viento utilizaba para llevar hasta ellos tan estruendoso caminar.

—¿Quiénes son?... —le preguntó Áurea a la ardilla.

Al “sin cara” no le costó identificar a los andantes.

—Ese es el conde Ulrrur y sus huestes. Se dirigen al Roble de los Cien Años en el Pico de Bravoos. Van a luchar.

La ratona se quedó observando a los miles que marchaban a través del Bosque, y quedó embelesada por la majestuosidad de tan gran ejército, sentimiento que enseguida mutó en la pena que le produjo pensar en cuántos de aquellos animales no regresarían jamás a sus hogares. Y por un instante que duró menos de lo que tardó en exhalar su siguiente suspiro, a Áurea le pareció ver a su hermano entre los soldados del conde, pues de repente atisbó entre lanzas, capas y armaduras un rostro familiar, aunque marchito, que al momento de aparecer se desvaneció al segundo siguiente, susurrándole la idea de que sólo podía ser una aparición o una broma macabra del destino. La ratona pensó que sufría alucinaciones.

—Morirán cientos —pronunció entonces, negándose a sí misma haber visto a quien estaba segura que su imaginación acababa de mostrarle.

—Morirán miles —opinó la ardilla.

—Entonces tenemos que ir al Pico de Bravoos —retomó de repente Áurea sin Stack el propósito que la movía hasta hacía sólo unas horas— ¡Tenemos que evitarlo!

—No es una buena idea... —trató de persuadirla enseguida la ardilla.

Pero la hermana del senescal asesinado había tomado una decisión.

—Y yo no te pido que me acompañes.

Capítulo 38

38

Aún sufrieron otra emboscada más aquella aciaga mañana de diciembre que dio la bienvenida, con gruesos copos de nieve y fuertes corrientes, al primer día de un invierno aquel año por todos los animales del Bosque temido.

Aquel día, antes de que el sol acabara con los últimos retazos de oscuridad aún ocultos entre las rocas, bajo los árboles, al amparo de grandes paredes montañosas o a ras de tierra bajo doseles de espesa vegetación, las musarañas cayeron sobre ellos a su paso por el Desfiladero de Vallenshield. Era éste un estrechísimo paso de altas paredes de roca natural, el único practicable para que un ejército de tal magnitud pudiese cruzar por encima del bravo Río de las Bocas de Dragón y llegar hasta el Prado de Secuoyas, en el que desembocaba, y de ahí al Pico de Bravoos; a más de un centenar de metros por debajo de todos y cada uno de los soldados del conde, que formaron en filas de a dos con tal de poder pasar sin más complicaciones, las diminutas flores rojas y amarillas que cedían a las aguas de aquel río su nombre crecían por doquier, dispuestas en racimos, negándose a desaparecer por la llegada del invierno, mientras a su alrededor el agua discurría a gran velocidad en dirección de vuelta a las Cimas de Ulrrur. Más allá, "*al fin*" llevaba tiempo murmurando Tebo, hallarían el Roble de los Cien Años y se enfrentarían a Jona sin Bravoos y a sus comadrejas, además de cada uno de ellos (ratones, hurones y ardillas los que más, unos pocos armadillos, perros de la pradera, conejos y liebres en gran cantidad, zorrillos, mapaches y tejones, y también topos y puercoespines, además de martas y castores y demás pequeños mamíferos, en su mayoría roedores que formaban la milicia del conde Ulrrur) con su destino particular durante la batalla que estaba por venir.

Y fue en ese preciso instante cuando, de repente, las musarañas cayeron nuevamente sobre ellos, igual que si al aterrizar fuesen a hacerlo sobre una tupida pradera y no sobre un millar de puntas de lanzas.

Pero aquella segunda emboscada fue la última que obrarían, y fue tal la cantidad de animales que de repente se hallaron luchando codo con codo y cara a cara en tan angosto lugar, que murieron por cientos; pues casi no había cabida siquiera para maniobrar con las armas que blandían la mayoría, fueran espadas, lanzas o manguales. Las hachas (si eran estas de una mano o lo suficientemente pequeñas) resultaron ventajosas; los arcos fueron del todo inútiles, y los que mejor se desenvolvieron fueron los cuchilleros, sobre todo si eran estos pequeños roedores a los que

llamaban cortabolsas por aquello a lo que se dedicaron toda su vida antes de alistarse en tan arriesgada empresa.

La matanza duró cerca de una hora, pero se eternizó de tal manera que muchos de los pocos que sobrevivieron hubieran jurado que lucharon durante días. Y al concluir, entre el maremagno reinante de cuerpos de animales aplastados, pisoteados, muertos la mayoría a manos de otros animales que optaron por soltar sus largas e inútiles armas para emplear sus garras desnudas con las que retorcer a sus enemigos, arañando y extirpando de cuajo, hundiendo sus dedos sanguinolentos en los ojos de sus adversarios, arrancando con sus mismas fauces las orejas y hocicos de los otros… hallaron las musarañas el cuerpo sin vida de Alas sin Varka. Aquel mismo día el cadáver, casi irreconocible, del general de las musarañas de los varkos del Mar de Espinos fue llevado ante la gran comadreja, y ésta ya nunca ordenó llevar a cabo la tercera emboscada que tendría que haber tenido lugar en el Prado de Secuoyas, antes de la batalla final.

Dos días después, los milicianos del conde Ulrrur, con éste al frente, llegaron al pie del Roble de los Cien Años y levantaron un campamento.

Capítulo 39

39

Desde el momento en que se cruzaron con ellos, Áurea y Jeremiah siguieron los pasos del conde Ulrrur y sus animales pero manteniendo las distancias, de manera que si los milicianos del conde recorrían un camino… la hermana del senescal asesinado y el "sin cara" lo hacían por otro colindante. No obstante la ardilla y la ratona avanzaban más deprisa que cualquier batallón y, aunque cruzaron el Río de las Bocas de Dragón por su parte más baja, alcanzaron el otro extremo antes que la milicia, hallando a éstos enzarzados en una cruenta batalla en el mismo desfiladero que cruzaba el río por arriba y que por su angostura, se estaba cobrando la vida de cientos de animales de uno y otro bando.

—Tenemos que darnos prisa —murmuró Áurea sin Stack sólo para sí mientras contemplaban, desde la entrada al Prado de Secuoyas, la batalla que se estaba librando en el desfiladero.

—Para que cuando lleguemos nos corten la cabeza —añadió el "sin cara" con total convicción.

—No. No lo harán —dijo la ratona dirigiéndose esta vez a la ardilla, aunque sin mirarla— Conozco a la gran comadreja —aseveró— desde mucho antes que hiciera llamarse así, y querrá escuchar lo que tengamos que decirle.

Pero Jeremiah no compartía tanta seguridad.

—¿Quién crees que mandó asesinar a tu hermano?... —se atrevió a preguntarle entonces.

Pero Áurea fue tajante, desvió definitivamente su atención de la batalla en el desfiladero, se fijó en la ardilla y se reafirmó:

—Nos escuchará.

Jeremiah sabía que no podría persuadirla y temía que, de llegar al Roble de los Cien Años, la gran comadreja lo reconociese y revelase a la ratona su antigua afiliación, aquella a la que acababa de renunciar al decidir tomar partido en el bando que ahora consideraba el correcto. Llegado el momento, se dijo entonces, y aunque lo que tenía en mente era algo a lo que era totalmente reacio, se quitaría la capucha y mostraría la cara ante la gran comadreja y aquella ratona; pues la primera, como la mayoría de los animales del Bosque, desconocía su rostro y tal vez, sólo tal vez, llegó

a la conclusión entonces, mostrar la cara sería la forma de pasar desapercibido en esta ocasión.

De esta forma, Jeremiah y Áurea siguieron su camino adelantando por primera vez a los milicianos del conde, atravesando el Prado de Secuoyas que nacía a continuación del Río de las Bocas de Dragón donde los jacintos de agua que bordeaban los últimos tramos del río iban desapareciendo, poco a poco, mientras las altas copas de los inmensos árboles que con su nombre cobraban su protagonismo en aquel lugar apagaban, poco a poco también, la luz del día que la ratona y la ardilla no volverían a ver hasta haber atravesado por completo aquel tramo del Bosque.

Tras ellos, los ecos de la batalla que con los años bautizarían como la de Vallenshield fueron mermando hasta convertirse en tan sólo un susurro, bien por la prisa con que la ardilla y la ratona impelían a sus patas, bien porque seguramente cada vez eran menos los animales que allí quedaban en pie. Y cuanto más se adentraban en el Prado de Secuoyas, más era el silencio que los rodeaba, pues aquella parte del Bosque parecía abandonada, dado que tan cerca se encontraban ya del Pico de Bravoos que los animales que habitaron las secuoyas prefirieron emigrar a otros rincones menos conflictivos del mismo Bosque de Arkan. Sin embargo, Jeremiah sin Northombras podía notar la mirada de decenas de animales clavada en su cogote. Sin duda alguna, se dijo, comadrejas, que a sólo medio día de camino del Roble de los Cien Años vigilaban, escondidas en la espesura, por orden de su amo quien debió ordenarles que nadie pasara por allí sin ser detenido, ya que fue al abandonar el Prado de Secoyas cuando cuatro altísimas comadrejas les cortaron el paso a la orden de "*Alto en nombre del señor del Pico de Bravoos*".

La ardilla aún cavilaba cómo afrontar aquella situación, cuando Áurea se le adelantó:

—Venimos para ver a la gran comadreja —anunció la ratona sin ningún reparo.

Las cuatro alimañas se la quedaron mirando un instante, como si la ardilla ni siquiera estuviera allí también, hasta que una de ellas se adelantó unos pasos a las demás y le preguntó a la ratona:

—¿Os ha mandado llamar?

—Venimos por cuenta propia —respondió Áurea sin Stack.

—Pues no os recibirá —fue tajante la comadreja— El señor del Pico de Bravoos no debe ser molestado.

—En tal caso… —intervino entonces Jeremiah, viendo en ese instante la oportunidad que buscaba de terminar con aquella insensatez.

—A mí sí me recibirá —se le adelantó de nuevo la ratona.

—¿Ah, sí?... —se sorprendió esta vez la comadreja, dirigiéndose a Áurea por segunda vez, de nuevo como si la ardilla no existiese— Y quién eres tú, si puede saberse.

—Mi nombre es Áurea sin Stack, de la casa Stack —se presentó Áurea, rogando al Rey Ciego porque aquello les valiese un salvoconducto.

La comadreja tardó un rato en volver a hablar, como si tratase de recordar un nombre que estaba segura tenía algún significado pero que había olvidado; finalmente dijo:

—Tu nombre no me dice absolutamente nada.

—¡No seas estúpido, Brin! —intervino de pronto otra de las comadrejas— …Es Áurea sin Stack, la hermana del senescal Ars.

—Vaya… —recordó de repente la primera— Eso lo cambia todo.

—Jona sin Bravoos ha ordenado que nadie lo moleste —habló de repente una tercera— Nos cortará la cabeza si lo desobedecemos.

—Nos cortará la cabeza… —intervino de nuevo aquella que había reconocido a Áurea— si se entera de que la hermana del senescal Ars ha acudido a verlo y no se lo hemos permitido.

—¡Está bien! —las calló de pronto la que llevaba la voz cantante— Seguidnos —decidió, y con un gesto de la cabeza ordenó a la única que aún no había hablado que registrara a ambos, para arrebatarles las armas que pudieran llevar encima.

Capítulo 40

40

Transcurrieron tres días con sus tres noches hasta que al fin embajadores de uno y otro bando fueron elegidos y se pusieron de acuerdo para celebrar una primera reunión formal. No obstante en el transcurso de estos días fueron frecuentes las escaramuzas entre los exploradores que el conde mandaba con tal de mantener segura su posición que tan próxima se encontraba del mismísimo Roble de los Cien Años, y los centinelas del señor del Pico de Bravoos que patrullaban por esos mismos motivos las inmediaciones de su fuerte de madera de roble. Con frecuencia el conde mandaba a sus animales más escurridizos a explorar los alrededores, y con frecuencia también algunos de ellos ya no volvían, mientras que otros regresaban trayendo consigo alguna comadreja con la que habían tenido un encontronazo.

—El conde ha ordenado que nadie toque a esas comadrejas —oyó Björn la voz de Lachdanan a sus espaldas, una noche de un frío invernal, mientras "el renegado" pasaba el filo de uno de sus cuchillos por el mentón de una de ellas, a aquellas horas en que sabía que nadie lo molestaría.

Las cuatro alimañas que hasta aquel día hicieron prisioneras, permanecían maniatadas de garras y patas atadas de espaldas a un enorme tocón en el centro del campamento de la milicia rebelde, y aquella a la que Björn amenazaba en silencio absoluto, miraba profusamente a Lachdanan, rogando al hurón por su vida, pues había ya renunciado a convencer con palabras a aquella comadreja rebelde.

—No es asunto tuyo —le respondió "el renegado" al hurón— No tienes derecho…

—¡Son prisioneros de guerra! —lo interrumpió Lachdanan de repente— Y el conde Ulrrur ha sido muy explícito al respecto; si te encuentran aquí, a quien le cortaran la cabeza será a ti —sólo entonces Björn decidió apartar su cuchillo de la cara de aquella alimaña— ¿Por qué odias tanto a los de tu misma especie? ¿Qué es lo que te hicieron?... —se atrevió a preguntarle el hurón aquella noche.

"El renegado" pareció sopesar un segundo sus palabras, pero al final negó con la cabeza:

—No es asunto tuyo —le respondió nuevamente, devolviendo su arma a

su vaina y alejándose de allí.

Se reunieron a la mañana siguiente. La distancia que separaba el Roble de los Cien Años del campamento erigido por la milicia del conde Ulrrur era la justa para que flechas de uno y otro bando no alcanzasen ningún objetivo, y la reunión, con la frágil promesa por ambas partes de que nadie intentaría nada, tuvo lugar a medio camino entre ambas formaciones. Por parte del señor del Pico de Bravoos acudieron al encuentro una vieja comadreja (a la que Dallas sin Ulrrur recordaba de antiguas rencillas en tiempos del padre de Jona sin Bravoos) y Corv, emisario negro y animal de confianza de la gran comadreja. Los acompañaban además tres altas alimañas armadas con lanzas y espadas al cinto, así como tres representantes de la Facción de los Reptiles (dos larguísimos lagartos y una serpiente de piel oscura como la noche) y otros tres de la Facción de los Anfibios (un sapo, una salamandra y un eslizón negro); reptiles y anfibios iban armados por igual con espadas cortas y ballestas que trajeron ya cargadas. Por parte del conde acudió el mismo Dallas sin Ulrrur, acompañado de su hijo Saia sin Ulrrur y de tres altísimos hurones que el hijo del conde escogió personalmente, entre los que se encontraba Lachdanan.

Pero la reunión fue tan corta como pocas eran realmente las ganas de intercambiar palabras, pues ambos bandos tenían muy claros sus ideales, y unos y otros se mostraron reacios a ceder en nada que su contrario hubiese considerado como argumento válido para evitar un baño de sangre.

—El señor del Pico de Bravoos, en su infinita conmiseración —comenzó diciendo la vieja comadreja a la que Dallas sin Ulrrur tan bien recordaba de tiempos pasados y cuyas acciones, por años y años que hubieran ya transcurrido, nadie en el Bosque había olvidado aún— ofrece un salvoconducto a todos los animales que integran la milicia rebelde con el que les asegura que no habrá represalias de ningún tipo y que podrán regresar a sus madrigueras con total seguridad, en esto da su palabra. Por el contrario, exige las cabezas del conde Ulrrur y de su hijo, así como las de todos sus lugartenientes, como único pago por el acto de traición perpetrado contra la Facción de los Mamíferos que hoy rige con total ecuanimidad la Sin de Bravoos. Estos deberán entregarse, voluntariamente y desarmados, al pie del Roble de los Cien Años al amanecer, para zanjar este conflicto y poder asegurar la vuelta a sus hogares del resto de los animales integrantes de la milicia rebelde —terminó diciendo como si hubiera tenido que aprenderse aquel discurso de memoria.

Pero la respuesta de Dallas sin Ulrrur, contra la que nadie hubiera apostado que fuera otra, fue un rotundo “no” que su hijo secundó

escupiendo al suelo y a lo que hurones, comadrejas, anfibios y reptiles respondieron por igual llevando rápidamente sus garras a las empuñaduras de sus armas aún envainadas; mas nadie llegó a desnudar del todo su acero aquel día, y al cabo una y otra avanzadilla terminaron regresando por donde habían venido, con la batalla que inevitablemente tendría lugar rondando sus pensamientos.

Esperaban impacientes los amigos de Lachdanan al regreso de éste, para conocer de primera mano cuál había sido el resultado de unas negociaciones que en lo más hondo de cada uno de ellos, presumían, no habían tenido éxito.

Esaú meditaba sobre si su hermana realmente lo habría visto o no en aquel momento mientras atravesaban el Bosque en que sus miradas se cruzaron un segundo, tan pronto los ojos de ella se posaron sobre él… el senescal al que todo el mundo daba por muerto se deslizó rápidamente por entre los animales del conde que lo acompañaban, para huir de la curiosa mirada de su hermana. ¿Lo había reconocido? ¿Y qué hacía ella allí entonces? ¿Qué hacía con aquella ardilla encapuchada que había conocido en el interior del castillo de las Cimas de Ulrrur el mismo día que se alistó para luchar con el conde?...

No lejos de ahí Conno-Nor meditaba sobre si su padre se encontraría o no en el interior del Roble de los Cien Años, pues ya no se le ocurría otro lugar donde buscar, cuando de pronto Björn se le presentó por detrás, preguntando:

—¿Me puedo sentar?

Absorto como estaba el pequeño ratón en sus pensamientos, no esperaba la visita de la enorme comadreja y dio un respingo.

—¿Quién te lo impide?… —respondió el ratón al rato, a desgana.

Björn era muy consciente de la desconfianza que el pequeño ratón le profesaba y no lo culpaba, como no culpaba tampoco a los cientos de animales en aquel ejército que desconfiaban de él sólo por pertenecer a la especie a la que pertenecía, pero había algo en aquel menudo ratón que como la comadreja curiosa que era quería saber, algo de lo que se percató el mismo día en que lo conoció y que estaba muy dispuesto a esclarecer. Entonces plantó sus posaderas al lado del pequeño roedor y fue directo al grano:

—¿Sabes?... —le dijo mientras se acomodaba a su lado— Hay mucha incultura en este Bosque, y apostaría el pellejo a que seguramente soy de los pocos aquí que han leído *Los Versos de Arkan*. ¿Tú los has leído?...

—le preguntó después, una pregunta a la que el ratón no contestó y para la que la comadreja no esperaba una respuesta— Me parece que… sí —alegó al cabo, y alzando a continuación una de sus garras mostrando sus cinco dedos, añadió— Puede que seamos tan pocos los que aquí conocemos esa obra que podríamos contarnos con los dedos de esta garra. Por eso… —continuó ante la evidente predisposición del pequeño roedor a no abrir la boca aún— Por eso no he pasado por alto que Conno-Nor sin Trancos es el nombre del paladín de Oros del que se narran sus hazañas en uno de los pasajes de ese libro, y… —añadió cuando de repente el ratón, por fin, estuvo a punto de alegar— aunque creo, realmente, que un día existió… no creo que él seas tú, porque si así fuera tendrías que tener más de doscientos años.

—¿Qué quieres?... —le preguntó al fin el ratón.

—¿Qué escondes? —le respondió con otra pregunta la comadreja.

Y en ese mismo instante apareció ante ellos Lachdanan, dejando sus enseres en el suelo, portador de malas noticias. Enseguida Conno-Nor se puso en pie y acudió a su encuentro, dejando a Björn solo con sus elucubraciones mientras Tebo alcanzaba al hurón antes que nadie deseoso de saber cómo había ido todo.

—¿Y bien?... —fue todo cuanto preguntó el ratón de oreja y media.

—Habrá que luchar —fue todo cuanto contestó el hurón.

Capítulo 41

41

Hacía tres días que Jeremiah se sentía prisionero de las comadrejas, por mucho que les permitiesen tanto a él como a la ratona, ir a donde quisiesen siempre dentro del Roble de los Cien Años; las cosas no habían ido como Áurea había esperado, al "sin cara" no le sorprendió lo más mínimo.

Cuando llegaron al Roble y los llevaron en presencia de la gran comadreja, Jona sin Bravoos contemplaba desde lo alto de una rama que daba acceso a sus dependencias privadas, en el punto más elevado del árbol centenario, meditabundo, la disposición de sus tropas así como la de sus enemigos a más de cien metros por debajo de donde se encontraba; observaba igual que si deliberase con la vista clavada en un mapa cuando desde el interior del Roble, de repente, uno de sus soldados interrumpió sus pensamientos, diciendo:

—Señor…

—Habla —respondió la gran comadreja, sin girarse a mirar a quién osaba interrumpir sus divagaciones.

—Tenéis visita.
Entonces Jona sin Bravoos desvió su atención del que pronto sería el terreno en disputa de una batalla que parecía inevitable, se dio la vuelta y sus ojos hallaron los de una ratona a la que hacía años que no veía.

—Áurea… —no disimuló su sorpresa la comadreja, y acto seguido se fijó en la ardilla que la acompañaba y a la que enseguida identificó como el mensajero del capibara, por mucho que ahora se le presentase descapuchado, a lo que añadió dirigiendo de nuevo su atención a la ratona— Ignoraba que confraternizaras con el capibara.

—Nada tengo que ver con ese animal —respondió Áurea enseguida, confusa por la pregunta de la gran comadreja.

Entonces Jona volvió a fijarse en la ardilla y comprendió, pues leyó en su mirada, tanto la intención que tenía de pasar desapercibida como la frustración que de repente sentía al darse cuenta de que no lo había logrado.

—Entiendo —habló de nuevo Jona sin Bravoos, sin desvelar las antiguas lealtades de Jeremiah a la vez que sabedor que aquello era algo que

seguramente Áurea ignoraba.

—Detén esto, Jona… —le rogó la ratona entonces, y avanzó uno, dos pasos y lo miró a los ojos intensamente— ¡Por favor!

—Mi amada Áurea… —volvió a saborear Jona aquella forma de hablar que creyó que jamás volvería a salir de su boca— No es tan sencillo.

Aquel día Jona sin Bravoos y Áurea sin Stack hablaron lo que no habían hablado en años, se miraron, se gritaron y se volvieron a mirar, se perdonaron uno al otro y los dos lloraron.

Y después de aquello, a la ardilla y a la ratona ya no les permitieron abandonar el Roble de los Cien Años; desde entonces habían pasado ya tres días, y Jeremiah no dejaba de preguntarse cuándo tendría la oportunidad de huir con Áurea de allí.

Capítulo 42

42

Se negaba aún la luna a cederle su protagonismo al sol cuando ambas formaciones se encontraban ya frente a frente, a la sombra de la copa del Roble de los Cien Años. La tensión era palpable, y el silencio tal que cualquier sonido proveniente de más allá del campo de batalla escogido era suficiente para tensar (aún más, si cabía) los nervios de todos los presentes que, guerreasen en uno u otro bando, se aferraban cada vez con más fuerza a las empuñaduras de sus armas por el momento todavía envainadas.

Daban la espalda al roble centenario las comadrejas; si su enorme tamaño ya resultaba intimidante tanto para hurones como para ratones, verlas embutidas, a todas y cada una de ellas, en sus doradas armaduras que, robándole los primeros rayos al sol que asomaba por fin entre las nubes, resplandecían como antorchas encendidas y que tan bien las protegían de la punta de sus orejas a la punta de sus patas, era un espectáculo sobrecogedor. Llevaban todas ellas lanzas en sus garras derechas, mientras que con la izquierda sostenían un escudo tan alto como ellas mismas en el que aparecía pintada una ballesta de color rojo cargada con tres flechas sobre fondo negro: el blasón de la Sin de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos al servicio de la Sin de Bravoos, mientras que aquí y allá altas banderas con el mismo estandarte podían verse enarboladas por el viento cada vez que lograban atrapar de éste alguna brizna a su paso por el campo de batalla. Había más de diez mil comadrejas allí reunidas aquel día, y cerca de cuatro mil musarañas, las mismas que un día sirvieron a las órdenes de Alas sin Varka y que ahora obedecían directamente a la comadreja rubia, pero todas ellas no representaban ni la mitad de las fuerzas que apoyaban a la Sin de Bravoos, pues el doble de animales entre anfibios y reptiles tenían su lugar a izquierda y derecha de las alimañas con armadura dorada. Enormes tortugas de cabeza amarilla portando sobre sus recios caparazones catapultas unas e intrincadas torres otras, torres que superaban en más del doble la altura de la más alta de las comadrejas de la Sin de Bravoos, y de donde asomaban largos eslizones de varios colores con sus arcos y carcajes a rebosar. Había también camaleones e iguanas, y una escuadra entera formada por pitones rayadas y serpientes cabeza de cobre con sus picudos cascos, hechos del mismo material que con tanto orgullo lucían en su nombre, con los que conseguían parecer temibles arietes a los que algún mago caprichoso hubiese dotado de vida; y había sapos y ranas de todos los tipos y de todos los tamaños, y tritones negros armados con hondas, y salamandras, y terribles lagartos cornudos y diablos espinosos que no parecían traer más armas que sus mismas

astas repartidas por todo su cuerpo... Y a sólo dos tiros de arco, haciéndoles frente, se encontraban el conde Ulrrur y sus animales: hurones y ratones los que más, jerbos de todos los tamaños, ardillas, topos y erizos, las martas de La Hermandad de Los Ríos y los castores de las cofradías de allende del Bosque; había entre ellos incluso una comadreja renegada, y todos lucían aquel día sus mejores galas de acero y cuero y las armas que habían estado afilando toda la noche. Aun así, y tras las emboscadas sufridas por parte de las musarañas antes de alcanzar el Roble de los Cien Años, los entregados animales del conde no sumaban un millar, y aunque también el conde había traído sus catapultas y torres de asedio… entre sus filas rumoreaban que eran demasiadas las garras que necesitaban para maniobrar con ellas, y dada la diferencia numérica Dallas sin Ulrrur no sabía si aquellas máquinas terribles que un día encargó al capibara serían entonces una ventaja o más bien un inconveniente.

Lachdanan se mantenía firme en su posición, dispuesto a no volver a perder de vista al pequeño Conno-Nor al que tenía a su izquierda durante el tiempo que durase la batalla, mientras que a su derecha se encontraban Tebo, con una mano pringando de sudor la empuñadura de su espada todavía envainada y Esaú, que haciendo gala de su habitual serenidad mantenía ambas manos a la espalda. La presencia beligerante de Björn "el renegado", así como su larga sombra, podía notarla tras él sin necesidad de darse la vuelta.

—Apenas sumamos un millar —dejó escapar Tebo de pronto— ¿Cuántos crees que serán ellos? ¿Veinte, treinta, cuarenta mil…?

—Demasiados —fue la única respuesta que Lachdanan se atrevió a dar— Esas malditas musarañas nos han dejado muy diezmados.

Los generales tanto de uno como de otro bando apenas podían ya contener a sus animales, y no lo lograrían durante mucho tiempo más, pues tantas eran las ganas de entrar en combate que todos los presentes, defendiesen el ideal que defendiesen, sentían desde hacía rato. Y cuando parecía que las filas por fin se romperían y que todos saldrían aullando unos en pos de otros, un extraño murmullo los sobresaltó y mamíferos, anfibios y reptiles, todos, alzaron la vista al cielo… Por un segundo los nervios de unos y de otros se destensaron, mientras aquel intenso zumbido no hacía otra cosa sino ir en aumento.

"*¿Qué? ¿Es? ¿Eso?...*" se atrevió a aventurar un diminuto roedor de entre las filas del conde, mientras quien más quien menos iba comprendiendo lo que estaba a punto de ocurrir.

¡Y de repente llovieron del cielo figuras negras! ¡cientos! ¡miles de ellas! del tamaño del pie de un roedor, que cayeron a tierra clavando sus diminutas patas en el suelo, rodeando a la milicia, firmes, con sus lanzas

en ristre, dispuestas a morir. Hormigas negras, rojas y aterciopeladas de los árboles, hormigas de fuego, hormigas guerreras y también ladronas, a las que les siguieron los escarabajos y las luciérnagas ¡todas ellas con sus linternas encendidas! y grillos y saltamontes de caras pintadas, aquellos a los que llamaban Los Exploradores Pintados de Gallant, además de temibles cigarras e insectos palo con sus yelmos calados, tábanos armados con espadas cortas y ballestas, y mosquitos con lanzas de dos puntas, y abejas, abejorros, avispas y avispones, y también un contingente entero de zánganos de capas azules. Los pulgones del Valle de las Adelfas fueron de los últimos en llegar, seguidos de las moscas escorpión, de las mariposas tigre y de las termitas y de las tijeretas. Para quienes entonces mantenían aún la mirada en alto, apareció de repente Adda sin de Gallant rodeada de su guardia personal, compuesta enteramente por libélulas y a lomos de una de ellas, y en cuanto la libélula que montaba la hormiga reina tocó tierra, los insectos caídos del cielo (*¡más de cuarenta mil!* se atrevió a conjeturar Lachdanan) rompieron a correr en pos de su enemigo.

A este inesperado y frenético giro de los acontecimientos le siguieron todos los integrantes de la milicia rebelde, que se unieron a la carrera de los insectos entre vítores de guerra con los que envalentonar aún más sus pequeños corazones. Pero las comadrejas y sus aliados, anfibios y reptiles, no se hicieron de rogar, cargando también en dirección a su enemigo, mientras arqueros de uno y otro bando disparaban desde sendas retaguardias para que amigos y enemigos iniciasen el combate bajo un temporal de flechas.

…Y mientras todo esto sucedía, cientos de aves observaban, impasibles, desde lo alto de las copas de los árboles el devenir de los acontecimientos.

También Jona sin Bravoos observaba desde lo alto del Roble de los Cien Años, con Áurea, de expresión desencajada, a un lado, y Jeremiah al otro. "*¡Por fin los insectos dan la cara!*" había dicho la gran comadreja, como si fuese algo que contaba que ocurriría. Mientras la ardilla no dejaba de mirar a la ratona, pues quería sacarla de allí, pero sabía que cualquier intento sería inútil ya que los tenían expresamente vigilados, aunque la comadreja rubia les dijera, el día en que llegaron, que eran sus invitados; "*¡valiente mentira!*" se dijo aquel día el "sin cara". Si por él fuera, sin dudarlo un instante, saltaría al vacío desde la misma rama que Jona sin Bravoos utilizaba como observatorio y aterrizaría, como sólo él sabía hacerlo, al pie del árbol centenario sin un solo rasguño en su cuerpo; pero con Áurea en brazos… no podía asegurarlo.

Mientras tanto, el grupo de amigos, ebrios como el resto de los integrantes de la milicia rebelde de un belicoso frenesí, cubría a la carrera

la distancia que los separaba de las alimañas, anfibios y reptiles, y cuando uno y otro bando al fin chocaron escudo contra escudo, espada contra espada y las ansias de someter de unos contra la reivindicación de libertad de los otros,... el choque de fuerzas provocó tal estruendo que pudo escucharse más allá de los límites del Bosque de Arkan.

Lachdanan irrumpió entre las filas de su enemigo con *Perdición* en una mano y *Cobravidas* en la otra, rajando pescuezos a diestro y siniestro, abriendo buches y segando miembros; lo seguían muy de cerca "el renegado", quien llevaba a la espalda pintado el escudo de las Cimas de Ulrrur para hacerse distinguir, y el bueno de Tebo que cargaba espada en alto como si aquel fuera el último día que fuese a ver amanecer. "*Pero… ¿Y Conno-Nor?...*" se preguntó entonces el hurón, "*…¿dónde?*", y en ese instante advirtió, de repente, cómo Esaú se escabullía de la lucha, corriendo en paralelo en dirección a la espesura del Bosque que quedaba a banda izquierda de su formación, y cómo, también, lo seguía el pequeñísimo Conno-Nor al que enseguida perdió de vista. "*Pero adónde diantres…*" murmuró sorprendido por aquella reacción de ambos que, pensó entonces, sólo podía significar dos cosas: o bien que pretendían desertar, lo cual no encajaba al hurón con la forma ser de aquellos dos, o bien que sus intenciones hasta entonces eran otras muy distintas de aquellas que llevarían a morir a la mayoría de los animales allí presentes aquel día.

Abandonar el campo de batalla no fue difícil, pues lo más complicado fue rodear aquella parte del Bosque para toparse con cuantas menos comadrejas mejor antes de alcanzar la entrada al Roble de los Cien Años, cosa que habría resultado imposible para un destacamento por pequeño que fuera, pero no para tan sólo un ratón, o dos, pues no imaginaba Esaú que el joven Conno-Nor le seguía los pasos, quien al darse cuenta de las intenciones de aquel ratón tan habilidoso con la espada (por cuanto había podido ver durante las escaramuzas con las musarañas que habían compartido) y aun desconociendo qué motivos podría tener para abandonar la lucha y salir corriendo en dirección a aquel enorme roble madriguera de comadrejas, lo que sí tenía claro era que le allanaría el camino hasta el último lugar donde podía esperar encontrar a su padre.

Pero cuando se encontraban a sólo unos metros de su objetivo, Esaú se detuvo en seco, olfateando el aire a su alrededor; también Conno-Nor se detuvo, cauteloso, y aguardó en silencio agazapado tras un pétalo de flor de jara caído en el camino a un par de metros del ratón tuerto, preguntándose, ansioso, qué razones tendría aquél para detenerse ahora que se encontraban tan cerca del Roble de los Cien Años… cuando de repente Esaú alzó la vista a las copas de los árboles que los rodeaban. No podía verlos, pensó el antiguo senescal de los mamíferos, pero podía notar sus ojos y sus picos apuntando a su cogote; "*Aves…*" murmuró para

sí, y al devolver la vista al frente se encontró con tres altísimas comadrejas que le cortaban el paso, pues demasiado lejos había llegado ya sin toparse aún con ninguna.

—¿Te has perdido?... —le preguntó entonces una de ellas, y las tres rieron a la vez, desenvainando al mismo tiempo también sus armas; el ratón tuerto rehusó contestar, a cuyo silencio la misma comadreja que había hablado ordenó a las otras dos— A por él.

A punto estuvo Conno-Nor de salir en su ayuda, pero para cuando esta idea le cruzó la mente, de un rápido movimiento Esaú había ya desenvainado y abierto el gaznate de una de ellas, y aunque eran altas como torres a la vista de un ratón, el tuerto escaló el cadáver de su primera víctima antes de que ésta cayese al suelo, y saltó por encima de la cabeza de otra a la que rajó el cogote. Conno-Nor ya no salió de su escondite, pues ni tiempo tuvo antes de que todo terminara ni falta le hubiera hecho su ayuda al ratón tuerto, quien no tardó en enviar a la tercera comadreja a reunirse con sus compañeras en el barro.

—Increíble… —no pudo evitar exclamar el pequeño ratón desde su escondite, detrás de un pétalo blanco salpicado ahora de sangre.

Mientras, a pocos metros de donde se encontraban, se alzaba, orgulloso e impertérrito, el Roble de los Cien Años. Entonces Esaú emprendió de nuevo la marcha, deseoso de llegar y verse las caras con una comadreja a la que una vez quiso como a un hermano y a la que ahora, si era necesario, estaba dispuesto a matar para poner punto final a aquella historia de intrigas y traiciones. Siguiéndole todavía los pasos y al pasar junto a las comadrejas vencidas, Conno-Nor se percató de que una de ellas todavía respiraba, y entonces se acuclilló a su lado y durante un buen rato se quedó observándola, fijándose en su mirada insana cuyos negros ojos iban perdiendo el brillo de la vida, y pensó en cuánto las odiaba, y desenvainó su espada y la hundió lentamente en las tripas de aquel animal moribundo, observando, aún receloso, la forma en que expiraba.

Al mismo tiempo, el combate en el frente se había convertido en una marisma de animales muertos, de miembros de insectos, de anfibios, reptiles y de roedores, de cabezas cortadas y de tripas desparramadas,… de animales que morían y que mataban donde nadie daba ni pedía cuartel, mientras la sangre que corría convertía el campo de batalla en un resbaladizo lodazal. A los ojos de Lachdanan, Björn no había hecho otra cosa sino entretenerse con las musarañas a las que había dado muerte en los anteriores combates antes de alcanzar el Pico de Bravoos, pues era ahora, frente a frente con sus congéneres, cuando la gigantesca comadreja con el blasón de las Cimas de Ulrrur pintado a la espalda

demostraba de qué era capaz; su odio hacia los de su misma especie era palpable, y Lachdanan y Tebo intercambiaron miradas preguntándose qué motivos tendría, cuando de repente hurón y ratón pudieron ver cómo una gigantesca bola de arcilla negra atravesaba volando el campo de batalla… ¡para ir a estrellarse contra el recio tronco del roble centenario! "*¡Por el Rey Ciego!*" bramó el hurón, pues la arcilla estalló en pedazos y llenó de brea el tronco, que al rato recibió el impacto de un centenar de flechas encendidas que al instante lo llenaron de llamas, y a aquella enorme bola de arcilla negra le siguió otra, y otra, y otra más… seguidas siempre de las flechas de fuego de los arqueros del conde Ulrrur que, al verse de pronto apoyado por la Facción de los Insectos, no tardó en ordenar a los suyos que se hicieran cargo de las catapultas. ¡Ahora le sobraban manos! Y de esta forma, cubriendo el roble de retales de fuego, mandaba el conde a la Muerte envuelta en llamas a cazar comadrejas.

Para cuando la primera bola de arcilla se estrellaba contra el roble centenario, y para cuando los arqueros del conde transformaron después la brea en fuego, Esaú se encontraba ya en el interior de la fortaleza de madera. Pero fue un error pensar que el grueso de las comadrejas de la Sin de Bravoos se encontraría en el campo de batalla, pues el interior del árbol se hallaba lleno de ellas, impidiéndole el acceso a las escaleras que ascendían a donde seguramente se encontraba el que se había convertido en su único objetivo. Esaú maldijo en voz alta ¡Y aulló de rabia! Maldijo a las comadrejas y maldijo también su suerte, y cuando un grupo de seis alimañas se dirigió a su encuentro, ante la imposibilidad de ascender por el interior del fuerte pero decidido a no abandonar todavía aquel lugar, el senescal muerto se precipitó por otras escaleras próximas a la entrada que al parecer nadie guardaba, porque sin lugar a dudas descendían hasta donde nadie de importancia podría encontrar, las mazmorras subterráneas del Roble de los Cien Años.

También en el interior del Roble, oculto tras uno de los largos tapices que caían desde lo alto con el escudo de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos bordado en rojo y negro, y al verlo descender seguido de aquellas comadrejas, Conno-Nor enseguida lo dio por muerto, por hábil con la espada que creyese que fuera ¡pues se encontraba en el interior del Roble, y seis alimañas lo seguían! Mas él, sabía, debía seguir su mismo camino si esperaba hallar allí recluido a su padre, por lo que en cuanto aquellas seis desaparecieron de su vista también el pequeño Sin Northerngem siguió los pasos del ratón tuerto.

Pero años atrás Esaú había visitado el roble centenario, e igual que sabía que en el subsuelo se encontraban los calabozos… sabía también que allí hallaría un valioso aliado, las sombras que lo envolvieron y lo ocultaron antes incluso de pisar el último escalón, en un lugar en el que cualquier

haz de luz proveniente del exterior tenía vetada la entrada.

Y con las sombras como escudero, el antiguo senescal de los mamíferos dio muerte, una a una, a las seis comadrejas a las que ordenaron no volver sin su cabeza. El mismo Reginald sin Northerngem le enseñó a poner de su lado a las sombras, "*o a ponerte tú del lado de las sombras, depende de cómo quieras verlo…*" recordaba que le decía entonces el viejo instructor de reclutas; y de esta forma, Esaú apareció y desapareció de la vista de aquellas seis alimañas, una y otra vez, y otra, y otra, y otra,… dejándose ver tan sólo cuando quería, apareciendo de nuevo enfrente de cada una de ellas en el momento mismo de arrebatarles la vida, antes siquiera de que pudieran darse cuenta que alojaban el acero del antiguo senescal entre sus tripas.

—Maldición… —profirió una vez más cuando extraía su acero de las entrañas de su última víctima, sabedor de que no iba a ser fácil llegar hasta Jona sin Bravoos. Y dispuesto, por fin, a encontrar una forma de regresar arriba sin ser visto, una voz familiar lo sobresaltó…

—¿Ars?...

Pero pensó que no podía ser, que el cansancio de los últimos días le estaba jugando una mala pasada.

...Es imposible.

—¿Ars?... —otra vez— Ars… ¿Eres… tú?... —y otra.

—…¿Reg? —respondió en esta ocasión.

—Si estás… Aquí… Es porque ya… Ya estoy muerto, ¿verdad?... —habló aquél desde las sombras de aquel lugar insano excavado bajo el Roble de los Cien Años— Y has venido… A buscarme… Has venido a buscarme para llevarme contigo.

—¡Reg! —Ars notó como se le aceleraba el corazón— ¡Reg!... —y corrió hacia donde la voz del moribundo le decía que aguardaba su viejo amigo.

No tardó en dar con él, y lo halló en un estado irreconocible, negándose a creer que fuera aquel el mismo ratón al que, aún después de lo acontecido durante La Masacre de la Hondonada, seguía amando como a un padre.

—Reg…

Al verlo Ars pensó que pesaría la mitad de lo que seguramente pesaba aquel aciago día en la Hondonada; su pelo había perdido todo su brillo, tenía el pecho hundido y se le notaban todas las costillas, mantenía los hombros caídos, tenía un ojo cerrado por culpa de un hinchazón y le

faltaban trozos de ambas orejas.

—No… No estoy muerto. No estoy muerto, Reg —habló Ars de nuevo, sin poder contener las lágrimas que antes de llegar hasta su amigo brotaban ya de su ojo bueno— Ni tú tampoco —y entonces se arrodilló a su lado— Ninguno de los dos lo estamos —trató de serenarse—… y voy a sacarte de aquí.

—No… —le respondió el viejo instructor de cadetes, rehuyendo el abrazo de su amigo cuando éste trató de alzarlo— No —le dijo otra vez— ¿Para… qué?... No podría… No podría andar… Aunque quisiese. No puedo.

—Yo te llevaré —no dudó un instante Ars sin Stack.

—No —insistió Reginald— Ya no. El Rey Ciego… —e hizo un esfuerzo por alzar un poco más su bajísimo tono de voz— me ha concedido un último deseo… Volver a verte —trató incluso de reincorporarse, algo que parecía imposible, y terminó diciendo— Volver a verte… para pedirte perdón.

—Olvida eso ahora —le dijo Ars entonces, casi como si estuviera ordenándoselo—... Ya tendremos tiempo para hablar.

Pero Reginald sin Northerngem negó con la cabeza:

—No hay más tiempo, Ars… —dijo de corrido cuando éste intentó tomarlo de nuevo entre sus brazos— Gracias. Ahora ya estoy en paz. Ya… estoy… Te… —fue lo último que dijo.

—Te perdono… —se rindió Ars entonces, por fin, al torrente de lágrimas que hasta aquel instante trataba aún de mantener a raya.

—¿Pa… dre?... —oyó entonces a sus espaldas— ¡¿Padre?!...

Y al darse la vuelta, el viejo senescal de los mamíferos se encontró con un pequeño ratón, alguien a quien creía que apenas conocía, que se le presentó hacía poco con un nombre que de repente adivinó que era falso.

—¿Duncan?… —murmuró Ars sin Stack.

Y en absoluto silencio, aquel al que Ars había conocido como Conno-Nor sin Trancos, se desplomó sobre el enorme pecho de aquel gigantesco ratón del que creía que ni las flechas podían atravesar, y le pareció que se abrazaba a una carcasa vacía, pues aquel animal muerto no era sino una burda representación de lo que un día fue su padre.

¡Nunca lo habría reconocido! pensó Ars entonces con la mirada clavada en el pequeño ratón, pues la última vez que lo vio no era más que una cría de ratón, mientras que a quién tenía ahora delante era un joven roedor

con una espada en la mano y una ira inconmensurable gobernando cada una de sus palabras con las que le hablaba al cadáver de su padre: "*¡Te vengaré, padre! ¡Las mataré!...*".

—¡Las mataré a todas! —profirió Duncan rindiéndose con agrado a aquella rabia incontenible— ¡A TODAS ELLAS! —no dejaba de decir, cuando un extraño humo comenzaba a colarse por entre las galerías que recorrían las mazmorras del roble centenario.

—Y yo te ayudaré —se comprometió Ars mientras el aroma de la madera quemada le asaltaba el hocico— Pero tendrá que ser en otro momento… —le dijo, y posó su garra sobre un hombro del pequeño ratón, rogando al Rey Ciego por que entrase en razón y le permitiese sacarlo de allí— Pues el conde está usando fuego.

La guerra había sufrido un inesperado revés, pues la llegada de los insectos había desestabilizado la balanza a favor de la milicia rebelde, y fue cuestión de tiempo que estos se erigiesen como dueños del campo de batalla; en ocasiones eran tres, cuatro, y hasta cinco… los insectos que se juntaban para atacar a un solo enemigo que no tardaba en caer presa de la desesperación.

De esta forma, y con la fortaleza de las comadrejas en llamas, parecía que la batalla llegaba a su fin, y a la vez que Jeremiah, desde el piso más alto del roble en llamas, podía ver cómo alimañas, anfibios y reptiles huían montados sobre todo tipo de aves, también fue testigo de cómo Jona sin Bravoos se aferró con fuerza a Áurea sin Stack para montarla consigo a horcajadas de Corv, al tiempo que éste se posaba sobre la balconada desde la que el señor del Pico de Bravoos había estado contemplando el devenir de los acontecimientos.

—¡No, espera!... —trató de evitarlo la ardilla, pues sabía que si la perdía ahora tal vez nunca más volvería a verla, y librarla de todo sufrimiento se había convertido en su único objetivo desde el momento mismo en que le mandaron matarla.

Pero con un fuerte revés de una de sus poderosas alas, Corv mandó al "sin cara" al otro extremo de aquella balconada, y para cuando éste recuperó la compostura, por prisa que se diera, el cuervo se alzaba ya por encima de las ramas en llamas. Mientras abandonaban volando el Roble de los Cien Años sin poder hacer más que contemplar impotente a la ratona quejándose por no poder liberarse del fuerte abrazo de la enorme comadreja, Jeremiah se prometió que la hallaría y liberaría de allí donde se encontrase.

Mientras todo esto ocurría, Lachdanan alzaba la vista al frente buscando la mirada de la alimaña que lo había ensartado, pero ésta tenía la vista puesta a espaldas del hurón, fija en un pequeño ratón al que le faltaba media oreja y que saltaba hacia ella espada en alto con cara de muy pocos amigos; la comadreja que con su espada había atravesado a Lach murió un instante después, con la espada de Tebo clavada entre los hombros después de dividir su cara en dos mitades.

Lachdanan había visto morir a cientos de animales, tal vez a miles, y aunque a muchos de ellos él mismo había mandado al infierno, por extraño que parezca, nunca pensó que algún día otro pudiera matarlo a él, pero ahora sabía que ese momento había llegado, y se preguntó por qué al morir todos los animales coincidían en caer postrados antes de desplomarse con su último aliento, por qué querrían morir de rodillas, pues él moriría de pie y caería tan largo era… "*¿O es que acaso al morir no queda ya en el cuerpo de uno ni un ápice de dignidad que le impida recibir a la muerte de rodillas?...*"

—¡Lach! —llegó entonces Tebo a su lado, colocándose rápidamente debajo de uno de sus brazos, haciéndole las veces de muleta y tratando inútilmente de mantenerlo en pie— ¡Vamos Lach!

Pero al final Lachdanan lo comprendió, mientras la sangre abandonaba su cuerpo a raudales y las fuerzas lo traicionaban, cuando sus rodillas, al fin, se doblaron, cayeron y se clavaron en el suelo como si la misma gravedad tirase de él con más fuerza que nunca.

—…¿Sabes? —le dijo a su pequeño amigo cuando de pronto notó cómo una niebla fastidiosa le nublaba la vista— A casi… A casi todos los ratones… Todos los ratones que he conocido… les… faltaba… parte de una oreja,… o de las dos… Pero tú… Tú, amigo mío, tú eres el único al que he conocido que le falta media —sonrió el hurón al ratón con esta chanza el día en que él también murió de rodillas, mientras sus espadas *Perdición* y *Cobravidas* abandonaban sus manos una a cada lado de su cadáver, en brazos de su amigo.

Y hubo quien dijo que, en los minutos que siguieron a la muerte de aquel hurón, mató el ratón a más animales de los que había matado en toda su vida desde el momento mismo en que cogió por primera vez una espada, y que nunca se vio a un animal tan pequeño matar con tanta fiereza, pues hubo un instante en que soldados de uno y otro bando hicieron un alto en sus combates para contemplar como aquel pequeñísimo ratón abría en canal el cuerpo ¡cuán largo era! de una serpiente que se mantenía erguida frente a él. Era aquella una enorme serpiente con un gran número de cadáveres a su espalda, a la que Tebo se enfrentó saltando en dirección a sus fauces babeantes y hundiéndole la espada en el cuello ¡ESCUPIENDO!

¡MATANDO! ¡MALDICIENDO! para acabar deslizándose de arriba abajo con su arma clavada a su cuerpo, igual que aquella vez que tuvo que cortar la vela del navío en que viajaban Lachdanan y él para que el viento no los matase. Tebo mató, mató y volvió a matar, y no se detuvo hasta que finalmente su ira mudó en lágrimas.

Al final, las llamas lamían las ramas más altas del Roble de los Cien Años en un día que las aves escogieron para desenmascarar sus lealtades. Cuando se pronunciaron, al fin, poniéndose del lado de las comadrejas, descendieron en picado a un campo de batalla en llamas, rescatando al vuelo a las diezmadas tropas del señor del Pico de Bravoos que sacaron de allí poniendo punto final a una batalla que con el tiempo todos en el Bosque se referirían a ella como la batalla del día en que el Roble ardió.

Capítulo 43

Epílogo

Para cuando casi todos sus enemigos habían huido ya del campo de batalla (la inmensa mayoría a horcajadas de las aves que bajaron en picado desde las copas de los árboles para rescatarlos) y el Roble de los Cien Años ardió hasta sus últimas hojas, Ars y Duncan abandonaban por fin el interior del roble en llamas entre estertores de tos.

—¡Res… pira…! —le ordenó una vez fuera Ars sin Stack al pequeño sin Northerngem, quien parecía estar a sólo un paso de morir asfixiado— ¡Vamos! —y le pasó una cantimplora con agua de la que ambos bebieron con profusión hasta que al rato, exhaustos, se dejaron caer entre la hierba, tratando de recuperar del todo el hálito, pues las comadrejas habían abandonado el lugar y ya no había peligro de ninguna clase, nada que los obligase a tener que recuperar las fuerzas cuanto antes para volver a aferrar sus armas.

—¿Crees que hayamos ganado?... —le preguntó al cabo de un rato el pequeño ratón a Ars.

—No lo sé —le respondió éste mientras se incorporaba en el suelo en un instante en que se quedaron mirándose el uno al otro y, de alguna forma, en silencio, se prometieron no revelar al resto sus secretos y seguir siendo para los demás Esaú y Conno-Nor— No lo sé —dijo otra vez el senescal al cabo, y echando la vista a su alrededor, añadió— Pero es lo que parece…

Y de repente vio salir del roble en llamas a aquella ardilla que había acompañado a Áurea en su periplo hasta el Pico de Bravoos que, ansiosa al igual que ellos por una bocanada de aire puro, se dejó caer entre la hierba cuando se hubo alejado lo suficiente de aquel infierno. Aunque ahora iba descapuchada, se dijo mientras la observaba el antiguo senescal de los mamíferos, no tenía dudas de que tenía que ser aquel mismo animal.

—Espera aquí —le ordenó entonces Ars al pequeño Duncan, levantándose rápidamente.

Pero en cuanto el ratón tuerto se puso de nuevo en pie y se dirigió hacia la ardilla, su jovencísimo amigo lo siguió.

—¡¿Dónde está?!... —le preguntó Ars a la ardilla en cuanto llegó hasta ella, furibundo, con la punta de los dedos rozando nerviosamente la

empuñadura de su espada envainada.

Jeremiah aún tardó un rato en poder hablar, tosió, se incorporó y volvió a toser y se dejó caer de nuevo mirando finalmente a aquel ratón desde el suelo, rogando en silencio al Rey Ciego porque aquel animal de mirada iracunda no lo ensartara antes de dejarle hablar…

—Yo no… No soy… Tu enemigo…

—…¡¿Dónde?! —insistió el ratón tuerto.

Entonces, con un esfuerzo sobrenatural, la ardilla logró incorporarse y ponerse de nuevo en pie, y cuando también consiguió dejar de toser, le dijo:

—La comadreja rubia… se la ha… llevado… consigo.

—¿A dónde? —preguntó por tercera vez el ratón.

—Más allá del Pico de Bravoos… —recordó Jeremiah cómo se alejaban de él, a grupas de aquel raquítico aunque poderoso cuervo negro, en dirección a las montañas— Hacia las montañas sin nombre.

…Y en el silencio que se hizo a continuación, el pequeño Sin Northerngem adivinó las intenciones de Ars.

—Iré contigo —habló con determinación entonces el pequeño ratón.

—Gracias… —dijo Ars con un gesto de asentimiento, observando al ratoncito como si acabara de darse cuenta de que lo había seguido hasta allí.

—También yo te acompañaré —dijo Jeremiah también, consciente de que lo que realmente lo movía era aquel extraño sentimiento que abrigaba ahora hacia aquella ratona, un sentimiento del que siempre había oído que era motivo de alegría, pero que a él lo tenía aterrado— Si… me lo permitís —añadió al cabo cuando vio que los dos ratones sopesaban largo rato sus palabras.

—Por qué no —le tendió la mano al fin el viejo senescal, aceptando de buen grado su oferta— Me llamó Esaú —se presentó entonces, de vuelta a las mentiras— Y él… —dijo dirigiéndose a Duncan— es Conno-Nor.

—Jeremiah —se presentó también la ardilla, quien estrechó la mano del tuerto y saludó al pequeño ratón con un gesto de cabeza.

Mucho más tarde, entre gritos agónicos y recuentos de prisioneros, Esaú, Conno-Nor y Jeremiah fueron a dar con Björn, a quien la ardilla, después de las aclaraciones pertinentes, por fin estrechó la garra, aunque no sin cierto recelo.

Björn estaba cubierto de sangre de la punta de las orejas a las patas, y cuando lo encontraron, aun habiendo terminado la batalla, se dedicaba a afilar su espada.

—Y bien… ¿Dónde están Lachdanan y Tebo? —le preguntó Esaú al renegado.

Y Björn sólo tuvo que señalar con la mirada, para que todos pudieran ver como un pequeño ratón desorejado lloraba el cuerpo sin vida de un altísimo hurón.

"*Oh, no…*" musitó el ratón tuerto, mientras el pequeño Conno-Nor sentía de repente la aflicción que le producía la pérdida del hurón y se rendía, de nuevo, a las lágrimas.

Todos tardaron en volver hablar cuando finalmente Esaú reveló sus intenciones, aún sin desvelar su verdadera identidad, que no eran otras sino las de ir hasta las montañas sin nombre para encontrarse con la gran comadreja y recuperar a la hermana del senescal Ars.

—Si me lo permites te acompañaré —le solicitó Björn sin Delorria, movido aún por la curiosidad de averiguar cuál era el extraño secreto que les escondía aquel de ellos que se hacía llamar Conno-Nor sin Trancos, además de por las ansias que no lograba calmar de seguir guerreando contra los de su misma especie.

—Te lo agradezco —aceptó Esaú— ¿Tebo?... —se atrevió a preguntarle a éste después.

Pero Tebo seguía abrazado al corpachón de Lachdanan, como si temiera que al soltarlo pudiera perderlo.

"*Todo esto no era asunto nuestro*" le decía con el pensamiento a un Lachdanan al que aunque hablase ya no podría escuchar sus palabras, "*nos iba muy bien por nuestra cuenta. ¡Muy bien!*" le recordaba fuertemente agarrado a su pelo con sus manos diminutas, entrelazando sus dedos con sus largos vellos y tirando de él sin fuerzas, con sus cortos brazos; "*éramos los mejores ladrones del Bosque, antes… ¡Antes de que todo se fuese a la mierda! ¡No tendríamos que habernos inmiscuido, Lach!*

¡¿Para qué?!... ¡A mí no me importan las rencillas entre nobles y comadrejas! ¡Y a ti tampoco te importaban!”, y al final dotó de voz a su último pensamiento cuando se quedó mirando a aquel variopinto grupo de animales y les dijo:

—…Y sin embargo iré con vosotros.

*

FINAL DE LA PRIMERA PARTE

Capítulo 44

ELENCO DE PERSONAJES:

* El Rey Ciego (hurón)
Quien finalmente consiguió unir a las facciones tantos años enfrentadas dando lugar a un único orden y una paz duradera entre todas las especies del Bosque; fue asesinado a los dos años de su reinado junto con la Reina Regenta en sus aposentos de Palacio en el Jardín de los Nenúfares (de aquello hace más de cien años y hoy aún no se sabe quién o quiénes perpetraron el asesinato de los reyes). Representa también la imagen de las monedas de oro y bronce (*luas*) que se utilizan como sistema monetario en el Bosque.

* Ars sin Stack (ratón)
Senescal de los mamíferos, hermano mellizo de Áurea sin Stack.

* Esaú sin Dorme (ratón)
Nombre y Sin ficticia que adopta el senescal Ars después de ser dado por muerto.

* Marshall sin Decantos (ruiseñor)
Senescal de las aves.

* Doquer sin Varks (basilisco verde)
Senescal de los reptiles.

* Jacob sin Duncam (sapo albino)
Senescal de los anfibios, además de príncipe de anfibios y reptiles.

* Adda sin de Gallant (hormiga)
Senescal de los insectos y reina de todas las hormigas del Bosque.

* Áurea sin Stack (ratona)
Hermana melliza del senescal Ars.

* Gala (ratona)
Antigua nodriza de Ars y Áurea sin Stack, quien en la etapa adulta de Áurea continua al lado de ésta como su dama de compañía.

* Mira (ratona)
Ratita a la que en su camino al Soto de los Reyes (para llorarle al Sotorey por su marido y sus tres hijos muertos durante La Masacre de la

Hondonada) salva Áurea de las garras de dos malhechores.

* Elijah sin Daus (ratón)
Capitán de la guardia personal del senescal de los mamíferos, prometido a Áurea sin Stack.

* Elder sin Descarte (hurón)
Viejo hurón que antaño perteneció a la guardia real del Rey Ciego y que tras enterarse de la pérdida de su hijo durante La Masacre de la Hondonada se une a Áurea sin Stack en su periplo hacia el Pico de Bravoos.

* Reginald sin Northerngem (ratón)
Instructor de los reclutas de La Unión, antiguo instructor del senescal Ars y amigo personal de éste.

* Bela sin Northerngem (ratona)
Esposa de Reginald y madre de Duncan que tras huir a la linde del Bosque de Arkan con su hijo se hará llamar Mira sin Decastos (para pasar desapercibida después de que su Sin sea tachada de casa traidora por el asesinato del senescal Ars).

* Mira sin Decastos (ratona)
Nombre y Sin ficticia que adopta Bela sin Northerngem por haber caído su Sin real en desgracia tras la traición contra el senescal Ars sin Stack.

* Duncan sin Northerngem (ratón)
El único hijo de Reginald y Bela sin Northerngem, quien cambiará de nombre haciéndose llamar Conno-Nor sin Trancos al alistarse en las filas de la Sin Ulrrur para no levantar sospechas sobre su verdadera identidad (desde el momento mismo en que su Sin caiga en desgracia al ser tachada de casa traidora tras la supuesta muerte del senescal Ars).

* Conno-Nor sin Trancos (ratón)
Nombre y Sin ficticia que adopta Duncan sin Northerngem para ir en busca de su padre por haber caído su Sin real en desgracia tras la traición contra el senescal Ars sin Stack.

* Elías sin Jamgersson (hurón)
Mercenario al mejor postor, pero también íntimo amigo de Reginald sin Northerngem de la época en que ambos sirvieron como soldados rasos de La Unión antes de La Guerra de los Reyes (Reginald encarga a Elías la protección de su esposa e hijo hasta que lleguen a la linde del Bosque), Elías es además instructor a Duncan.

* Jona sin Bravoos (comadreja)
También conocido como “el señor del Pico de Bravoos” o “la gran comadreja”. Es el último descendiente de la Sin de Bravoos, general de la

Sin de las Comadrejas Monje de los Picos Rojos y cabecilla de la rebelión de las comadrejas (instigador y principal responsable de la traición a La Unión y de lo acaecido durante La Masacre de la Hondonada).

* Corv (cuervo)
Emisario al servicio de las comadrejas y espía.

* Alas sin Varka (musaraña)
General de las musarañas de los varkos del Mar de Espinos contratados por Jona sin Bravoos para la guerra contra el conde Ulrrur y sus milicianos.

* Jomo sin Delance "el capibara" (capibara)
Instigador, comerciante de gran poder que busca en la guerra que se avecina su único beneficio personal mediante el suministro de armas y pertrechos a ambos bandos.

* Jeremiah sin de Northombras el "sin cara" (ardilla)
Emisario al servicio de las comadrejas y espía, informador personal del capibara.

* Ethrian (ratón)
Mercenario a las órdenes de Jeremiah el "sin cara" por orden del capibara para desbaratar los planes de paz de Áurea sin Stack; compañero de antiguas rencillas de Kaas.

* Kaas (ratón)
Mercenario a las órdenes de Jeremiah el "sin cara" por orden del capibara para desbaratar los planes de paz de Áurea sin Stack; compañero de antiguas rencillas de Ethrian.

* Tanos (jerbo)
Mercenario a las órdenes de Jeremiah el "sin cara" por orden del capibara para desbaratar los planes de paz de Áurea sin Stack.

* Tebo (ratón)
Ladrón, asesino, delincuente… e íntimo amigo además de socio de Lachdanan.

* Lachdanan (hurón)
Ladrón, asesino, delincuente… (sí, otra vez...), amigo y socio de Tebo.

* Björn sin Delorria (comadreja)
…Renegada, compañero acérrimo de Lachdanan, Tebo y Esaú, combatiente en las filas del conde Ulrrur (quien guarda el oscuro secreto del por qué lucha contra los de su misma especie).

* Dallas sin Ulrrur (ratón)
Conde que se levanta en armas contra el nuevo orden de la Facción de los Mamíferos encabezado por la Sin de Bravoos al poco de darse a conocer la traición de las comadrejas contra los ratones.

* Saia sin Ulrrur (ratón)
Único hijo sobreviviente (tras La Masacre de la Hondonada) del conde Ulrrur.

* Abo Mëlstat (avispa)
Intrigante avispa que junto con su compañía de cincuenta insectos de diferentes clases libra su propia guerra contra anfibios y reptiles por igual para vengarse por lo acaecido contra su facción en particular durante La Masacre de la Hondonada.

* Roland (ratón)
Antiguo oficial de La Unión, hoy erudito al cargo de la biblioteca del Patio de La Unión (estudioso y conocedor de mil batallas).